



En Sandringham, su residencia favorita, ha fallecido la Reina Alejandra de Inglaterra, madre del actual Monarca inglés. A los pocos minutos la noticia llegaba á Londres y se esparcía por toda la Nación, donde la Reina madre había sabido granjearse las más unánimes simpatías y las adhesiones más entusiastas. En 1863 había contraído matrimonio en el castillo de Windsor con el entonces Príncipe de Gales, más tarde Eduardo VII, padre del actual Monarca inglés. Era hija del Rey Cristián IX de Dinamarca, y había sido educada en el ambiente de sencillez peculiar en la Corte danesa. Ejercía á diario sus bondadosos sentimientos, que significaba caritativamente contribuyendo con sus dádivas y con su influencia á remediar la terrible miseria que azotó á las clases menesterosas del pueblo inglés. Instituyó la Fiesta de la Flor en Inglaterra, y ella en persona recorría los puestos, inspeccionando y cuidando todos los detalles. Con motivo de su muerte, han sido suspendidas todas las fiestas, visitas y recepciones que se habían organizado á propósito de la firma del Tratado de Locarno. En nuestra fotografía la Reina Alejandra aparece con el Rey Jorge, el actual Príncipe de Gales y otras personas de la Corte.

DEL MAR SE UTILIZA TODO: LA CONSERVA DEL RODABALLO



Pescadores alemanes retornando de la pesca del rodaballo

HUBIERA podido resistir Alemania casi cinco años de guerra sin los arenques? Es posible, porque si el arenque no hubiera existido, Alemania lo habría inventado. Pero en todo caso allí estaba para substituir al arenque el rodaballo.

El rodaballo se deja pescar, como la sardina; se deja traspasar a la broche, como los riñones; se deja ahumar, como los arenques. Es un pobre pez generoso que está dispuesto á sacrificarse para alimentar á media Europa.

No es preciso cultivarlo, ni facilitar ni fomentar las crías, sino echar las redes. Y como cae en ellas con tanta abundancia, no sólo provee á la alimentación de las costas, sino que consiente la exportación. Hay que arreglarlo bien; hay que conservarlo. Pero, naturalmente, esto no es un secreto para ningún alemán, porque se trata de una de las industrias más sencillas y más fáciles.

Todavía la conserva de la sardina tiene complicación, y desde el aceite hasta los envases exige gastos; es decir, capital. Pero una fábrica alemana de conserva de rodaballo, á orilla del mar, es uno de los negocios más elementales que pueden imaginarse. En familia, el mismo pescador puede completar su tarea ayudado de las mujeres y de los chicos.

¿Se comprende el interés que tiene para resolver el problema de la vida en las costas del Norte la pesca del rodaballo? Nada se pierde. Ni un solo esfuerzo es improductivo. En nuestras costas—estamos acostumbrados á verlo—hay días de pesca abundante en que depreciada por exceso de existencias la mercancía, acaban los pescadores por tirarla al mar ó por venderla para abono. Algo semejante ocurre con la uva en algunas comarcas centrales de España los años de gran cosecha y aun con el vino ya fabricado. Pero los pescadores bálticos no conciben ese conficto. Por muchos rodaballos que caigan en sus redes siempre habrá agujas para



Ensartando el rodaballo para el ahumado y desecación



Las sartas de rodaballos dispuestas para la desecación



Ahumando las sartas de rodaballos



Los rodaballos en el secadero

prepararlos y fuego para ahumarlos. Esto significa una gran baratura del producto.

Que es precisamente lo que se trata de encontrar. El ideal sería darle al hombre los elementos indispensables para la materialidad de vivir: el aire, el agua, el pan y el rodaballo, sin necesidad de gastar un céntimo. De este ideal estamos un poco lejos todavía—preciso es reconocerlo—; pero esto no quiere decir que sea completamente inaccesible. Contando sólo los gastos verdaderos, sin incluir la ganancia de los intermediarios, ¿qué cuesta el pescado suficiente para alimentar un hombre. Nada, ó casi nada. Alguna vez sí; es preciso poner en la cuenta una terrible y pavorosa partida que hace subir dolorosamente el precio. Las vidas de los pescadores han de estar incluidas en el coste de producción. Pero por su misma importancia he aquí una cifra muy difícil de calcular. Sin ella, ¿qué vale una de estas piezas ya preparadas y dispuestas para el mercado? Para dar substancia á la sopa del pobre, ¿qué significa uno de estos peces, abundantes como las arenas de la playa?

Aun vendidos al precio más accesible, siempre dejan lo necesario para que el pescador viva bien. Estas industrias del mar son las más pródigas, y por intensa que sea la explotación, no parece que la vena esté próxima á agotarse. Los bancos de sardinas emigran ó cambian su itinerario; pero basta con un poco de paciencia para volverlas á encontrar.

Los pescadores alemanes tienen personal científico que se cuida de orientarles y de sistematizar las observaciones que ellos mismos, en su práctica de todos los días, le proporcionan. La guerra hizo que se extremase hasta el último límite el aprovechamiento de los productos de la tierra y del mar. Pero ahora los esfuerzos de entonces sirven para abaratar la vida, y eso es á lo que á mi juicio—perdonen ustedes á un extranjero la franqueza de decirlo—, eso es lo que todavía no han aprendido ustedes en España.

FOTS. AGENCIA GRÁFICA

HUGO STEINLEN

UNA REVISTA DE ARTE: "ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE Y ARQUEOLOGIA"

ESTAMOS cerca de los hechos y no es fácil apreciar lo que representa en la cultura española la obra del «Centro de Estudios Históricos».

Ahora agrega á sus publicaciones un *Archivo Español de Arte y Arqueología*, dirigido por personas tan competentes como don Manuel Gómez Moreno y don E. Tormo. Lo que la *Revista de Filología Española* viene siendo desde 1914 para las letras, esto ha de ser el *Archivo Español* para las artes. Es decir, que contamos con una publicación útil, de investigación seria, con trabajos de primera mano, que arranca de lo ya conocido y estudiado dentro y fuera de España y empieza á laborar materiales nuevos.

Cuando á mediados del pasado siglo se fundó el «Instituto Arqueológico de Roma» é inauguró la edición de sus *Anales*, había comenzado una era nueva para la historia de la antigüedad. Aquellos volúmenes recogieron el trabajo de los más distinguidos investigadores de Europa en sus dos secciones, francesa é italiana, que publicaban alternativamente un volumen cada año. Dieron un tono que luego las revistas alemanas de la misma índole fueron haciendo más sistemático, convirtiendo en labor científica lo que por tradición había sido labor literaria. Toda la producción, ya copiosa, del «Centro de Estudios Históricos» responde á esta última manera. Los dos volúmenes publicados del *Anuario de Historia del Derecho Español*, que dirige el profesor de la Central Sr. Díez Canseco, pueden servir de modelo del género. Y el primer número que ahora acaba de publicar el *Archivo Español de Arte y Arqueología*, por tener la misma filiación, responde igualmente al carácter que ha sabido imprimir á los trabajos del «Centro de Estudios Históricos» su director D. Ramón Menéndez Pidal.

Desde una revista como LA ESFERA ha de ser bien recibida la aparición del *Archivo Español*. En la medida de sus fuerzas y dentro del carácter popular que les corresponde, también son estas páginas un archivo español de arte y arqueología. Desde su primer número ha procurado recoger información é ilustración hasta de los rincones más apartados de todas las provincias. Fotografías, croquis, reproducción de estampas y cuadros...; es decir, documentos valiosos, han ido reuniéndose en doce años de trabajo hasta el punto de que las colecciones de LA ESFERA son hoy el archivo más nutrido y más interesante que ha podido formarse en España.

¡Queda tanto por hacer, sin embargo! No sólo hay mucho material inédito, sino que además España tiene un tesoro de monumentos y paisajes que todavía no ha estudiado nadie. Hay lugares donde no ha llegado la fotografía, por no llegar el ferrocarril, ni siquiera el camino vecinal. Hay monumentos, desestimados en otra época, y por ello olvidados, que vuelven á tomar valor. La riqueza es inagotable.

Por otra parte, la misión de una revista popular no llega—ni pretende llegar—á lo que puede hacer

una publicación dotada de los medios y sobre todo del espíritu científico del *Archivo Español*. Es valiosísimo el refuerzo que recibimos, pues no hay duda de que al difundirse una cultura poseída hoy por muy pocos iremos todos mejor orientados y con base más firme para continuar nuestras modestas

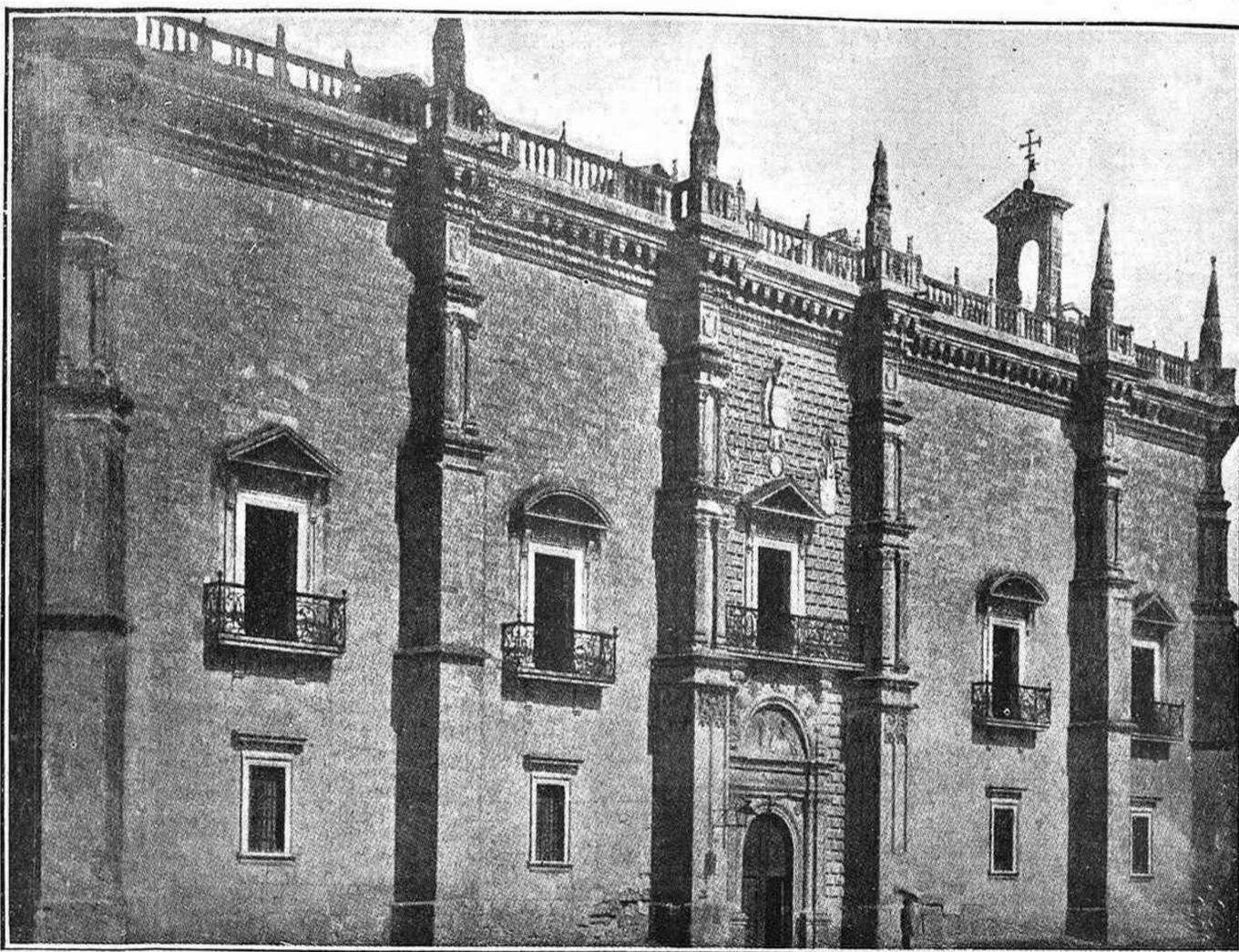
zando nuestro sentido estético. El primer número del *Archivo Español*—publicación cuatrimestral—inserta trabajos de Sánchez Cantón: «Maestre Nicolás Francés, pintor»; Orueta: «Un escultor animalista del siglo XIV»; Cabré: «Arquitectura hispánica. El sepulcro de Toya»; Angulo Iniguez: «Juan de las Roelas». Pero deseo hacer mención especial del ensayo «Sobre el Renacimiento en Castilla», de Gómez Moreno, no sólo por el interés de su primer capítulo «Hacia Lorenzo Vázquez», sino porque en las notas preliminares hallo un párrafo que puede servir de programa á la nueva revista, y dice así:

«Está por hacer la historia de nuestro Renacimiento. Quizá ya es hora de emprenderla; mas los tiempos no andan á favor de reconstrucciones demasiado ambiciosas. Si esperamos llegar á algo definitivo será reconociendo antes el terreno cuidadosamente, porque en esta España queda muchísimo inexplorado, y las sorpresas de cada día enseñan cuánto el caudal de nuestro saber admite aún acrecerse. Hay mucho que rectificar; mucho por valorar debidamente; mucho, sabido de pocos, cuya divulgación se impone. Esto pretendemos ahora: ir sacando á la luz lo que á fuerza de buceos fatigosos, entre decepciones y hallazgos felices, viene poco á poco hinchando nuestras carpetas; pero se quiere irlo presentando ordenadamente en cuanto sea posible, con su jugo, matizado, asequible, en fin, de una percepción gustosa. El lector, viendo la trama del artificio, podrá observar cómo con cuatro palitos se hacen castillejos de buen acomodo, algo así como andamios, que facilitarán construir sobre firme en su día; podrá ir fantaseando á propósito de novedades; podrá colaborar en la obra futura de reconstrucción histórica; podrá, sobre todo, investigar, ayudarnos en la faena, pues hay lugar para todos; hay rincones por toda España no explorados; legajos sin desempolvar siquiera, por millares, y libros donde á lo mejor se ilustran ignorancias; hay para todo hombre fino, sagaz, un campo de emociones, que lo alcen sobre las rastrerías humanas y le endulcen el dejo siempre amargo de la vida.»

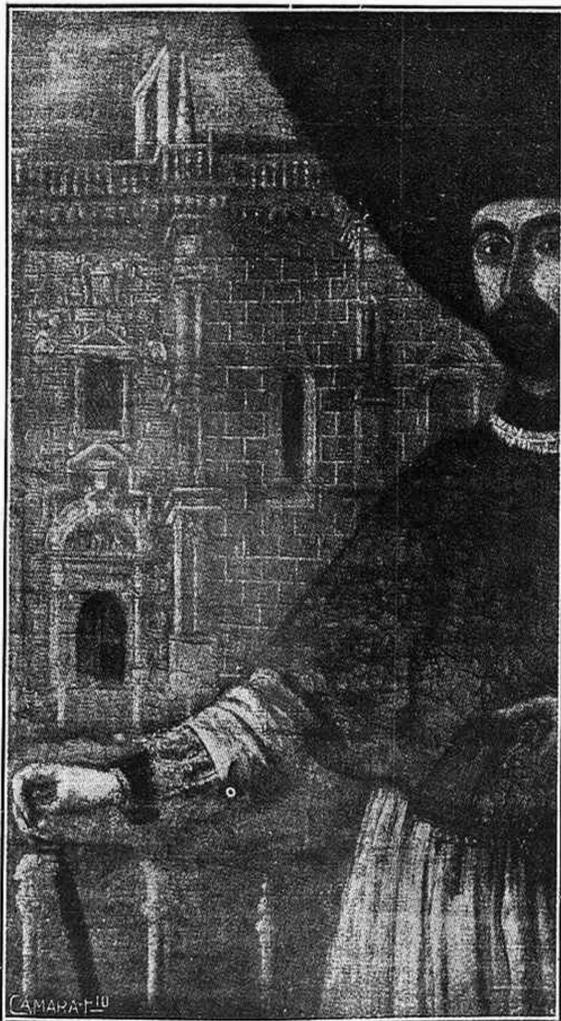
El programa es perfecto. El personal para realizarlo, competente y entusiasta. No ha de faltar público, que si no lo hubiera en España—suposición poco probable—, esta revista lo tendrá en todas partes. La arqueología y el arte español tienen un interés universal.

LUIS BELLO

(Grabados del «Archivo Español de Arte y Arqueología».)



Fachada del Colegio de Santa Cruz, de Valladolid, después de la reforma de D. Ventura Rodríguez



El Colegio de Santa Cruz, de Valladolid, según una pintura antigua, antes de la reforma

PÁGINAS POÉTICAS



ASÍ SIEMPRE, ESPAÑA...

¡Horas..., horas..., horas,
cagendo sonoras!...
¡Pasan siglos mill!...
¡La moza en la reja,
detrás una vieja
y al fondo un candil!...

¡Qué esperan la niña,
Doña Socaliña
y el viejo velón?...
¡La niña, deleite,
el candil, aceite,
la dueña, un doblón!

¡La casa cerrada,

muy limpia, callada!...
¡Las horas se van!...
¡Sobre el blanco muro,
pintado en oscuro
se ve un Zurbaván!

¡La mocita, inquieta,
sobre su peineta
se prende una flor!...
¡Indolente el talle,
remira la calle!...
¡No pasa el Amor!

¡Don Juan no aparece,
por fin anochece,

el cielo es de añil!...
¡La moza en la reja,
trabaja la vieja,
se enciende el candil!

¡La noche moruna,
de su media luna
da un blanco jivón!...
¡La mocita es guata,
la reja es de plata,
la vieja, un borvón!...

¡Y al fin viene el día!
¡Claro de alba fría
en cielo andaluz!...

¡La mocita sueña,
dormita la dueña,
se apaga la luz!

¡Y otra vez los años
sin penas ni daños,
y ven los extraños
siempre igual primor!
¡El candil brillando,
la vieja rezando,
la moza esperando
que pase el Amor!

Luis de



DIBUJO DE ALMA

EL HUERTO DE LA ALEGRÍA



BAJO el radiante dosel azul cobalto del cielo, el blanco caserío del pueblecillo, enclavado en un rincón de la costa malagueña, semejava un bando de gaviotas en reposo. Vallados de pitas y chumberas festoneaban los caminos, y la mancha verdinegra de los olivos se prolongaba hasta el bajo acantilado, que el mar Mediterráneo acariciaba con suaves olas, á las que el sol arrancaba irisaciones diamantinas al hundir su inflamado disco por Occidente.

Este risueño y apacible paisaje de égloga servía de marco á rústica casita de enjalbegadas paredes de blanca deslumbrante. Rosales y jazmineros en flor desbordábanse por el tapial que circundaba la vivienda campesina, que se ofrecía á la vista como primoroso ramillete de flores. El Huerto de la Alegría llamaban á la casita los naturales de aquel vergel, y en verdad que la comparación no podía ser más justa, ya que al encanto de las rosas y de los jazmines se unía la gracia y la belleza de Soledad, nieta del casero Frasquito, mocita preciosa por la que en vano suspiraran y rondaran su florida reja los mozos más pintureros del contorno.

Aquella tarde de Junio, Soledad, al aspirar el ambiente saturado de aromas, sentíase invadida por el vital aliento que animaba á la naturaleza. La alegría retozaba en su cuerpo y se asomaba á sus ojos de virgen morena. Y mientras sentada, junto al brocal del pozo, teniendo sobre las rodillas el mor-

tero de barro, se dedicaba á labrar la masa del clásico gazpacho andaluz, el júbilo que ponía un trémolo de felicidad en su espíritu se escapaba por sus labios y echaba á volar en esta copla, dicha por la mocita con suspirante voz:

En el rosal de mi pecho
una rosa floreció.
¿Quién será el jardinerito
que la cuida con amor?

—Y que no fuera yo el jardinerito ese *pa* estar loquito de por *via*! —interrumpió presentándose Jabegote, un joven de tostado rostro—marcado en su lado izquierdo por una cicatriz—y de feble constitución, si bien su mirada franca reflejase indomable energía.

—No sabes con cuánta *impaciencia* te esperaba!—contestó risueña Soledad—¿Y José Manuel? ¿Me recuerda mucho? ¿Cómo no vino contigo?

—Si me preguntas *too* de un *gorpe* no voy á *tené* lengua *pa* contestate.

—*Pos empiesa* poquito á poco y no me vengas con *guertas*...

—*Pa guertas* las que das tú en *er* mortero; con que deja ahora *er* gazpacho y escucha, Soledá. Tu novio José Manuel te quiere y no te *orvia* ni aun de noche, porque no deja de *soná* contigo. Y *pa desirte* que estará aquí pronto es por lo que he *venío*.

—¿*Pos* estaría bonito que el día de mi cumpleaños no estuviera á mi vera José Manuel! ...

—¡Antes hubiera *farao* el sol que él dejar de *felicitarte*.

Y Jabegote, á continuación, con pintoresco lenguaje, rebotante de imágenes, refirió á Soledad cómo José Manuel, el más audaz contrabandista de cuantos surcaban el mar con su jabeque, llevando alijos de tabaco desde Gibraltar á la costa malagueña, sólo tenía una preocupación constante: la de amasar un capital que le permitiera en breve plazo asegurar el porvenir al lado de ella, la novia escogida, para hacerla su esposa.

Soledad acogía cada palabra de Jabegote con infinito gozo, que ponía arreboles en sus mejillas y brillo de emoción en sus pupilas. Mientras Jabegote hablaba sentíase la muchacha transportada á una región ideal, en la que se destacaba con destellos de gloria el Huerto de la Alegría, donde José Manuel la arrullaba con encendidas palabras de pasión. En este paisaje de ensueño surgía de repente el punto negro de un recuerdo doloroso: el de la hermana extrañada del hogar desde hacía varios años. ¿Dónde estaría Rosario, la hermana querida que de niña constituyera con Soledad el encanto de la casa y del abuelo Frasquito, que en sus nietas había puesto los postreros anhelos de ternura de su corazón? De su hermana Rosario, la alegre chiquilla que con sus risas y con sus cantos llenara de optimismo la vejez del abuelo, nada se había sabido desde el día fatal en que la mocita, ávida de conocer el mundo, abandonara el hogar, ganada por las artes de seducción de un aventurero.

La fuga de Rosario marcó la huella de la fatalidad en el Huerto de la Alegría. Murió de pena la madre de Rosario ante el abandono de la ingrata hija, y Soledad, huérfana de padres, no tuvo más cobijo ni amparo que el del abuelo Frasquito, quien por su parte reconcentró en la nieta sus más tiernos afanes con las ansias del ser que en las postrimerías de la vida se siente atraído hacia el seno de la tierra.

—Pero, chiquilla. ¿en qué estás pensando? ¿Tú no estás ahora en *er* mundo!—exclamó Jabegote al observar que Soledad apenas le escuchaba.

—Pensaba en que sería la más *felí* de las mujeres con el *queré* de José Manuel si aquí estuviera mi hermana Rosario, que como una gaviota *alocá* tendió *er* vuelo y abandonó su *nío*...

—¿*Aqueyo* pasó, y las cosas *pasás* es como si se las *yerara* la muerte... ¿Conque anima esa cara y alegre esos ojos y á *disfrutá* de la *via* con el que pronto será tuyo por la *bendición der* cura. Y mira tú: ni *yamao* con *campaniyas*. ¡Ahí tienes á José Manuel!

Era el recién llegado de varonil figura, aventajada talla y estaba en pleno vigor de juventud. Su expresivo rostro irradiaba nobleza y energía. Su traje correspondía al de la gente de mar.

La aparición de José Manuel fué acogida por Soledad con grandes transportes de júbilo. Avidamente la enamorada escuchaba á su novio, sintiendo que cada una de sus palabras resonaba en sus oídos como maravillosa melodía que serenaba su espíritu.

Con la verbosidad característica de los meridionales expuso José Manuel á Soledad sus proyectos. Los últimos alijos de tabaco, hechos con fortuna, le habían producido pingües ganancias, que permitirían disfrutar de una vida exenta de peligros, en la tranquilidad del hogar que más tarde los pequeñuelos convertirían con sus risas en un rinconcito del cielo...

El abuelo Frasquito vino á interrumpir el idilio. Y tras el cambio de saludos, José Manuel, con la solemnidad que el momento requería, formuló la petición de casamiento con Soledad si ella era gustosa y á la boda no se oponía el abuelo. Accedió éste, tras de hacer algunas reflexiones que le sugería el caso, á otorgar el ansiado consentimiento, y todos entraron en la casa á celebrar el cumpleaños de Soledad, que en aquel instante, henchida de dicha, no se hubiera cambiado por la princesa azul de los cuentos de hadas, que tanto la ilusionaran en su niñez.

Y tras las citadas figuras llegaron á la casa familias de colonos de los caseríos próximos deseosas de felicitar á Soledad y de *echar* de paso su ratico de fiesta. La gente moza, dicharachera y bulliciosa, invadió en una oleada de vida el Huerto de la Alegría. Y en la serena paz del caserío, bajo el centelleante parpadeo de las primeras estrellas de la noche, los ecos del rasgueo de las guitarras y de las coplas se difundían por el ambiente, saturado de aromas, de pasiones, de anhelos y de nostalgias...

Y coincidiendo con una copla de inflamada pasión, entonada por sonora voz varonil, apareció por el camino que conducía al Huerto de la Alegría una grácil mujer, en la que se aunaban en

conjunto armónico gracia, belleza y distinción. Vestía con refinada elegancia; su aspecto revelaba desaliento, y sus ojos, expresivos y magníficos, aparecían enturbiados por las lágrimas. A su lado otra mujer entrada en años, de aspecto vulgar, alentaba á la extraña, prodigándole frases de afecto maternal.

—¡No yores tú, pobresita mía, que en tu casa no viven fieras!... Ven conmigo y verás cómo te abren sus brazos...

—¡No, Angustias, no! ¡Me rechazarán porque fui mala... porque les abandoné!...

—¡Pero te has arrepentido, Rosario, y la que se arrepiente merece el perdón... ¡Jesús! ¡Pos si van á gorverse locos viendo lo requetepresiosa que estás!... ¡Quién iba á desti á esta probe vieja que iba á verte otra ve?...

—Y esa fiesta, ¿qué significa?

—¡Significa que tu hermana Soledá celebra su cumpleaños, y lo que es mejó: su petición de casamiento por José Manuel... ¡Presisamente es el que está cantando ahora!...

Una punzada dolorosa sintió Rosario en el corazón al oír el nombre de José Manuel. Los recuerdos acudían á su cerebro y desfilaban ante sus ojos reproduciendo escenas de su infancia allí en el rincón adorado, entre los suyos, que la enseñaran á balbucir las primeras palabras y el nombre de cada una de las flores del Huerto. Veíase chiquilla corretear por los campos inundados de luz, junto á su inseparable compañero de juegos José Manuel. Y luego se le aparecían como claras visiones de realidad la huida de su hogar, sugestionada por las palabras de un hombre mundano, que de paso por el pueblo y al verla bailar en una fiesta la había arrancado del nido, ofreciéndole un porvenir de fausto y esplendor, creado por su admirable intuición de danzarina maravillosa; sus clamorosos triunfos artísticos, logrados en soberbios teatros; su sed de riquezas y de vanidades satisfecha, hasta llegar el momento en que su espíritu, preso en la garra del hastío, sólo ambicionara retrotraerse á su infancia inocente; á la paz de sus campos queridos; al calor de los suyos y al amparo del amor de aquel chiquillo que por satisfacer sus caprichos acometía la audaz aventura de escalar escarpadas rocas, desgarrándose las manos para buscarle los codiciados nidos de gaviotas.

Y cuando sus anhelos de hallar la paz soñada le habían impulsado á tornar al rincón de su tierra tan nostálgicamente suspirada; cuando con espíritu ávido de reposo se hallaba en la puerta del hogar bendito, la humana, cruel é implacable realidad se alzaba como inexorable espectro, mostrándole despedazado su amor, su inmenso amor, que la había impulsado á volver hacia José Manuel, que ahora mozo entonaba la eterna canción; pero no á ella, ni á su boca, ni á sus ojos, sino á otra boca, y á otros ojos y á otra mujer, que era su hermana Soledad...

Mortal congoja oprimió el corazón de Rosario y llenó de lágrimas sus pupilas. Y como su cuerpo vacilaba amenazando doblarse en una definitiva renunciación, la bondadosa Angustias, mientras la sostenía en sus brazos, clamó...

—¡Señor Frasquito, por caridá, sarga al momento, que su nieta Rosario ha güerto y se me muere!...

El señor Frasquito, Soledad y José Manuel aparecieron en la puerta y rápidamente diéronse cuenta de la situación. Era la hija pródiga que se reintegraba al hogar. Con generoso impulso Soledad se abrazó á su hermana y rogó fijos los suplicantes ojos en el abuelo:

—¡Papá Frasquito: perdónala!... ¡Ya ves que es buena!...

—¡No, no es buena mujer la que fué mala hija! ¡No entrará en esta casa!

—Yo también pido perdón pa eya—apoyó José Manuel, ganado por una infinita ternura hacia aquella mujer que despertara en su infancia su corazón al amor.

—¡Y qué he de jaser yo—sentenció el abuelo—, si aunque mis labios la *insurten* mi corazón está *distiendo* que la perdone! ¡Entra, Rosario, entra á la casa, pero que no te vean mis ojos para no *tené* que *avergonsame* de que seas mi nieta!...

Un mes había transcurrido desde la tarde en que Rosario se presentara en el pueblo buscando el cobijo de la casita que la viera nacer y los hondos afectos familiares.

Joven y bella, había impuesto—en su carrera triunfal por el mundo durante varios años—el imperativo hechizo de su cuerpo, viviente tanagra cuando á los acordes de depuradas melodías tornábase en insuperable intérprete de clásicas danzas, que producían estética emoción en los más exigentes públicos, que enloquecidos de entusiasmo, la proclamaban como la más maravillosa danzarina moderna. Halagada en su vanidad por las lisonjas de humildes y poderosos, Rosario, semejante á una deidad intensamente adorada por los hombres,



vióse pronto dueña de una fortuna, con la que podía, altanera, desafiar el porvenir. Pero aunque venció en la lucha frente al mundo, no pudo vencerse á sí misma, porque en ella residía su propio enemigo. Y el enemigo implacable era su espíritu, no satisfecho ni con aplausos, ni con lisonjas, ni con riquezas. Su espíritu rebelde, á raíz de cada triunfo, de cada vanidad satisfecha ó de cada nueva pleitesia rendida tornábase en ave veloz, que, con incansable vuelo, surcaba espacios y más espacios, trasponía montañas y salvaba mares, para ir á posarse en la casita humilde de la costa malagueña, donde lloraban unas gentes sencillas la ingratitud de una hija y un hombre, casi un niño, el desengaño de su primero y roto amor. Rosario, al principio, resistió con energía; pensaba que era pueril empeño hacer revivir el pasado y que aquellas horas de inefable paz y ventura respiradas en el Huerto de la Alegría nunca volverían á poblar de ensueños su vida saturada de inquietudes y de curiosidades. Pero las prevenciones y reservas cerebrales fueron arrolladas por el espíritu rebelde y nostálgico, y así Rosario, impulsada por los estímulos del corazón, un día decidió su suerte. Volvería, triunfante y rica, á refugiarse entre los suyos; reanimaría el infantil amor de José Manuel, casaría á su hermana con el hombre elegido y todos así podrían hacer el tránsito por la vida en dulce tranquilidad. ¡Irrealizable quimera! Bruscamente había sentido Rosario en los días transcurridos en la casa derrumbarse sus ilusiones ante el duro empuje de la realidad.

Fué primero la impresión desoladora sentida al saber que aquel amor ardiente que la reintegrara al hogar tenía por santuario el corazón de su her-

mana. Luego sentía Rosario que el recelo y la desconfianza de los de la casa la rondaban de continuo. Su hermana, el abuelo y hasta el mismo José Manuel mostrábanse cariñosos, sí; pero algo había en sus miradas que revelaba claramente á Rosario que en el hogar estaba considerada como una extraña. Cuando salía del huerto menudeaban las recomendaciones.

—Rosario—le decía el abuelo—: no te *luscas* mucho ante la gente, que es *mermuraora* y no quiero *andá* en lenguas... ¡Y no tardes en *gorver*, que *en-seguía* pienso en *too* lo malo!...

Aquellas censuras disimuladas bajo un aspecto de efusividad herían la sensibilidad de Rosario, que, embargada por el desaliento, pensaba: «No comprenden ni mi cariño ni el sacrificio que por ellos hago... ¡No me han perdonado, porque en mí siguen viendo á la que atrajo con su huida la fatalidad á la casa!»

Entonces se rebelaba con la innata soberbia de la mujer que en un momento dado ha sabido erigirse en triunfadora, y formaba el propósito de huir para siempre de aquel hogar tan amado antes y ahora tan frío é inhospitalario. Iba á decidirse á alejarse y una fuerza superior la retenía. El abuelo, al que veía débil y achacoso, y que podía sucumbir al influjo de nuevo golpe asestado á su corazón, y de otra parte la sugestión que sobre ella ejerciera la varonil figura de José Manuel, eran frenos que anulaban su voluntad para acometer la extrema resolución. Aquella noche, como las anteriores, la cena servida en la amplia cocina de la casa había transcurrido silenciosamente. El abuelo hallábase abstraído en sus pensamientos de desconfianza hacia la nieta recobrada; Soledad pensando

en José Manuel, del que sabía andaba en un peligroso negocio de alijo, sin que tuviera noticias suyas, y Rosario haciendo el repaso mental acerca de su equívoca posición entre la familia.

Unas lejanas campanadas anunciaron las diez de la noche, hora de recogerse en la casa.

El señor Frasquito abandonó la mesa, y tras de recomendar á sus nietas que se retirasen pronto á descansar, dió un beso á Soledad y se dispuso á entrar en su cuarto.

—Y á mí no me besa, papá Frasquito?—interrogó suplicante Rosario, ofreciendo su frente al abuelo.

Este vaciló un instante; pero luego, en un arranque de generosidad, se acercó á Rosario y, tomando entre las manos su gentil cabecita, exclamó:

—A ti también, hija mía.

Después, pensativo, se despidió de sus nietas con un «¡Qué paséis buena noche!», y se refugió en su alcoba.

Como Soledad se mantuviera silenciosa y cohibida, Rosario corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos mientras que le decía:

—Soledad: ¿qué tienes? Háblame con franqueza. ¿Es que ni tú ni el abuelo estais conformes con mi estancia en esta casa?

—Caya por Dios, Rosario; no es esa la causa que me da tristeza y te jase dudá de mi cariño... Lo que me trae sin sueño, Rosario, es que tú no eres la misma; nos miras con *reselo* y en cada palabra nuestra crees ver una *acusación* por lo *pasao*. Y no es eso; *estamo* tristes porque tus gustos son mejores que los que te podemos *da* en esta casita tan *humirde*. Porque lo mismo que tú crees que nos-

otros no hemos *orvidao*, nosotros creemos que tú tampoco encuentras aquí la *felisiá* de *otro tiempo*...

—No quiero, no, que estés triste...—interrumpió vivamente Rosario—. Yo me adaptaré á vuestras sencillas costumbres y juntos seremos los más dichosos de la tierra. ¿Verdad que será así?

—Eso es lo que *ambisiono* con toa mi *arma*...

—Y dime, Soledad: ¿quieres mucho á José Manuel?

—Más que á mi *via*, porque *e* un hombre cabal. Rosario sintió un estremecimiento, pero se sobrepuso.

—Pues con él serás feliz, porque yo amadrinaré la boda y cuidaré de que nada os falte.

—¿Quieres *cayá*, Rosario? El tiene sus *ahorriyos*, hechos con fatigas y trabajos, y no es necesario que te sacrifiques...

Iba á contestar Rosario, cuando en el amplio portón de acceso á la cocina resonaron varios golpes dados con precaución, mientras que una voz trémula demandaba apremiante.

—¡Soledá, por Dios, abre pronto, que vengo *perseguido*! ...

En el semblante de Soledad se reflejó el terror. Había reconocido en aquella voz suplicante la voz de su novio José Manuel. Sus ojos, en muda interrogación, se dirigieron hacia su hermana en demanda de una solución al grave problema en aquel momento planteado...

—¡Abre en seguida!—ordenó imperativamente Rosario.

Abrió Soledad, procurando hacer el menor ruido, y apareció José Manuel. Venía anhelante, desencajado y con la angustia reflejada en el rostro.

—¡Me vienen persiguiendo los carabineros, y si no me escondéis estoy *perdido*...

—¿Pero te han visto entrar?

—Creo que no, porque he *despistao* á mis *perseguiores*. ¡Qué *fatalidá*! Estaba á punto de teminarse el alijo cuando se presentaron los carabineros... ¡Naa! ¡*Arguna mardita arma* que dió *er soplo*! Mi gente pudo ponerse en salvo; pero yo á poquito más lo cuento en *er otro mundo*, ¡*Soledá* de mi *via*! Y ahora, ¿dónde me *ocurto*? Porque si *yegan* y me ven aquí, ¿qué va á *sé* de mí y qué va á *sé* de *nosotro*?...

Disponíase Soledad á refugiar á José Manuel en su cuarto cuando Rosario, poseída de generoso impulso, exclamó:

—En tu cuarto, no, Soledad; tú eres soltera, y si lo encontrarán á José Manuel...

Y dirigiéndose á éste, le impuso:

—Entra en mi alcoba; aquí no comprometes tu libertad ni la honra de mi hermana. En cuanto á lo que de mí pudieran decir... Ya, ¿qué puede importarme?

Y mientras José Manuel se ocultaba en el cuarto designado por Rosario, las dos hermanas quedaron frente á frente observándose con fijeza, como si á través de sus ojos pudiesen escudriñar los recónditos sentimientos que animaban sus almas...

Sobre el apacible mar, semejante á inmensa lámina de plata, reflejábese el tono rosicler del cielo, anunciador de la aurora. En el rincón del pedrero, que formaba reducida ensenada, los hombres de José Manuel, aprovechando las últimas horas de la madrugada, se apresuraban antes de que apareciera el sol á desembarcar del jabeque los fardos de tabaco del último alijo, procedente de Gibraltar. Cortos silbidos, lanzados de cuando en cuando por Jabegote, parecían dirigir á los contrabandistas, que rápidamente, pero dentro de un orden perfecto, lanzaban desde la embarcación al agua las cajas, que, empujadas hacia la orilla, eran rociadas por los hombres escalonados de trecho en trecho é internadas en tierra. Coincidiendo con la salida del sol terminó el alijo; largó velas el jabeque y aquel sitio quedó sin rastro alguno del contrabando efectuado. Solos José Manuel y Jabegote, sentáronse en las peñas, y mientras fumaban el cigarro del descanso comenzaron á comentar los incidentes del alijo, tan felizmente llevado á término.

—Buen día hemos *tenio*—expresó Jabegote con tono alegre—. ¡Lo que es con los *sei mir reale* que te supone *er negocio* de hoy buen regalo de boda va á *tené* Soledá! ...

—Jabegote: déjame de eso ahora.

—¿Pero eres tú, José *Manué*, *er* que está ahora tan *esaborio*, cuando debieras *jayarte sartando de goso ar pensá* que pronto va á ser tuya la *mujé* más buena y más bonita *der* contorno? *Pos* sí que no lo entiendo...

—¿Cómo lo vas á entender si yo mismo no sé lo que me pasa *dende jase tiempo*!...

—¿*Dende* que *gorvió* Rosario! ¿No *e* *verdá*?

—Así *e*, Jabegote.

—*Pos* te lo voy á *desi* yo. Te pasa, José *Manué*, y perdona mi *franquesa*, que *aqueya chiquiya* con la que *jugate* de niño ha *güerto* y te ha *robao er sentio*... ¡Eso es *too*! ...

—No sé, Jabegote, si será lo que *dises*; pero sé que no vivo *dende* que *gorvió* Rosario. Tú *sabe* que *dende chava* la tuve *ley*...

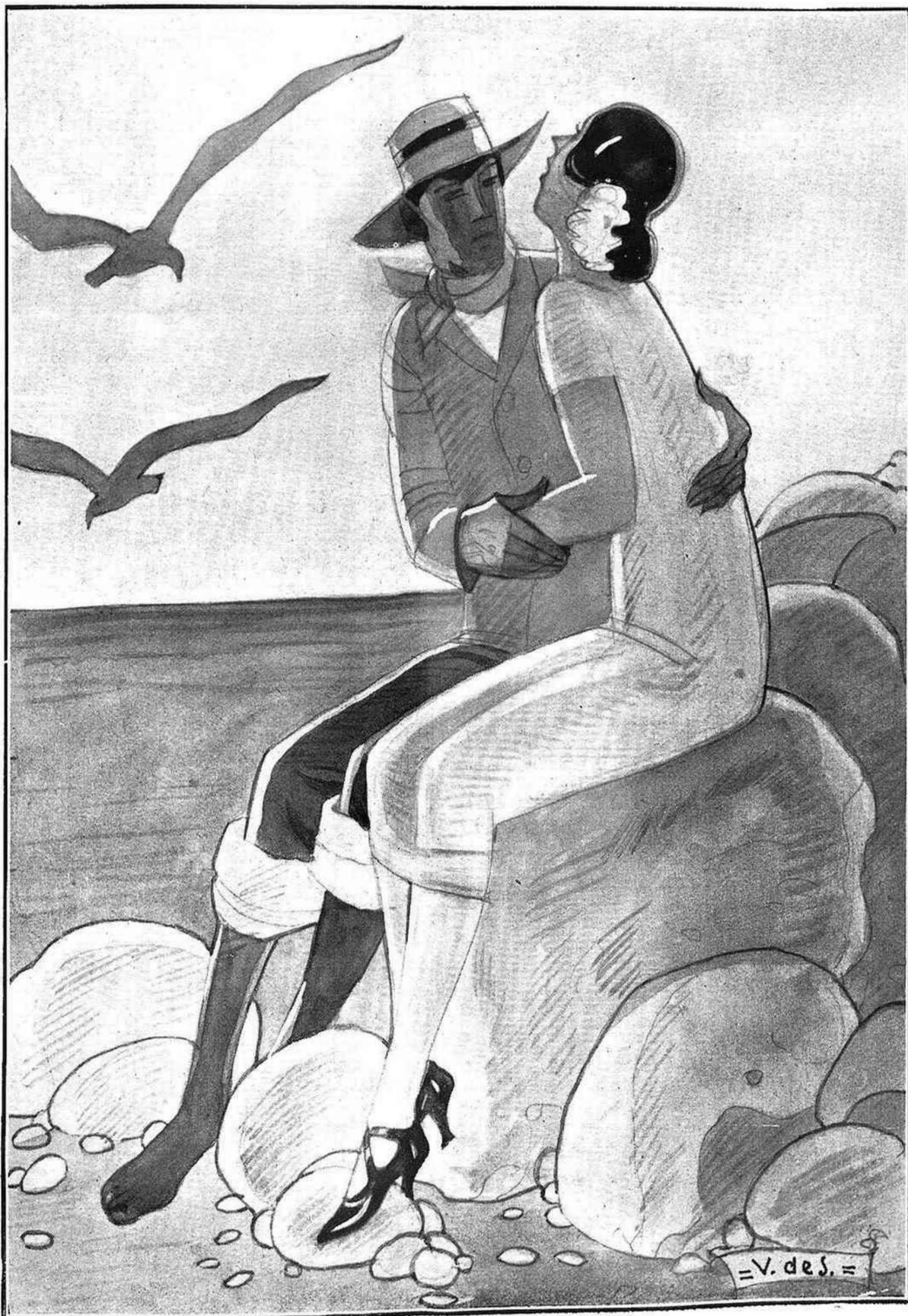
—Si lo sabré yo que siendo *lo do chavale* reñimos por *eya* y tú de una *pedrá* me señalaste *er chirlo* que tengo en la cara!...

—*Güeno*; *pos* yo, cuando *eya juyó* e la casa creí que *se m'acababa* *er mundo*. Ni comía, ni descansaba, puesto en *eya* *er pensamiento*. *Aluego* pasaron *día, mese* y *año* y *aquer doló* que yo sentía en *er arma* se fué *carmando* con *er bársamo* de otro cariño: *der cariño* de Soledá, que con *su ojo*, con su risa y su *palabra* me recordaba á la ausente... ¡Y quise á Soledá como había *querio* á su hermana y *jasta yegué* á *orviarla* pensando en que Rosario había *revivio* en Soledá... Pero Rosario ha *güerto*, y *dende* que ha *güerto*, *dende* que *jase* pocas noches, como tú sabes, me *ocurto* en su cuarto *pa* librarme de los *carabinero* que me *acosaban* como á un *jabato*, mi *via* no *e* *via*; quiero *pensá* en Soledá y la imagen de Rosario me *yena* los *sentios*; *sierro* los *ojo* y la veo como cuando de *chiquiya* correteaba conmigo por *er campo* y la cogía flores *pa* *adorná* su pelo y me *destrozaba* las manos entre las peñas *pa* *alcansar* un *nio* sólo por el *plaser* de que *riyera*...

—¡*Naa*, que *t'ha emburjao* esa *mujé*!—replicó con acento de convicción Jabegote—Contra eso no hay *má* que sé hombre y *tené* *voluntá*. ¿Tú *recuerda* *ar bendito* San Antonio y las *tentaciones*? *Pos* tiene que sé como *e* *pa* *sabé* *resistí*... *Orví* á esa *mujé* y *güerve* los *ojo* á Soledá, que *está* *traspuyá* de pena porque ve que tú no *ere* *er mismo* de *enante*...

—*Dejemo* esta *conversación*, Jabegote; te lo *pio* por *javó*...

—Está bien, José *Manué*; por mí ya está *dejá*...



Pero no *orvies* que has *dao* tu palabra de casamiento á Soledá y que debes cumplir con *eya* como un hombre de *consiensia*.

—¡Basta ya de *sermone*, que yo bien sé lo que tengo que *jasé!* Ahora déjame y vete á *cohrá er negosio*. Ya *sabe* dónde me *pués* ver á la tarde...

—Está bien. ¡*Pos* no te *surfura* tú poco! Ya te dejo. Pero que no se te *orvie* lo dicho... ¡*Quéate* con *Dió*, José Manuel!

Y Jabegote, después de dirigir una mirada de conmiseración á su amigo y jefe, emprendió la marcha, perdiéndose poco á poco por entre las quebraduras de las rocas.

Solo quedó José Manuel sentado en las piedras, apoyando entre las manos la atormentada frente, en la que se debatían opuestos sentimientos de generosidad y deber, pasión é instinto.

De su abstracción vino á sacarle la presencia de Rosario, que quedamente aproximóse al mozo hasta pararse frente á él á escasa distancia. Venía vestida con ligero traje de tonos claros y realzaba el encanto de su ondulada y negra cabellera la pompa de unos rojos claveles. Esta sencillez contribuía á dar mayor atractivo á la figura de Rosario, que, enmarcada en el radiante paisaje, bajo la luz naciente de la mañana, se apareció ante los ojos de José Manuel como una visión ultraterrena.

—¡Bendita seas tú, que has *venío* á *carmar* mi *martirio!*—dijo José Manuel, mientras que tomaba las manos de Rosario y dulcemente la invitaba á sentarse á su lado—¡*Creí* que no acudirías á esta *sita*, en la que se ha de *resorvé* la marcha de mi *vía*, Rosario!...

—No debí venir, José Manuel; sé que lo que hago está en pugna con mi conciencia, que me indica claramente cuál es el camino á seguir; pero no he podido vencer el impulso de venir hacia ti, José Manuel; de buscar á aquel chiquillo que despertó en mi alma no sé qué nuevos sentimientos que luego no han podido borrar ni mis andanzas por la vida ni mis afanes satisfechos de riquezas ni el amor de los hombres...

—¡*Verdá* que sí, *Rosariyo*, mi tesoro? ¿*Verdá* que tú no has *orvidao ar chavaliyo* que en tus *ojo* aprendió á *queré*? ¡*Recuerdas*, di, cuando en *aqueyas* mañanitas juntos *corriamo* por *er campo* persiguiendo *mariposa*? Las *amapolas*, menos *ensendias* que tu cara, adornaban tu pelo, y yo mirándote mucha *vese* me *queaba* como sin *sentio*... Una *ve* cogías *rosas sirvestre* y tu manita de nardo, *punsada* por *crúe* espina, se tiñó de sangre... ¡*T'habías jerío* y yo *creí enloquesé*. Apliqué mis labios á la *jería* y la *restañé* con mis besos, y *dende entonse*, Rosario, yo no sé si al *aspirá aqueya* sangre tu espíritu *me se metió* en *er sentio*... Lo que *sé e* que cuando aquí no estabas yo vivía, y ahora que te tengo aquí no vivo.

Y José Manuel, en desbordante exaltación amorosa, mientras enlazaba con sus brazos el tremante cuerpo de la mujer codiciada, que languidecía ganada por la emoción y anulada la voluntad por el pasado que volvía á revivir triunfante, siguió hablando, y sus palabras ardientes, acariciadoras, inspiradas por irrefrenable deseo, iban debilitando el ánimo de Rosario hasta dejarla sumida en una inconsciente renunciación de su ser.

Roto el freno que contuviera á Rosario y José Manuel, la pasión insana que les torturara hizo vibrar sus nervios, se asomó á los enfebrecidos ojos y floreció en delirantes besos, quedando así pactada la suprema decisión: la de huir para siempre de aquellas tierras para disfrutar su amor, allí donde no pudieran conmovir sus conciencias los ecos dolientes de un pobre viejo y las quejas y lágrimas de una hermana, traicionada en su amor por otra mujer hija del mismo regazo y alentada por la misma sangre filial.

•••••

La noche había extendido sus azules gasas bordadas con arabescos de estrellas sobre el blanco caserío en reposo. El aire estival, saturado de aromas campesinos, transportaba en sus alas ecos de canciones entonadas por los mozos rondadores, al pie de las rejas floridas.

Todo era silencio y paz. Dijérase que la naturaleza reparaba sus vitales energías aletargada por sedante sopor.

Mediaba la noche y el amplio silencio envolvía al Huerto de la Alegría. Soledad, desde la ventana de su cuarto, dejaba vagar sus miradas por el cielo, como si allí, en lo alto, pudiera hallar la clave del doloroso problema que angustiaba su corazón. Estaba triste, muy triste. Con certera intuición—esa intuición que rara vez engaña á la mujer—había sentido que la fatalidad acechaba su dicha, albergada junto á ella bajo el mismo techo. Al principio, cuando en su cerebro clavó su garra la sospecha, rechazó indignada la idea. Sentíase avergonzada de la ruindad del pensamiento que la orientaba hacia el origen del peligro presagiándole: «El amor que sientes por José Manuel, supremo anhelo de tu juventud, cima dorada de tus ilusiones de virgen,



está amenazado por otra pasión arrolladora que como ciega víbora envenenará tu vida para siempre.»

En noble impulso su espíritu se rebelaba contra estas suspicacias; pero la realidad se encargaba de acrecentar las desconfianzas y de afirmar los temores.

Veía Soledad transida de pena que su hermana Rosario caía en largas abstracciones cada vez que consultaba su opinión sobre cualquier detalle de la boda con José Manuel. Cuando llegaba éste á la casa observaba Soledad que su hermana le acariciaba con los ojos y con las palabras. ¡Hasta el arranque de Rosario, brindando á José Manuel su cuarto la noche en que se presentó huido en la casa, constituía para Soledad fehaciente prueba de su infortunio!... Y si Soledad pasaba á analizar la conducta de su novio, hallaba que éste, de hablador y jocos, habíase tornado en sombrío y huraño. Ya no la regalaba con dulces palabras que la hacían sentirse transportada á regiones ideales; ni hallaba como otras veces placer en ensalzar sus ojos y sus labios, ni pasaba con ella las horas que transcurrían veloces «pelando la pava» hasta que la luz rosada anunciaba la aurora.

Aquella noche Soledad sentía conturbado su espíritu por negros presentimientos, que la llenaban de espanto. Para calmar la inquietud que la mantenía en angustioso insomnio abandonó el lecho para aspirar desde su ventana la fresca nocturna del campo y hallar tregua frente al sereno espectáculo de la Naturaleza á la congoja que amenazaba destroz su existencia. Y vencida por la infinita serenidad del ambiente, Soledad reclinó su busto sobre las rejas de la ventana y quedó dormida,

mientras el viento suave acariciaba su frente poniendo en dispersión las agoreras ideas.

Cautelosos pasos profanaron el silencio de la noche. Como una sombra surgió frente al Huerto de la Alegría la figura de José Manuel, quien sigilosamente se aproximó al ancho portalón de la vivienda y llamó con voz queda:

—¡Rosario! ¡Rosario!

Tras un corto intervalo se abrió sin ruido la puerta y apareció Rosario ataviada con sus mejores galas y envuelta en amplia y negra capa de seda.

—¡*Ar fin* estás conmigo! *Creí* que no te *desidieras*.

—¡Silencio, por Dios, José Manuel! ¡Tengo miedo!...

—¿Miedo á quién?

—A mi propia conciencia, que me acusa por este nuevo crimen que voy á cometer. Antes fui mala hija; ahora soy mala hermana. ¡Adónde me llevará el Destino!

—Tu destino es *disfrutá* la *vía* en mis *brasos*; abrasarte en mi *queré*, que te siguió en la *ausencia* y se refugió en tu hermana porque en *eya* creía yo *encontrá* el *sonío* de tus palabras y el *oló* de tu cuerpo.

—¡No me martirices; déjame disfrutar de la paz de esta casa entre los míos!

—Si eso no *pué sé*. Si aunque me condene, aunque cause *toas* las penas *der mundo* no *puéo* mirarte y *tenerte serca* de mi vera sin *sentí* que mi sangre hierbe como si en mis venas ardiera *er* fuego de un *vorcán*.

—¡José Manuel!

—¿Por qué me pides que te deje si tú misma no eres *capá* de ese *sacrifisio*? Te propuse *juir* y has

deja tu casa. ¿Ves cómo el Destino te señala la senda a seguir?

Y José Manuel, inspirado por el monstruo del instinto, siguió hablando, envolviendo una oleada de sensualidad los sentidos de Rosario, que en frenética explosión de amor, se acogió á los brazos trémulos del mozo, estrechándose contra su pecho.

—Estoy loca por ti. ¿Sabes, mi José Manuel? ¡Cuánto he sufrido desde que de retorno á mi hogar supe el amor que por otra mujer sentías! Pensaba en que aquella mujer era mi hermana, y entonces gemía como si todas mis fibras se desgarrasen de dolor al pensar que nada debía intentar contra ella; pero la veía tranquila, dichosa, recreándose en su suprema felicidad, y un germen morboso se apoderó de mi ser, y sólo sentí el deseo cruel, irrefrenable de llevar á su espíritu las mismas inquietudes y los mismos dolores de mi espíritu. Alenté tu pasión y avivé sus celos, y cuando aterrada del mal causado quise remediarlo, ya no era posible, porque pensaba que sin ti la vida no me ofrecía ningún encanto...

—¡Vámonos, Rosario! Lejos de aquí mi *queré* será tu amparo. ¡Lástima que un pobrecito como yo haya puesto sus ojos en ti, que estás tan *arta*!...

—Con tu amor me sobra, José Manuel. Además triunfaremos en el mundo, porque somos ricos y el amor y el oro son talismanes que abren las puertas de la felicidad.

Disponíase los amantes á emprender la marcha, acallados los escrúpulos morales que les reprocharan su acción, cuando en el camino, cerrándoles el paso, apareció Jabegote, que en actitud resuelta interpelló con enérgico acento:

—¿Dónde vas, José Manuel? ¿Y tu, Rosario? ¿Qué nueva *desgrasia* vas á llevar á la casa?

—¡Jabegote: abre paso, ó te juro...!

—*Carma*, que *pa too* habrá tiempo; pero antes tienes que oirme, José Manuel...

—¿Y si yo no quiero?

—*Pos* aunque no quieras, tendrás que oirme, José Manuel; lo que vas á *jasé* á Soledá es una infamia. Bien está que esa *mujé* que *t'arrastra* sea la *sisaña* mardita que consume cuanto toca; pero tú eres un hombre *honrao*, y los hombres *honraos* ni engañan á las mujeres buenas como Soledá ni huyen cobardemente...

—¿Y quién eres tú *pa pedime* cuentas?

—Un hombre que como tú ha *sabío* lo que son *desengaño* y *amarguras* en la *vía*. De pequeño quise á esa *mujé* que está contigo como nadie puede *queré*. Reñí contigo por *eya*, y más débil que tú, fui *vensio*; pero no así mi cariño, que siguió siendo firme, porque era verdadero. Y al huir Rosario de su casa sentí la pena mayor de mi *vía*, porque *pa mí* fué *aqueyo* como si me la hubiera *arrebatao* la muerte... Luego, como tú, José Manuel, puse mis ojos en Soledá; pero *er temó* de ser *vensio* otra *ve* por ti ahogó mis ansias y quise á Soledá en *silensio*, porque la veía *felí* y te consideraba *capá* de *cumplí* la palabra que le diste.

—Bueno; y ¿qué pretendes tú ahora?

—Sólo una cosa: que cumplas á Soledá lo *ofresio*... ¡Que le *devuervas* la alegría que le has *robao*! Que no la *jagas yorá*... ¡Ya ves si es poco! Te lo *pío* por la *amistá* que nos unió desde pequeños...

—Y si yo no te oyerá, ¿con qué *rasón* ibas tú á *impedí* mi *voluntá*?

—¡Con esta!

Y en la diestra de Jabegote relampaguó la ancha hoja del cuchillo de monte.

Rosario prorrumpió en un grito desgarrador, y dando al viento el negro jirón de su sedeña capa, huyó despavorida, perdiéndose en las tinieblas de

la noche, mientras que los dos hombres, esgrimiendo los acerados cuchillos, se espababan los movimientos para no marrar el golpe mortal...

Y en aquel crítico instante, cuando la vida de los dos hombres se hallaba en inminente peligro, se operó un milagro. Soledad despertó en la reja, y en tono quedo, con suspirante voz, como otras veces, dijo:

En el rosal de mi pecho
una rosa floreció.
¿Quién será el jardinerito
que la cuida con amor?

Y la voz dulce y melodiosa de Soledad fué la que llegando al corazón de José Manuel, le produjo una reacción de infinita ternura que dejó laxos sus nervios y desarmó su crispada mano, de la que se escapó el cuchillo...

—¿Oyes, José Manuel?—dijo Jabegote—Es la *vo* de la *verdá*, que te *yama*. ¡Y esa sí que te *condusirá* ar verdadero camino de la *felisidá*!...

—Pero ¿y Rosario? ¿Qué será de Rosario?—gimió José Manuel.

—Esa es la *fatalidá* que huyó *pa siempre* de esa casa—replicó sentenciosamente Jabegote—, á la que ahora sí que podremos *yamar* con *rasón* *per Güerto* de la Alegría!...

Y mientras que en el caserío renacía la paz, Rosario huía para siempre de aquellas tierras que la vieran nacer, á fin de reintegrarse de nuevo á su vida de mujer triunfadora, secos los ojos y el corazón, silenciosa y trágica, como viva encarnación de un destino feroz é implacable que fuera dejando á su paso huellas de dolor y de lágrimas...

José CARMONA VICTORIO

Dibujos de VARELA DE SEIJAS

EL GENEROSO HEROISMO DE UN MARINO ESPAÑOL

EN Barcelona ha tenido lugar recientemente un acto de justa ejemplaridad, que es un nuevo blasón y un nuevo orgullo para la Marina mercante española.

La Sociedad Protectora de Náufragos se reunió en la capital de Cataluña para otorgar la máxima recompensa, la Medalla de Oro, que pocas personas poseen, á D. Manuel Morales Muñoz, capitán del vapor *Infanta Isabel de Borbón*, perteneciente á la Compañía Transatlántica Española.

El Sr. Morales Muñoz es uno de los más prestigiosos marinos mercantes españoles; en su brillante carrera ha obtenido toda suerte de lauros profesionales; entre ellos, el premio Robín de 1918 para capitanes de altura.

Pero sobre sus méritos profesionales destacan en el señor Morales su generoso heroísmo, sus gestos de hidalguía y valor, que le han hecho muchas veces arriesgar su propia vida por salvar y defender la del prójimo en peligro.

Ya en 1917, mandando el vapor correo *Manuel F. Villaverde*, efectuó el salvamento de la tripulación completa del bergantín francés *Saint-Joseph*, que bajo un fuerte temporal se encontraba próximo á sumergirse.

En el año siguiente realizó el salvamento del submarino francés *S. C. 171*, que se encontraba completamente averiado y con la tripulación en grave riesgo.



DON MANUEL MORALES MUÑOZ
Capitán del vapor "Infanta Isabel de Borbón", de la Compañía Trasatlántica, á quien se ha hecho un justo homenaje en Barcelona

Más tarde, á raíz de terminar la guerra europea, el señor Morales, que mandaba el *Manuel Calvo*, salió del puerto de Barcelona con rumbo á Constantinopla, llevando una expedición de rusos «indeseables».

Cerca de la capital turca, en aguas de los Dardanelos, una mina que iba á la deriva chocó contra el vapor y le abrió una gran brecha en el casco.

Muchos pasajeros, enloquecidos por el pánico, se arrojaron al mar; pero el heroico capitán, en un alarde de serenidad y valor, que secundaron la oficialidad y los tripulantes, logró recoger á todos los desesperados náufragos y salvar el buque después de ímprobos trabajos.

En premio á estos méritos, el Sr. Morales ha sido laureado en distintas ocasiones con las Cruces de primera y segunda clase del Mérito Naval, Medalla de Oro del Gobierno francés, dos Medallas de Plata de la Sociedad de Salvamento de Náufragos, y ahora con la de Oro por su última heroica hazaña; distinción que, por su singularidad, es preciadísima, y que significa un justo homenaje á quien, como este ilustre marino, es orgullo de su profesión y merece toda clase de lauros por su constante altruismo y por el generoso aval de ese heroísmo elevado y nada espectacular, que es el mejor de todos, porque de él resulta siempre y tan sólo bien para nuestros semejantes.



El dictador argentino Rosas

NOVEDAD DEL «FACUNDO»

Pocos años ha, este libro, popular en América, donde nadie lo desconoce, apenas si había sido leído por media docena de españoles. Don Juan Valera no tenía preferencias por ese género de literatura. Don Miguel de Unamuno escribió de él poniéndole en lugar preferente, como uno de los mejores libros en lengua española. Y cuando D. Ramón del Valle-Inclán habla de la novela, suele decir que el *Facundo* es la mejor del siglo XIX. Mucha extensión ha de darse á la palabra «novela» para incluir el *Facundo*. En realidad, es un «ensayo histórico», de un carácter singular y acaso único, porque los ensayos del tipo de los de Macaulay se fundan especialmente en testimonios escritos, y Sarmiento escribió su libro desprendiéndolo de testimonios vivos todavía. La leyenda estaba fundida con la historia, y con ambas hizo el gran escritor argentino una semblanza del héroe del campo, y al mismo tiempo de la Argentina, á principios del XIX.

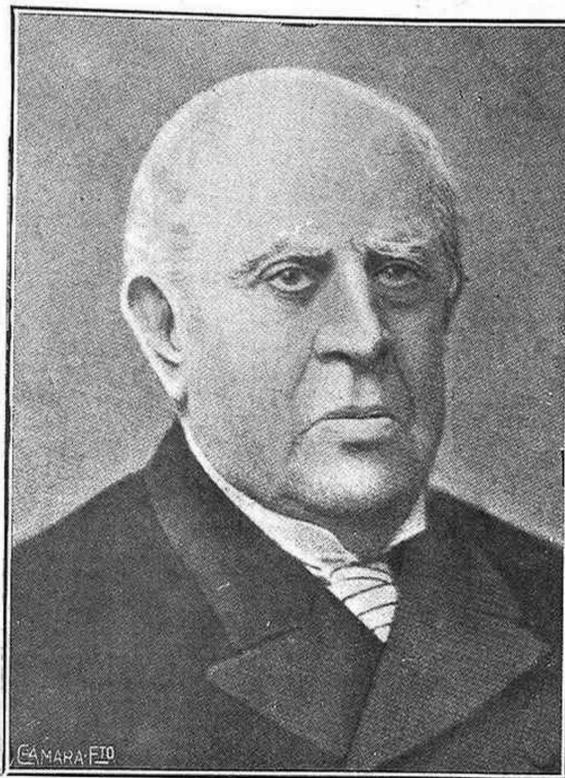
Luego, en pocos años han aparecido en España dos ediciones del *Facundo*. La primera, la de la editorial *América*, con un magnífico prólogo de Blanco Fombona. La segunda, en la «Colección Universal», de «Calpe». Pero hasta que Blanco Fombona, en 1916, editó el libro de Sarmiento, casi todos hablaban de él aquí sin haberlo leído, por referencia. En la Biblioteca Nacional no había ejemplar de la obra. Bien es verdad que tampoco lo hay ahora. Ni en el Ateneo, ni en ninguna de las Bibliotecas públicas que recorrimos queda ejemplar del *Facundo* en ediciones americanas. Es, sin embargo, libro que ningún español debe desconocer.

SARMIENTO Y BOLÍVAR

Los dos grandes nombres suelen aparearse, y muchas veces han servido para inútiles y enojosas comparaciones. Para servir de base á historias paralelas, son sus destinos demasiado parecidos, y están demasiado próximos en la gran hazaña de la independencia americana. En el prólogo del *Facundo*, Blanco Fombona se muestra más entusiasta de la gran figura de Bolívar, «el inabarcable libertador». El tipo de fundador de pueblos, *sociólogo antes de la sociología*, capaz de comprender que en aquellos desiertos de las Pampas que convidan á la independencia hay un hervidero de razas donde prevalecen las inferiores y de anticipar una solución para este gran problema, no era el de Sarmiento, sino el de Bolívar. Completaremos la información acerca de este juicio del escritor venezolano, porque ayuda á conocer la admirable personalidad de Bolívar. «Para aquella América enferma—dice Blanco Fombona—Bolívar ideó cuatro remedios, que, como hombre de acción, puso en práctica, á saber: la independencia de Europa, la emigración europea de sangre y capitales, fáciles y múltiples vías de comunicación y la más completa difusión de la enseñanza. Toda su actividad

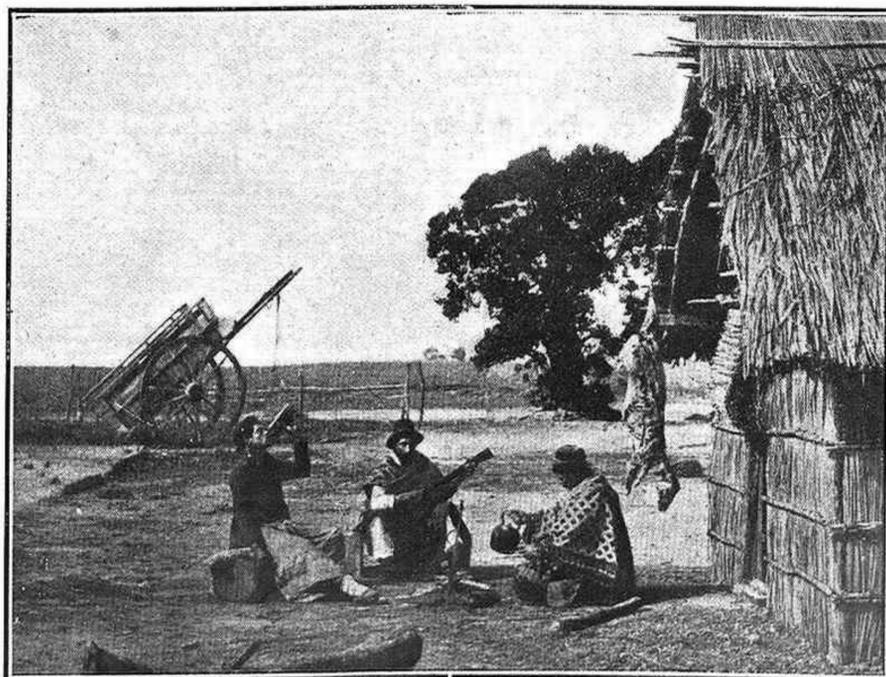
LOS GRANDES LIBROS

EL «FACUNDO», DE SARMIENTO

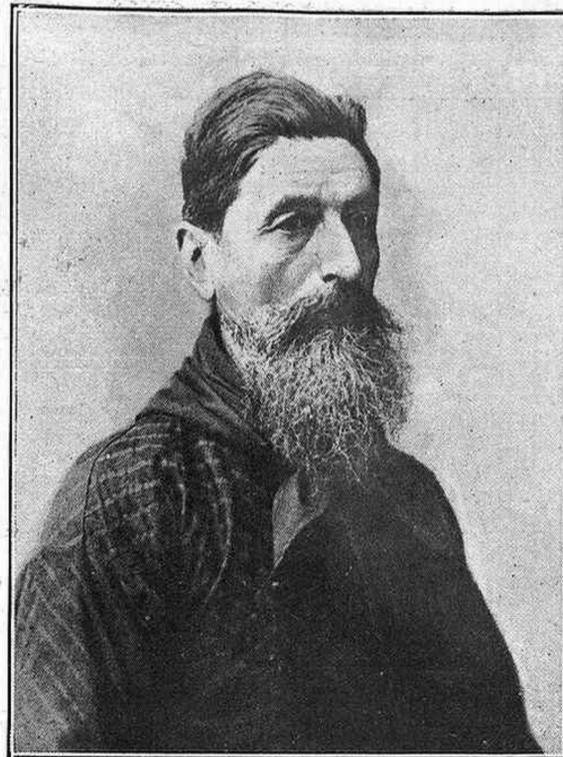
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
(insigne escritor, pedagogo y estadista argentino
(1811-1888))

histórica es un amplio glosario de estas ideas, que á menudo escribió ó expuso en charlas.»

Pero Sarmiento comenzó por ser un gran discípulo de Bolívar, «que llenaba ya la América con su nombre y con sus obras». Esos cuatro remedios los patrocinó también y los hizo suyos, como programa de acción política. Uniendo lo que en Bolívar había estudiado con sus recientes lecturas de Spencer, escribió Sarmiento sus *Conflictos y armonías de las razas de América*. Esta idea, sin embargo, es tan evidente para un hombre de claro juicio, capaz de ejercer acción política en las nuevas repúblicas, que sin Bolívar habría acudido al pensamiento de Domingo Faustino Sarmiento. Indudablemente, la prelación corresponde á Bolívar, y también debe reconocerse, sin reservas, el poderoso influjo espiritual del Libertador sobre el hombre del Plata. Pero no necesita medir su estatura ni contar sus quilates, comparándolos con los de otro es-



Una escena de "gauchos"



Un tipo de criollo argentino

tadista americano. Sarmiento es una de las grandes figuras de la historia de América.

UNA SEMBLANZA DE SARMIENTO

En los *Orígenes argentinos*, para juzgar de la fabulosa transfiguración de la república del Plata á principios del siglo XIX, tan mágica como la asombrosa metamorfosis de la Cenicienta, Roberto Levillier encarna en la figura de Sarmiento el homenaje á todos los nobles patriotas que cooperaron á aquella gran reforma social.

«Domingo Faustino Sarmiento—dice—fué la gran figura de aquella época. Fué maestro de escuela, periodista, escritor, militar, tribuno, diplomático, primer magistrado. Su obra de apóstol batallador forma cuerpo compacto con su vida febril, intensa y atormentada; sus proyectos se tradujeron sin desfallecimiento en actos prácticos y útiles, satisfaciendo las necesidades inmediatas del país, al mismo tiempo que se esforzaba en atender al complejo mañana. Sarmiento personifica el genio de la raza por su temperamento impetuoso; su espíritu intuitivo, batallador é inquieto; su facultad de asimilación; por su inteligencia, tan viva; por su carácter enérgico y orgulloso; por sus sentimientos de patriotismo y su confianza en el porvenir, y, por último, por las mismas desarmonías de su naturaleza. En los conflictos entre su individualismo á ultranza y su verdadero amor al orden y á la ley, el primero solía vencer, por su ardor y su vehemencia. Pensaba con ideas nuevas; pero se dejaba arrastrar por sentimientos antiguos.»

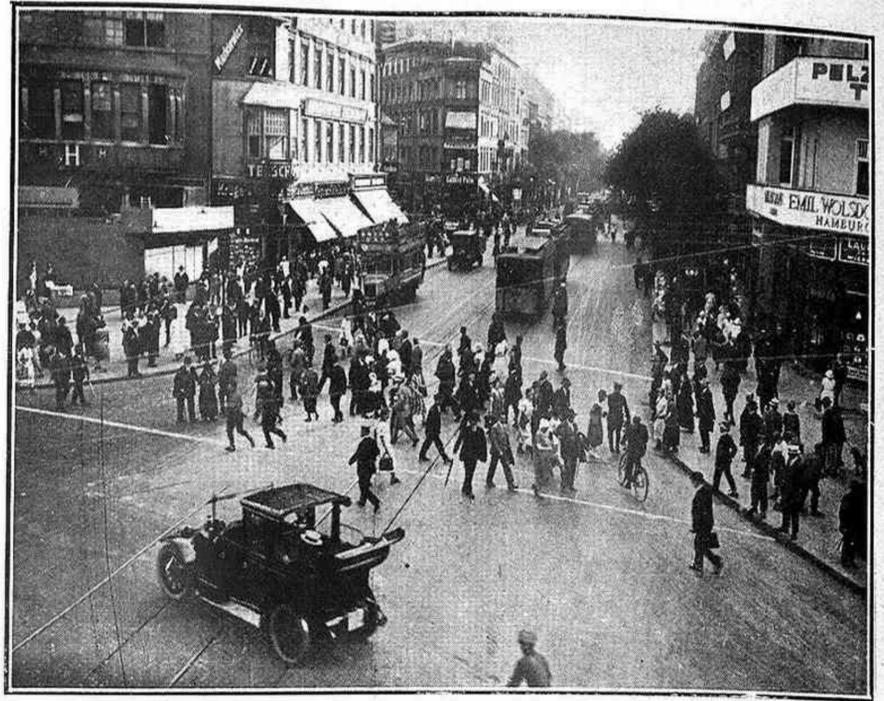
EL «FACUNDO»

El *Facundo* es la historia—no la novela—de Juan Facundo Quiroga, el héroe de las Pampas, la representación histórica del *gaucho* argentino. De las tres partes en que puede dividirse, la primera dedicada á describir la Pampa; la segunda, á su héroe, Quiroga, y la tercera, á combatir la salvaje tiranía de Rosas, es la segunda la más apasionada y la más interesante. Queda siempre para unir las tres partes con un lazo sólido la idea principal: la lucha del campo con la ciudad. La exposición animada y pintoresca del caudillismo rural triunfando sobre la ciudad y sus minorías civilizadas. Y, sobre todo, la enorme y avasalladora fuerza de una personalidad salvaje, sin norma ni freno. Libro desordenado, confuso—á veces crónica, á veces libelo—, lleno de defectos y de excelencias; pero ni un solo momento privado de interés. Ninguna novela de la Pampa puede ser tan intensa como la historia de Facundo Quiroga, cantada por un hombre que tenía el espíritu de acción del aventurero, sin su crueldad y su barbarie. Ni podrá volverse á escribir nada semejante, como no sea en los tiempos confusos de la Rusia roja, por un Trotzski que fuera al mismo tiempo un sociólogo y un poeta.

MARTIN BAYLE



Un cruce de peatones en Friedrichstrasse, de Berlín



Zona señalada para el paso de peatones en una calle de Berlín

EL aumento de población, y más aún que este el impulso que imprime a las actividades humanas la imperiosa exigencia de la vida, cada vez más febril, más costosa y más difícil para el que sólo cuenta con su trabajo como medio de subsistencia, han traído como consecuencia inmediata un rápido crecimiento de tránsito rodado en las ciudades de todo el mundo.

Y como este exceso de tránsito constituye un peligro no solamente para los que tienen que caminar a pie, sino también para los mismos que se sirven de los vehículos de toda índole, el rápido desarrollo de la circulación ha impuesto la necesidad de adoptar disposiciones encaminadas a disminuir el número de los accidentes que ocasiona en las vías públicas este exceso de tráfico.

En todos los países son semejantes esas disposiciones. Todas tienden a regularizar la circulación,

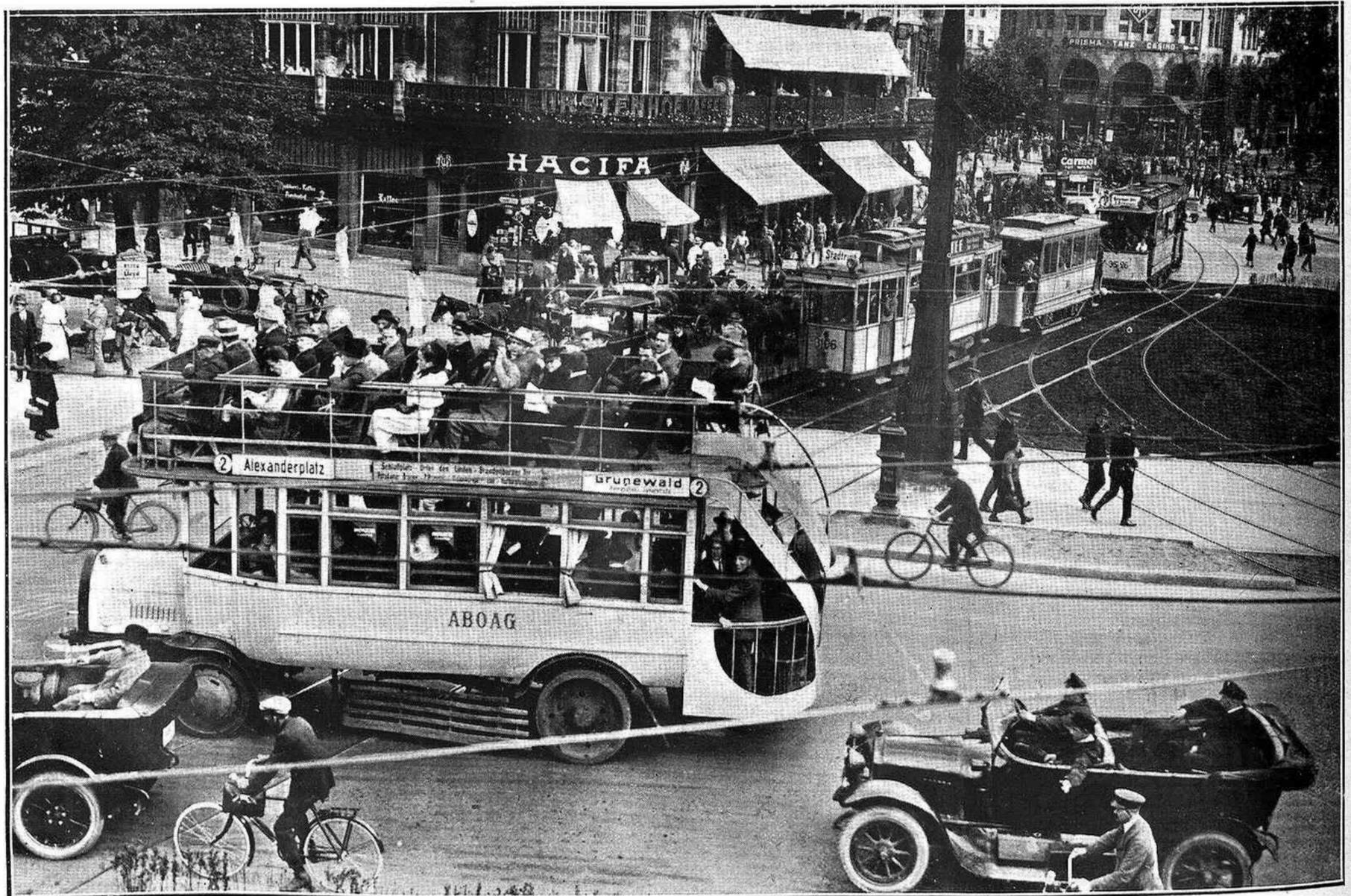
reglamentando la velocidad de la marcha de los vehículos, estableciendo paradas y cruces en las vías de mayor tránsito y obligando a los transeúntes a cruzar las calles en los sitios designados a este objeto, donde la representación de la autoridad, revestida de un poder que todos acatan, detiene la circulación los instantes precisos para que los transeúntes crucen las grandes vías sin riesgo de ser atropellados.

En Madrid, como en todas las capitales europeas y como en las populosas ciudades americanas, estas disposiciones que garantizan la seguridad de los transeúntes han merecido elogios, porque han contribuido eficazmente al objeto que se perseguía: el de evitar muchos accidentes de los que el desorden en la circulación de vehículos y transeúntes ocasionaba.

Pero aun con ellas, aun logrado el fin perseguido

en las vías de mayor tránsito de las grandes urbes, los accidentes no se evitan en absoluto, porque ni las disposiciones de la autoridad pueden extenderse a todas las vías de una población populosa, por escasez de vigilantes, ni es posible conseguir sin esa extensa vigilancia que en los sitios no sometidos a ella los vehículos marchen a la velocidad prudente que evitaría en casi todos los casos las desgracias.

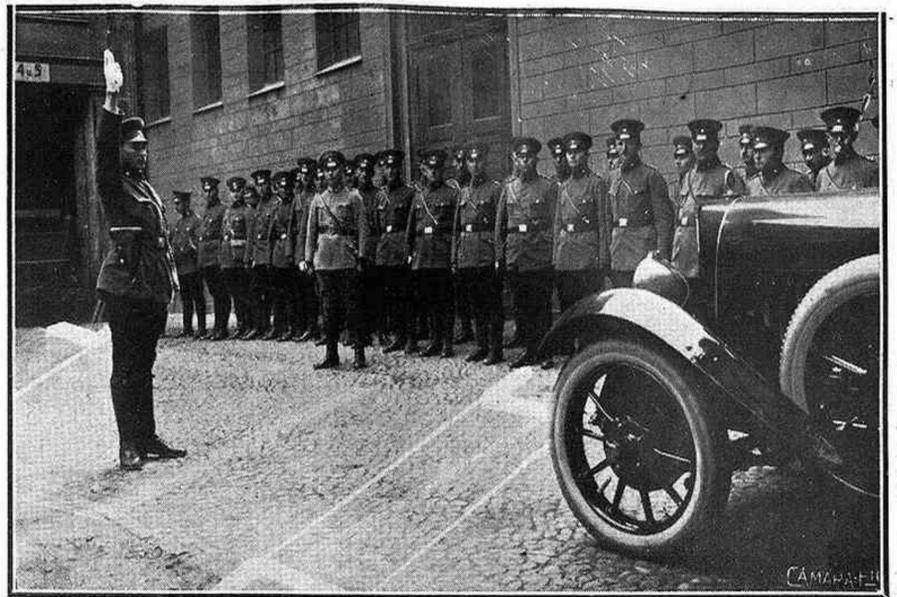
Como para lograr este resultado sería preciso que cada población dispusiera de un cuerpo de agentes de la autoridad tan numeroso que tendría las proporciones de un ejército, algunos países de los que tienen autoridades que se preocupan de este asunto con todo el interés que merece han procurado adoptar medidas de otro orden, pero encaminadas al mismo fin, ya restringiendo la velocidad de la marcha de los automóviles y castigando se-



Uno de los lugares de mayor tráfico de Berlín, donde cruzan las dos corrientes de circulación de vehículos mecánicos



Instrucción de las fuerzas de policía urbana que regulan la circulación



Otro momento interesante de la clase práctica de regulación del tráfico

veramente á los que infrinjan lo dispuesto, y mucho más severamente á los que causen un accidente, ya estimulando la iniciativa y el ingenio industrial para conseguir procedimientos mecánicos que resuelvan las dificultades que no se pueden resolver por la vigilancia individual, imposible de extender como sería necesario para que fuesen eficaces las disposiciones dictadas.

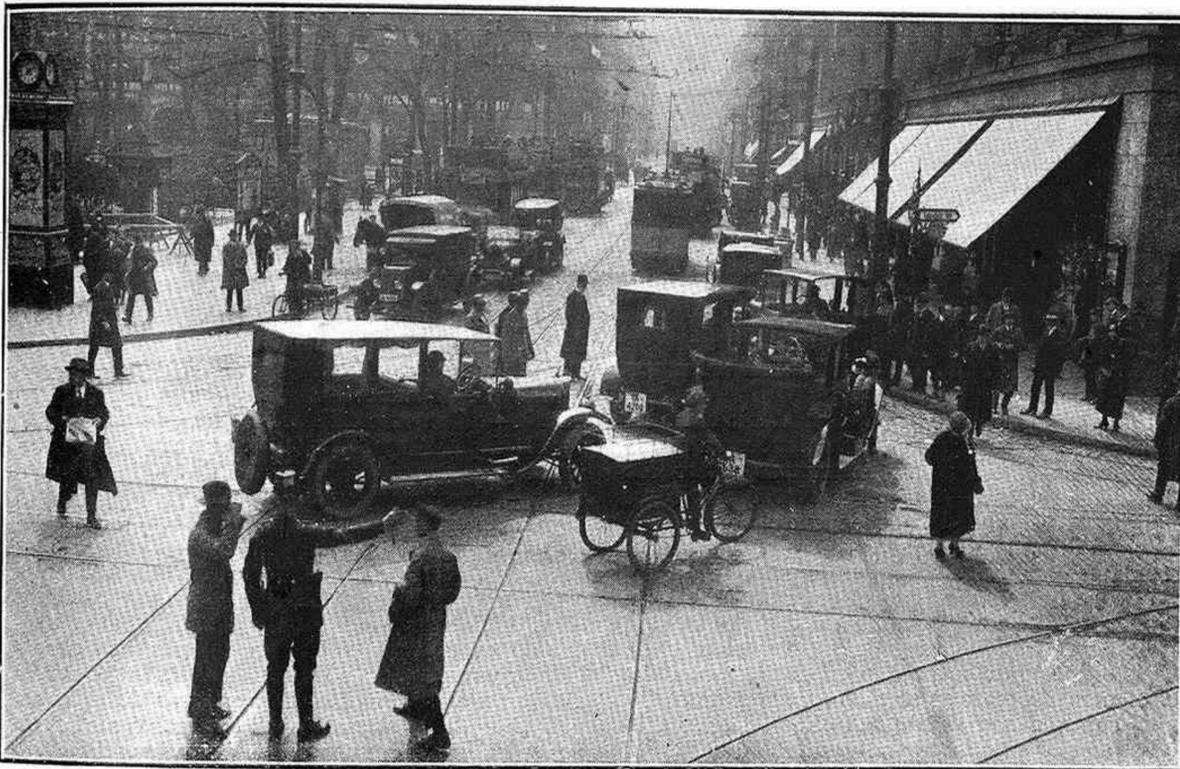
se denuncie, ahorrando vigilantes y simplificando eficazmente la labor de éstos.

En Madrid, donde los conductores de autos alardean de un desprecio á las disposiciones de la autoridad y donde por efecto de esta ineducación cívica ocurren muchos accidentes, la adopción de ese aparato indicador, que permite á todos los transeuntes saber si el coche lleva mayor velocidad de la

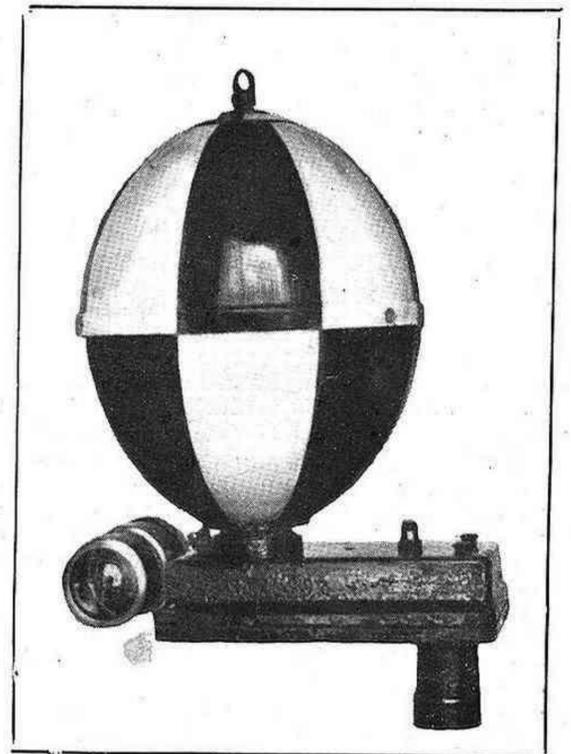
debida, ó por el contrario no excede de la reglamentaria, sería de una utilidad indudable.

Por lo menos, para meter en cintura á los conductores insensatos, resolviendo el problema de una vigilancia completa, que en toda una población populosa es completamente imposible.

E. CONTRERAS Y CAMARGO



Zona señalada en el cruce de Leipziger y Jerusalemstrasse, en Berlín, para el paso de peatones



El "vigilante mecánico" que denuncia los excesos de velocidad

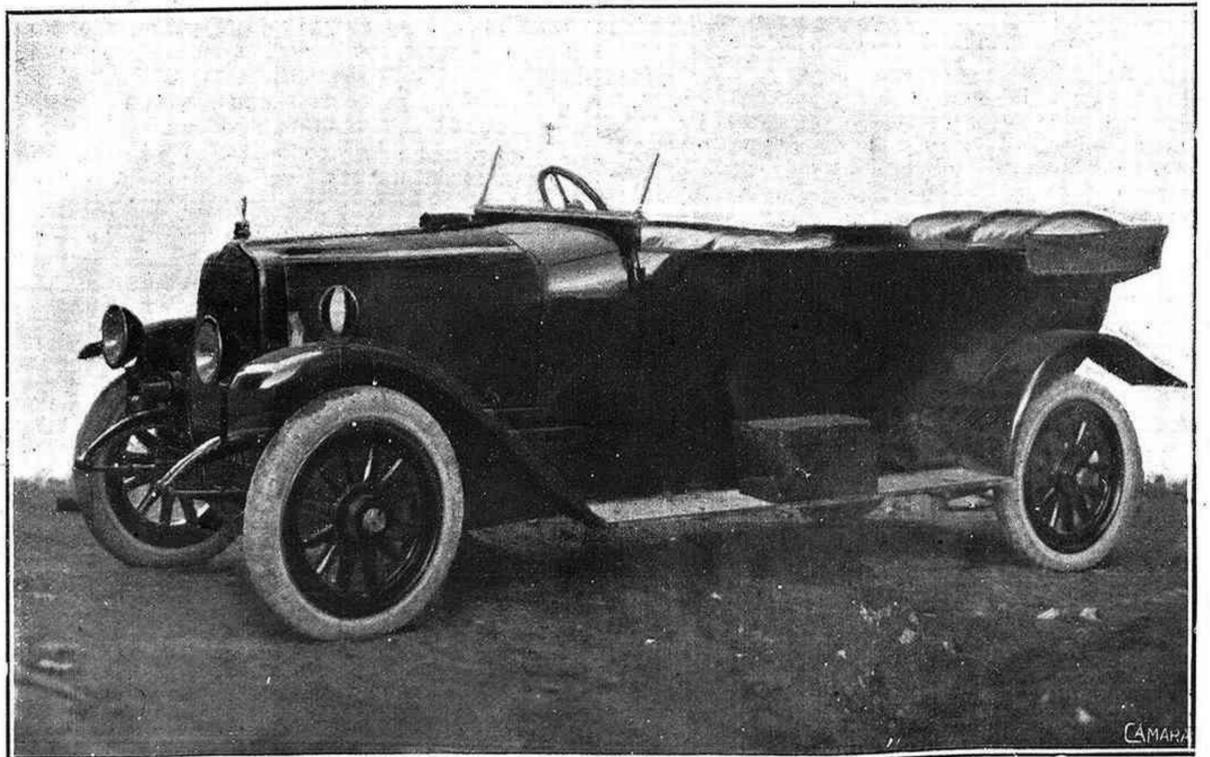
De todos los procedimientos hasta el día ideados para conseguir que no se infrinjan los reglamentos en lo que á la velocidad de refiere, causa principalísima, casi única, de toda clase de accidentes, puesto que ninguno ocurriría si los vehículos llevasen una marcha moderada, la que establecen esas disposiciones, el más práctico y eficaz es el que en Italia se ha adoptado, que consiste en obligar á todos los vehículos de tracción mecánica á llevar en sitio visible un aparato indicador, que á simple vista permite advertir si el coche marcha á una velocidad superior á la reglamentaria.

El aparato, en cuestión, es de sencillísimo funcionamiento y aplicable á todos los vehículos. Consiste en una bola giratoria de vivos colores, cuya rotación se detiene en el momento en que el vehículo marcha á superior velocidad que la permitida.

Lo mismo un agente que un transeunte pueden advertir cuándo el indicador funciona y cuándo no, y basta con esto para saber si el coche lleva la velocidad tolerada ó un exceso que en todo caso debe castigarse.

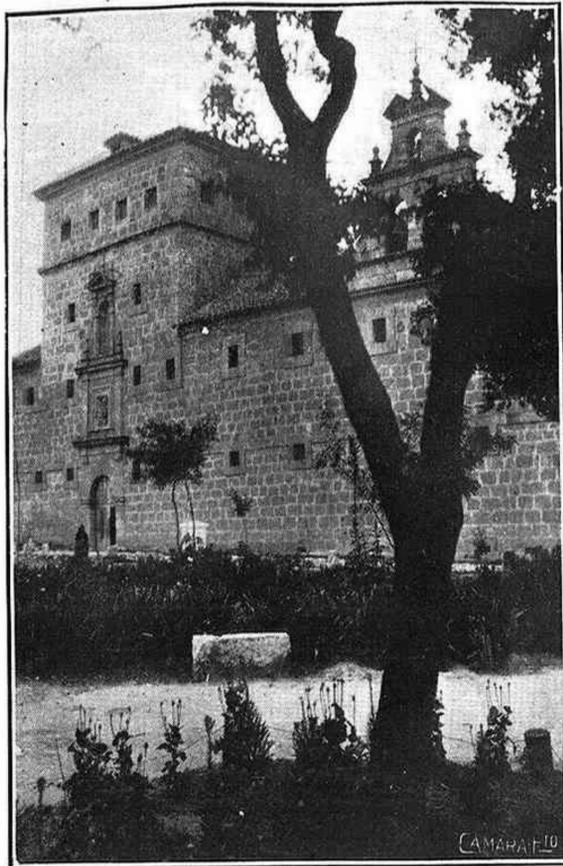
Por este simple procedimiento, lo mismo en la ciudad que en sus afueras, el conductor no puede eludir la responsabilidad en que incurre, y basta la declaración de un testigo para que le sea impuesta la multa á que se ha hecho acreedor por infringir las ordenanzas.

Ya es un adelanto importantísimo, con el que si no se consigue que un coche no pueda marchar más de prisa de lo debido, se logra que el mismo



Un automóvil provisto del "vigilante mecánico"

FOTS. AGENCIA GRÁFICA



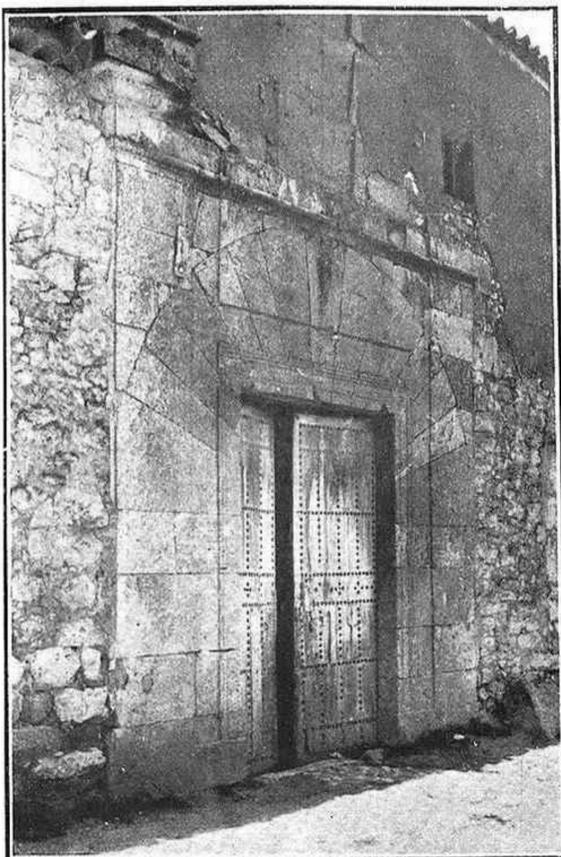
El convento de Trinitarias

EN estas tierras de la recia y desigual paramera manchega, «con sus resaltos, con sus profundas líneas estériles, con sus planos añorales, como la palma de la mano de un viejo», abundan los rincones de feliz añoranza de un ideal y simbólico pasado esplendoroso. Así como Castilla la Vieja, con sus fieros castillos medievales, con sus tradicionales costumbres y sus cunas de varones ilustres, habla del prestigio de otrora, la edad luminosa del *Romancero* y las luengas empresas afortunadas, la Mancha conserva la esencia prístina del maravilloso poema de la raza: el *Quijote*. Célebres ambas regiones, no han sido igualmente decantadas, pues mientras el maravilloso tesoro artístico y el excelso significado de la madre Castilla se va descubriendo y divulgando paciente y tenazmente, apenas si nadie se cura de la tierra que produjo la más célebre obra literaria de todos los tiempos. Son muy pocos, en efecto, los que conocen, no ya los altísimos méritos de la maravillosa concepción cervantiana, sino la íntima concomitancia de la Mancha con aquel monumento del Ideal en ella concebido y creado. En punto á ser esta región el escenario insustituible, único, para desarrollar el poema sin par, ya lo proclamó el inmortal Galdós en páginas de oro, cuando nos dice que el héroe de Cervantes necesitaba «aquel horizonte, aquel suelo sin caminos, aquella tierra sin direcciones, aquel sol que derrite los sesos, aquel campo sin fin donde se levanta el polvo de imaginarias batallas, aquella escasez de ciudades, aquel silencio». Grande gloria, pues, para esta famosa parte del solar ibérico el ser la única que pudo figurar en la más rica presea de nuestras letras; pero su patrimonio espiritual se completa con el hecho —de muy pocos bien sabido— de no ser sólo el paisaje manchego lo que Cervantes plasmó en su libro, sino los tipos y psicologías de seres reales existentes en aquella época, quienes, desfigurados por la frondosa fantasía creadora del genio, se ven esculpidos con caracteres de eternidad en los principales personajes que desarrollan la acción, la estupenda trama novelesca del *Quijote*.

Sería imposible explicar en poco espacio esa afirmación que, para los que hemos inquirido la génesis del libro inmortal dilecta y amorosamente, constituye verdad inconcusa. Hay un estudio admirable, aunque injustamente desconocido y olvidado: el *Juicio analítico del Quijote* (Madrid, 1863), en el que su autor, Antequera—entusiasta cervantófilo nacido, como el articulista, en Argamasilla, la cuna de la presea de nuestras Letras—, prueba aquello documental y eruditamente. Algún día exaltaremos la importancia de tal obra, que constituye la más curiosa exégesis de la magna de Cervantes.

Pero no nos apartemos, digresores por lo vasto y sugerente del tema, de la esencia de nuestro leitmotiv, que es hablar de El Toboso, el famoso lugar manchego del nombre «músico, pere-

DE LA RUTA CABALLERESCA EL TOBOSO



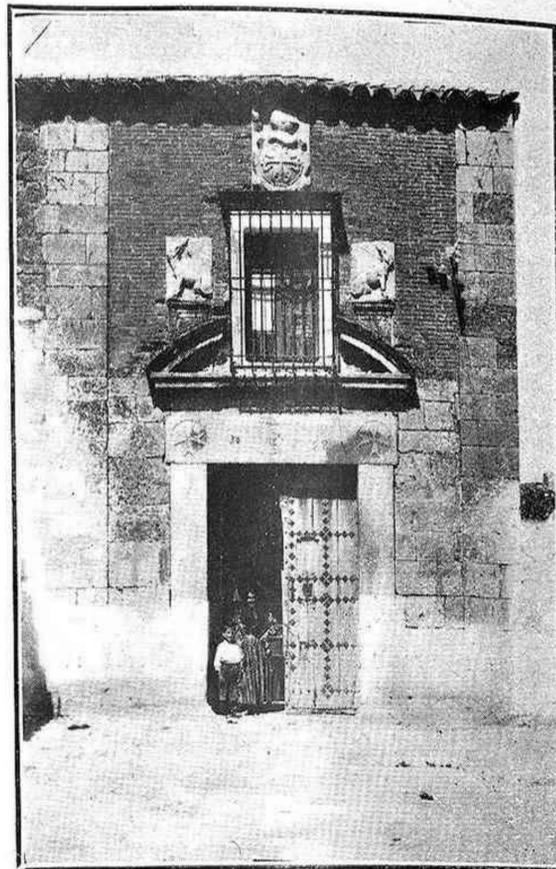
El palacio de Dulcinea

grino y significativo», elevado en alas de la gloria por el más grande de nuestros escritores al haber encontrado en él la purísima idealización del espíritu: Dulcinea.

El Toboso viene á la vida de la Historia como lugar importante en aquellos siglos áureos en que el poderío español era pasmo del mundo entero. En el lugar de su asiento—terreno de *tobas*, ó sea piedras frágiles y esponjosas, del que le viene el nombre, según el erudito Clemencín—, que era antiguamente el comienzo de la Oretania, luego campos del Priorato de San Juan y después rincón Sudeste de la provincia de Toledo, confinante con las de Ciudad Real y Cuenca, estuvo la ciudad romana de *Alce*. Piérdese el hilo de su pasado en el tenebroso Medioevo, pero sábase que al alborar la Edad Moderna contaba con veinte mil almas, siendo uno de los pueblos más importantes de la Mancha, dándole su título de villazgo del año 1339 y habiéndole concedido después mercado las Cortes, como premio á la defensa que hizo contra el marqués de Villena. La abundancia de grandes edificaciones, sus casonas y palacios, muchos de ellos hoy en ruinas, hablan de su fastuoso esplendor pretérito. No fué ridícula, pues, la afirmación del labrador en el pasaje del *Quijote*, cuando dice «que si bien no había Princesa alguna, había, sí, muchas señoras principales que cada una en su casa podía ser princesa». Referíase á la nobleza toboseña, constituida, entre otras, por las ilustres familias de los Zarco, Morales, Cervantes, Moyas, Castillas, Villaescusas, etcétera, más tarde diseminadas por las provincias



El Toboso.—Vista general del poblado y la laguna



La casa de los Sanjuanistas

límitrofes. El Toboso, como Argamasilla, como Villanueva de los Infantes, fué un poblado rico y próspero, habitado en gran parte por los moriscos, grandes industriales, comerciantes y agricultores; pero en mal hora expulsados éstos, inició su decadencia. Dícese que salió de él gran parte de la gente que fundó y pobló las cercanas villas de Quintanar y Pedro Muñoz. «El Toboso ha sido un pueblo de consideración, y así lo indican sus aristocráticas casas, que, aunque de pobre aliño y en ruinas, ostentan portadas de mármol, columnas, brocales y fuentes talladas, escudos sobre las puertas y labrada rejería». Así escribía en 1848 el primer escritor, acaso, que recorrió las tierras de la Mancha: Giménez Serrano.

Este pueblo «único, estupendo», según el maestro *Azorín*—quien en su libro *La ruta de Don Quijote* nos ha dejado la más bella pintura y la más entusiasta y comprensiva evocación de la tierra quiijotesca—, duerme á la sombra de su pasado secular, aquietado en su vida laboriosa en medio de la singular estepa, que ofrece ora grandes extensiones desnudas, en donde el sol y el arenal engendran el despeñamiento africano, ora fértiles vegas y verdaderos oasis de bosques y viñedos, y con lagunas creadoras de caudalosas corrientes estérilmente absorbidas y vaporizadas, por lo general, en largos cursos de tremedal inacabable. Los cultivos de cereales, vid y huerta, la ganadería y los famosos alfares de donde salen las tinajas de antiguo renombre, son las manifestaciones de su vida actual de culto al trabajo; trabajo que, con ser obscuro, no emplebece á sus hombres, porque el toboseño es consciente de la espiritual significación de su ancestral pasado, del que legítimamente se siente orgulloso.

Nombramos á *Azorín* como obligado tributo siempre que se hable de estos rincones manchegos por él plasmados inimitablemente en su bellissimo libro. ¿Habrá quien no sienta la sugestión de éste, con el admirable, el emotivo lirismo de sus descripciones, en las que se encuentra captada, con la más serena y comprensiva visión, el alma de la Mancha? Ninguna descripción análoga, meramente objetiva, que podamos hacer de El Toboso ha de verse libre de la influencia de los dos capítulos—tan leídos—que en aquel breviario de ensueño y de arte consagra á este pueblo el gran estilista. ¡Cómo los recordamos! «Ya habéis salido de Cripitana—comienza—; la llanura ondula suavemente, roja, amarilla, gris.» Y prosigue de esta guisa pintándonos el camino, y el aspecto de las tierras, y la placidez de los campos de liego y alcacel, que son los mismos que nosotros recorreremos en esta ardorosa mañana agosteña. Descúbrese de pronto, en la dirección del horizonte azul, cerrado por tenues cordilleras de ensueño, el minúsculo punto de la torre y la mancha del poblado. Pasamos por el paraje en que otro día aguardara el caballero, bajo el bosque de encinas hoy desaparecido, el regreso del escudero. Llegamos á El Toboso. Silencio apenas interrumpi-

do por los muchachos, que se adentran en la laguna, de poco fondo, que casi lame los muros de las casas, por los recentales, que tras la provechosa madrugada seanean en el aprisco, y por las voces de las eras. Véis la iglesia, las ruinas de la ermita frontera, y percibís la calma aplastante de ésta que fué gran ciudad, con sus «casas grandes, anchas, nobles», muchas derrumbadas y pergeñadas hoy con menos atuendo. Y se va á la plaza, si ayer solitaria, hoy con árboles, y después á la casa de Dulcinea, el arruinado palacio con portada de pétreas y formidables dovelas, en cuyo patio están arrinconados los heráldicos blasones; á la antigua mansión de los Sanjuanistas, de flameantes escudos, donde también vivió el doctor Martínez Zarco, el hermano de la heroína, que fué rector de la Universidad de Bolonia; á la de Morales Nieva, otro de tantos varones conspicuos, director de la Universidad de Alcalá en el siglo XVII; á la de Cervantes; al convento de Trinitarias, y, finalmente, á la morada de un hidalgo de hoy, don Jaime M. Pantoja, alcalde del pueblo, quien os mostrará la curiosa colección que guarda de antiquísimos documentos del pasado toboseño, entre los que destaca el famoso árbol genealógico de la estirpe de los Cervantes.



Patio de la famosa casa de D. Francisco Morales Nieva

con D. Rodrigo de Pacheco, el caballero de Argamasilla, supremo héroe de la concepción cervantiana, y el nombre de Dulcinea es, sencillamente, un anagrama de las palabras latinas *Dulcis Ane*, como ha probado, en el conjunto de sus interesantísimas revelaciones, el citado Antequera, agudo comentarista del *Quijote*.

En El Toboso, que es por antonomasia el pueblo del amor, se va á erigir un grandioso monumento que simbolice la obra de Cervantes. Allí, en plena estepa manchega, teatro de la acción maravillosa que se desarrolla en el libro inmortal, el genio más grande que tuvo la raza, cuya personalidad gloriosa es universal—por serlo el eterno conflicto entre la realidad y el ideal, á que supo dar la más feliz expresión artística—, recibirá el homenaje que su proceridad requiere y exige. Con él se pagará la enorme deuda tanto tiempo ha contraída con Cervantes. La empresa reviste la más alta significación, pues la patrocina oficialmente el Rey y el Gobierno de España, y á ella concurrirán, moral y materialmente, todos los países americanos, «sangre de Hispania fecunda».

Con admirable entusiasmo el pueblo de El Toboso que ahora verá acrecer su nombradía y su fama, trabaja por el mayor esplendor del fausto día en que se vea terminado el monumento. Y lo mismo la Junta Nacional del Homenaje, presidida por el conde de López Muñoz, que el Comité Ejecutivo, radicado en el pueblo, reciben la adhesión de todos. Entre las instituciones anexas, la de la Biblioteca-Museo merece el mayor aplauso, porque todo tributo pro Cervantes ha de ir encaminado no sólo á la exaltación del mérito por todos aquilatado, sino á que el espíritu de la obra florezca, comprensiva y entusiásticamente, en todas las inteligencias, debidamente abiertas á la ideación y la cultura. Esa Biblioteca, á la que van donativos de libros de todos los que amamos el *Quijote* y la Mancha, contribuirá poderosamente, estamos seguros, al despertar del saber en aquel rincón de la región prócer.

Gran acontecimiento será, no cabe duda, el ver terminado ese monumento, lo que se quiere coincida con la gran Exposición Hispanoamericana de Sevilla. Ello no solamente marcará el renacer de la atención universal por el sublime significado del más grande de los genios españoles, sino de la curiosidad por la tierra manchega, tan ignorada cuanto que íntimamente unida, como hemos visto, con autor y obra inmortales. Además, será un motivo de franco acercamiento de los países americanos, que tanto admiran siempre las puras glorias de la raza.

ANGEL DOTOR

Porque es preciso proclamar que la gloria de El Toboso está, primeramente, en ser la cuna del apellido Cervantes, y después en haber tenido su verdadera Dulcinea «de carne y hueso», al modo como también existieron en Argamasilla los personajes simbolizados en Don Quijote, Sancho, Sansón Carrasco y demás principales actores de la fábula, cuyas singulares psicologías sirvieron á Cervantes para trasladarlas, más ó menos desfiguradas, á las páginas de su creación soberana.

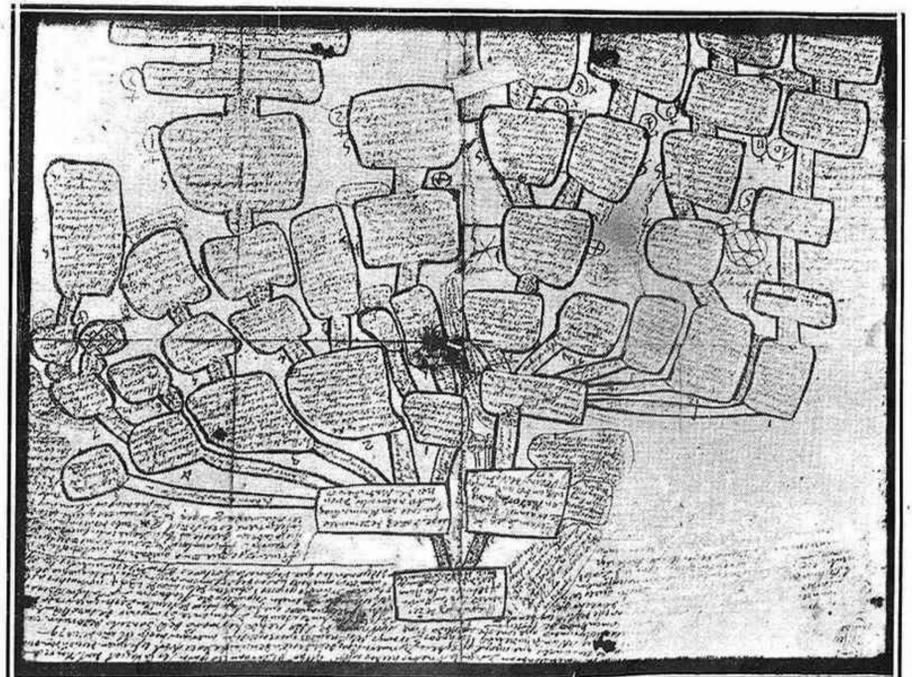
En el árbol genealógico que mencionamos consta concluyentemente la vinculación del autor del *Quijote* con El Toboso. Diego López de Cervantes, radicado en la villa de Madrideojos, fué raíz de la numerosa familia de este apellido, difundida, posteriormente, por toda la región. Y el propio abuelo del genio de los genios vivió en el Toboso. ¿No viene esta circunstancia en abono de la afirmación por muchos sostenida de que naciese en Alcázar de San Juan el glorioso Manco? Este visitó El Toboso por tener allí parientes, y, según se cree, amores, aunque hay quien opina que sólo debió ir á la villa en funciones de alcaballero. Lo cierto es que la tradición señala su lance con otro caballero, por amores con una toboseña, en el callejón de Mejía, á espaldas de la iglesia. Sostiénese también que por aquellos tiempos eran las fiestas del Carnaval en El Toboso sumamente originales. «En estas fiestas

—dice un cronista—era permitida toda clase de sátiras, y diré más aún todavía: era libre toda máscara para publicar cuantas cosas privadas llegue á saber, citando hasta las personas, y esta costumbre es de inmemorial, como se ve por composiciones que se conservan más ó menos satíricas, y yo lo que creo es que según toda probabilidad que Cervantes en una de estas fiestas satirizó á algunas de las deidades toboseñas con alguna composición, lo cual le valió el baño ó refresco que tradicionalmente se dice le dieron.» Este baño es el que también la tradición señala se acostumbraba á propinar en la cercana laguna al recaudador de gabelas que allí arribaba.

Y Dulcinea no fué otra que la dama doña Ana Martínez Zarco de Morales, hermana de D. Esteban, varón ilustre á quien Salazar Alonso incluyó como descendiente del Rey D. Pedro en las *Dignidades seglares de Castilla y León*. Esta dama, soltera, vivía con su hermano en la casa de la Torre-cilla, el palacio de Dulcinea, y era, como aquél, muy dada á «blasonar de su linaje y origen, llevada del espíritu dominante en los de privilegiada alcurnia». Así se explica el acierto de Cervantes «en dar á su heroína ese segundo carácter de ridícula aldeana, presentándola como Aldonza Lorenzo para disfrazar á quien aludía, sin lo cual era imposible sostener la idea del héroe respecto de encantamientos». Y es que Dulcinea significa el amor mismo, de estirpe divina y progenie casi vulgar, que culmina en las cimas del ensueño y se arrastra entre la arcilla de los humanos; pero indudablemente ningún tipo femenino hay en la Literatura menos unilateral y dotado en sí mismo de esa compleja paradoja ó contrariedad en que precisamente estriba su superioridad ideal. Se sabe que doña Ana tuvo amoros

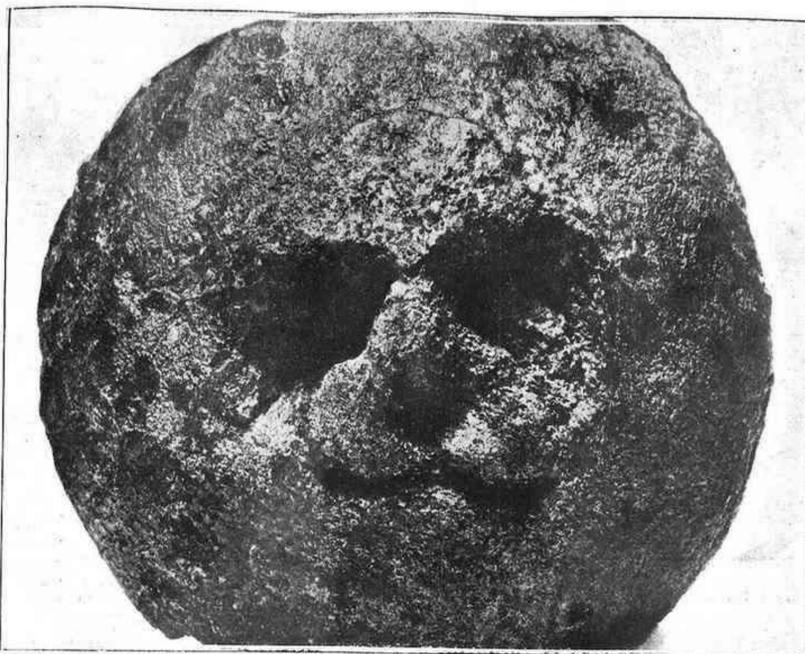


Plaza de El Toboso, Ayuntamiento é iglesia

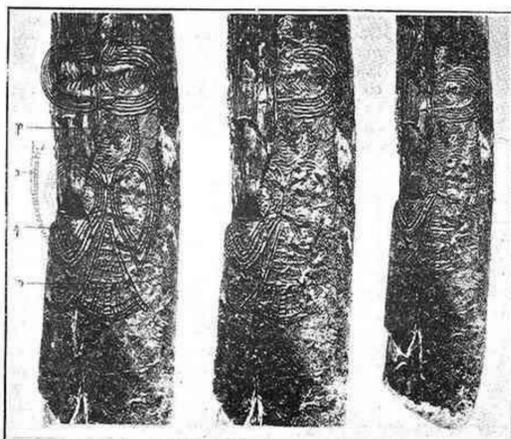


Árbol genealógico de la familia de Cervantes

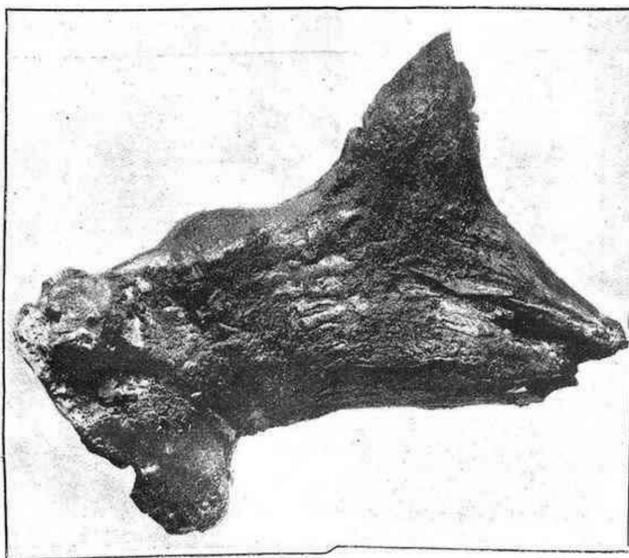
DEL PASADO DE LA HUMANIDAD



La primera representación conocida de un rostro humano, obra del hombre de la Epoca Glacial, descubierta en Moravia por el profesor Absolon



Huesos de mamut con dibujos en líneas geométricas, que anuncian el "cubismo" con 30.000 años de anticipación



Cabeza de oso labrada en hueso de reno por un escultor de la Epoca Glacial y hallada en las excavaciones de Predmost

La Prehistoria acaba de enriquecer su ya rico arsenal de documentos arqueológicos con un nuevo hallazgo de testimonios irrecusables de tiempos tan remotos de la humanidad como son los de la época geológica llamada glacial, que según cálculos aproximados debió ocurrir hace más de treinta mil años. Trátase del descubrimiento en la antigua provincia de Moravia, ahora incorporada á Checoslovaquia, y en el pequeño burgo de Predmost, de un abundante yacimiento de fósiles humanos y de mamuts, correspondientes los primeros al grupo étnico llamado auriniense, comprendido en la raza de Cro-Magnon, que señala un avance antropológico sobre la casi bestial del tipo neanderthalense, pero que aún presenta características bien marcadas de primitivismo.

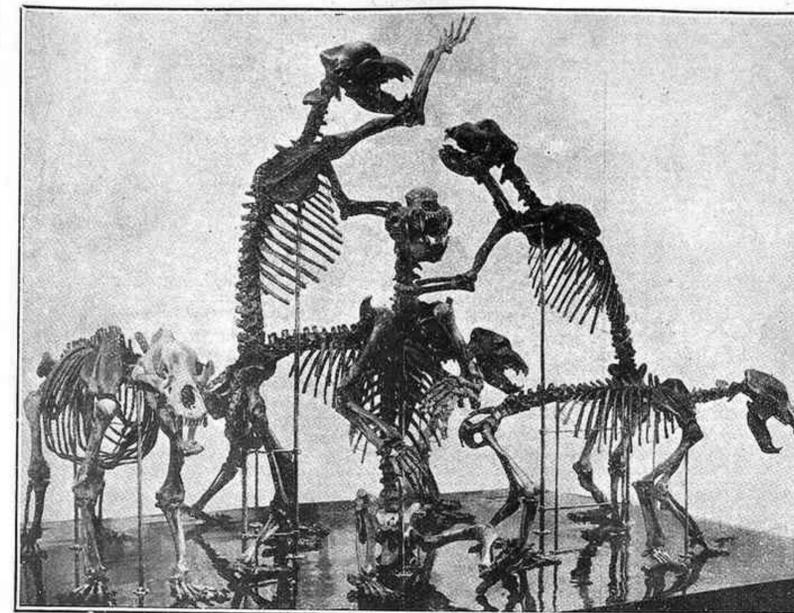
Este descubrimiento, llevado á cabo en vastos depósitos de loess por el profesor Absolon, del Museo Antropológico de Brunn, es considerado generalmente como de importancia por lo menos igual al ruidoso hallazgo de la tumba de Tutankhamen, con ser ésta un verdadero tesoro histórico, revelador de uno de los períodos más brillantes de la civilización egipcia, trece siglos antes del nacimiento de Jesucristo. Ahora bien: la página de la historia del mundo ahora exhumada por la Ciencia retrotrae la documentación humana nada menos que al paleolítico, ó sea á unos quince mil años con anterioridad al ya popular Faraón, cuyo espléndido sepulcro ha mostrado tantas maravillas. Como antes dijimos, pertenecen los restos fósiles hallados por el profesor Absolon á uno de los primitivos grupos humanos, llamados aurinienses. A juicio del descubridor, los hombres de Predmost vivieron cuando las condiciones glaciales prevalecían en Europa, con excepción de las regiones meridionales. Estos remotos pobladores de Moravia se alimentaban casi exclusivamente de la caza del mamut, del toro almizclado, del reno y del oso cavernario. El grado de su civilización debió ser análogo al de otros pueblos similares de la Europa central y del Sur. Este período de evolución de la humanidad, que se designa con el nombre de cultura auriniense, debió iniciarse en Europa hace treinta mil años, siendo su duración de unos cinco mil, aproximadamente. Convienen todos los antropólogos en que jamás se ha tenido una revelación más completa acerca de la vida y costumbres de nuestros precursores en la Epoca Glacial. Suman varios miles, en efecto, las piezas arqueológicas reunidas durante la exploración de Predmost, consistiendo principalmente en osamentas de



La caza del oso cavernícola por el hombre de Predmost hace 30.000 años. (Reconstrucción de A. Forestier con arreglo á los hallazgos fósiles de Predmost.)

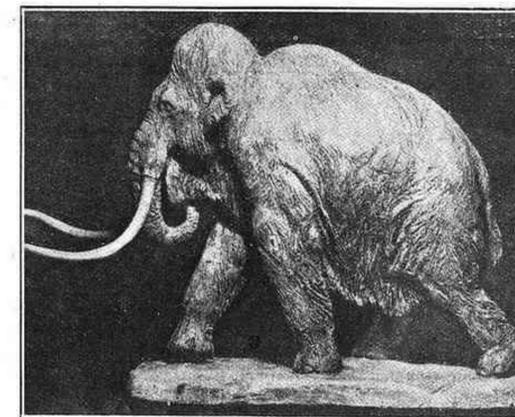
con los de cualquier hombre del Norte actual que la gran robustez de los arcos superciliares y de la mandíbula inferior, que aún acusa cierto grado de primitivismo de instintos. «Nada más probable—dice Keith, ocupándose de este hallazgo sensacional— que aún circule por las venas de los pobladores de algunas partes de Europa la sangre de estos cazadores de mamut, ya que, después de todo, 800 ó 1.000 generaciones son poca cosa en la larga historia evolutiva de la humanidad.» Comparando dicho Keith los vaciados de los cráneos femeninos de Predmost con otros cráneos de mujeres actuales de Escandinavia y Norte de Inglaterra, ha encontrado sorprendentes analogías, perteneciendo unos como otros al tipo dolicocefalo. Las reconstrucciones hechas por el dibujante científico inglés mister A. Forestier de las cabezas masculinas y femeninas, de Predmost (reconstrucciones llevadas á cabo con arreglo á los vaciados en yeso de los huesos originales), demuestran de un modo convincente que contra lo hasta ahora admitido por los especializados en estos estudios, en la época á que se refiere este hallazgo la evolución humana había alcanzado un nivel más alto del que le habían hecho atribuir otros descubrimientos de los tiempos aurinienses. En próximos números de LA ESFERA, dada la excepcional importancia científica del asunto, publicaremos un extracto bastante completo del informe en que el profesor Absolon da minuciosa cuenta de sus descubrimientos.—A. READER.

EL HALLAZGO PREHISTÓRICO DE PREDMOST



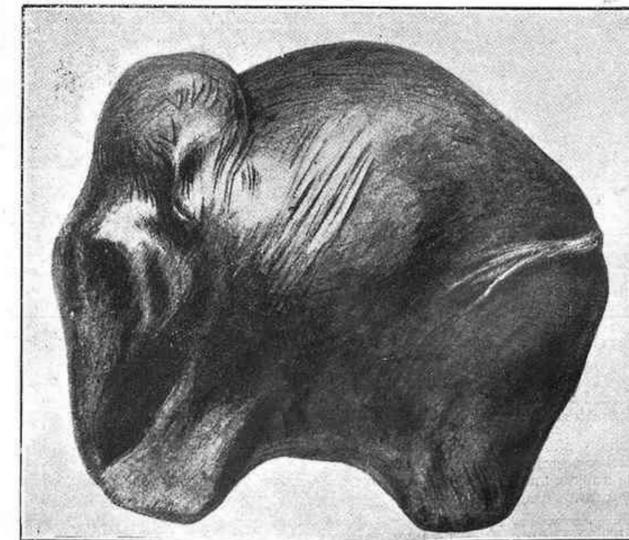
Esqueletos completos del oso cavernícola cazado por el hombre paleolítico hace 30.000 años en Moravia, y que han sido descubiertos en las excavaciones de Predmost

hombres y de mamut, en admirable estado de conservación, pues sobre todo algunas de las primeras aparecieron completas hasta el punto de no faltarles ni el más insignificante huesecillo. El depósito abundaba también en armas (puñales, puntas de flecha y lanza, cuchillos, etc.) de hueso y marfil, todas ellas trabajadas, por punto general, con cierto arte, así como en utensilios caseros, en idólos, juguetes y objetos de adorno, labrados en las mismas materias y con manifiesto instinto decorativo. Como almacenados para la sucesiva utilización por los artífices de la tribu, en uno de los yacimientos fueron descubiertos hasta trece colmillos de mamut y buen número de huesos largos de oso y lobo.



Reconstrucción moderna de un mamut, que puede compararse con la obra del artista paleolítico reproducida más abajo

Pero la revelación más importante acerca de estos remotos habitantes de Moravia es, según Keith, la de que, según ha demostrado el examen científico de los cráneos, acusan éstos, particularmente los femeninos, tan acentuado progreso, lo mismo por lo que se refiere á la conformación como á la capacidad, que apenas si señalan otras diferencias



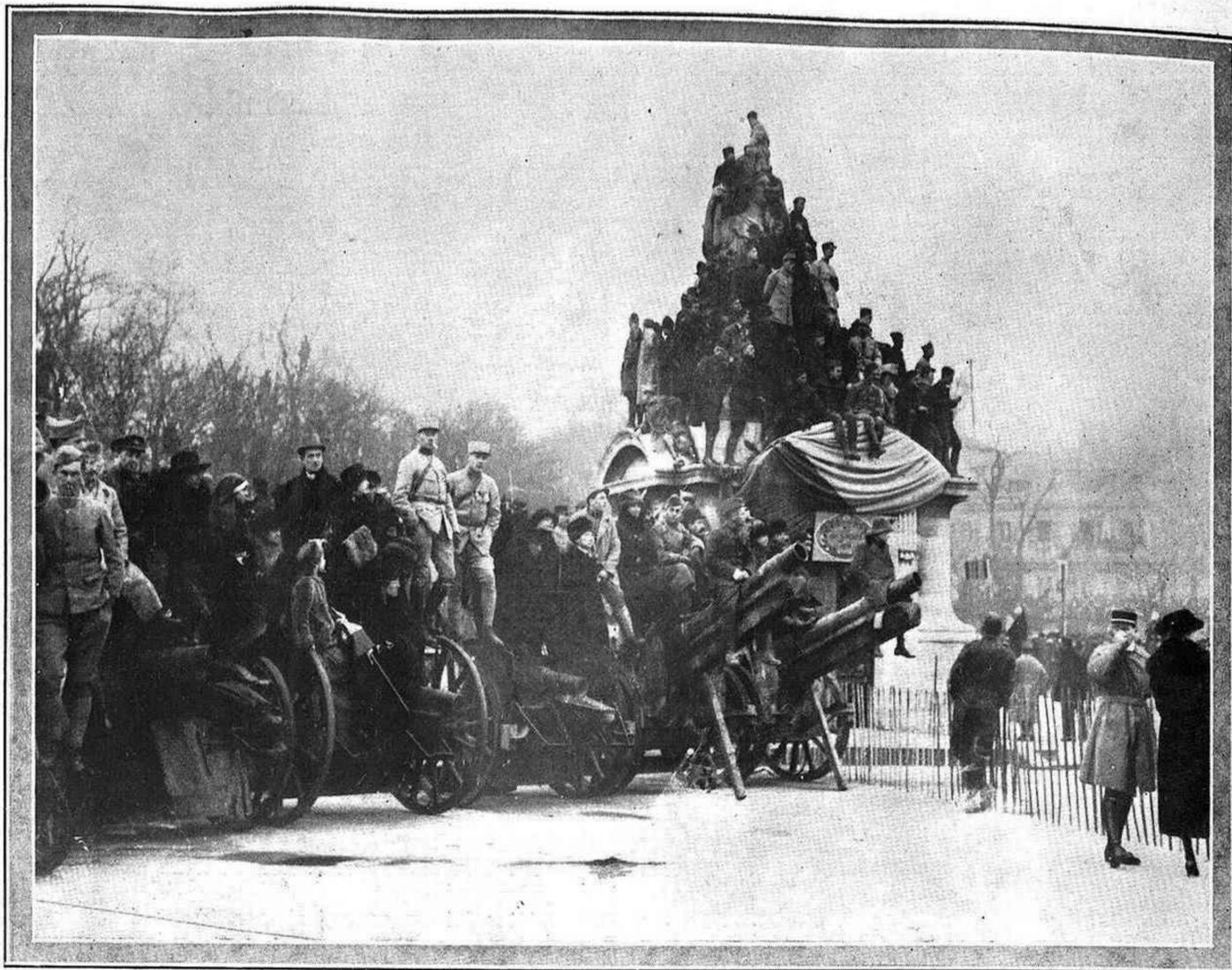
Escultura en arcilla representando un mamut (ó elefante primitivo), descubierta en las excavaciones de Moravia

Fotografías tomadas del The Illustrated London News

CRÓNICA

DE

"LA ESFERA"



Hace siete años: el público, en un delirio de alegría y de esperanza, había arrastrado los cañones depositados en el patio de los Inválidos hasta la Plaza de la Concordia, y sobre ellos aguardaba el desfile de las tropas victoriosas...



Y por los bulevares parisienses, los soldados de todas las naciones aliadas celebraban, fraternizando con el público, el término feliz de la "última guerra"...

SIETE AÑOS DESPUÉS

HACE siete años, en Noviembre de 1918, acabó la guerra que parecía no deber terminar nunca.

Se había combatido sin tregua, en batalla incesante y en hecatombe perpetua, durante mil quinientos sesenta y un días; y en el transcurso de las semanas, de los meses y de los años, la matanza había llegado á ser costumbre; algo así como una monstruosidad normal... De tal modo, cuando al término de una jornada sólo se contaban por centenares las víctimas del día,

hombres que no se batían, los que habían querido y preparado la guerra para que la hicieran los demás, quedándose ellos con el negocio?

Así ocurrió que ningún augurio fué acertado. La guerra no había sido la última, sino una más... «Aquello» no había respondido á ninguna crisis de evolución, ni obedecido á las leyes de la fatalidad... Y toda la horrible matanza proseguida en los meses y en los años, á través de mil quinientos sesenta y un días, no había sido más que eso: una matanza; un sacrificio del rebaño vendido por sus pastores; una continuación de la Historia... Y todo sigue como antes de 1914... Y se sigue haciendo la guerra... Y los pueblos desangrados,

era corriente y no parecía absurdo este comentario: «Hoy no ha pasado nada...»

Se hablaba de la paz entonces como de una situación nueva, problemática y lejana, que nadie acertaba á definir exactamente. Los cultivadores del lugar común salían del paso anunciando la *victoria de la libertad, de la justicia y del derecho*. Los profesionales de la filosofía barata pretendían demostrarnos que aquella guerra, además de ser la última de las guerras, no podía considerarse como una pura insania, sino como la manifestación de una crisis dolorosa, pero saludable para la humanidad. Y era opinión general que después de «aquello» no podría el mundo seguir siendo como hasta 1914, porque de tales horrores nadie se olvidaría jamás, y porque al salir del horrible martirio purificados, los pueblos entrarían en la era de la bondad.

¡Los pueblos!... Masas inconscientes, embrutecidas por los prejuicios, por las supersticiones y por ancestrales y gregarias obediencias, ¿qué sabían de las complejas intrigas y de las ambiciones criminales por las que luchaban y morían, creyendo defender un ideal?... ¿Qué sabían de las rivalidades comerciales, de las competencias de industria y de los golpes de mano financieros que habían alzado á medio mundo contra el otro medio mundo, pero en cuya contienda sólo tenían interés, de cada lado del frente de batalla, los

ex
lle
ria
las
ne
llo
mi
rui
no
na

ora
atr
inn
bre
de
mi

ab
dre
tra
te
cun
jan
Id
qu
un
la
ro
nes
á
vid
que
triu
mic
elle
de
la
hur
tol
for
cer

Y
dor
mu
bia
y e
má

ter
eng
por
har
ext
qué
dor



Siete años después: el jefe del Gobierno francés, señor Painlevé, leyendo ante la Cámara la declaración del Ministerio que lucha por salvar a Francia de la bancarrota

DE
T O D O
Y DE
T O D A S
P A R T E S

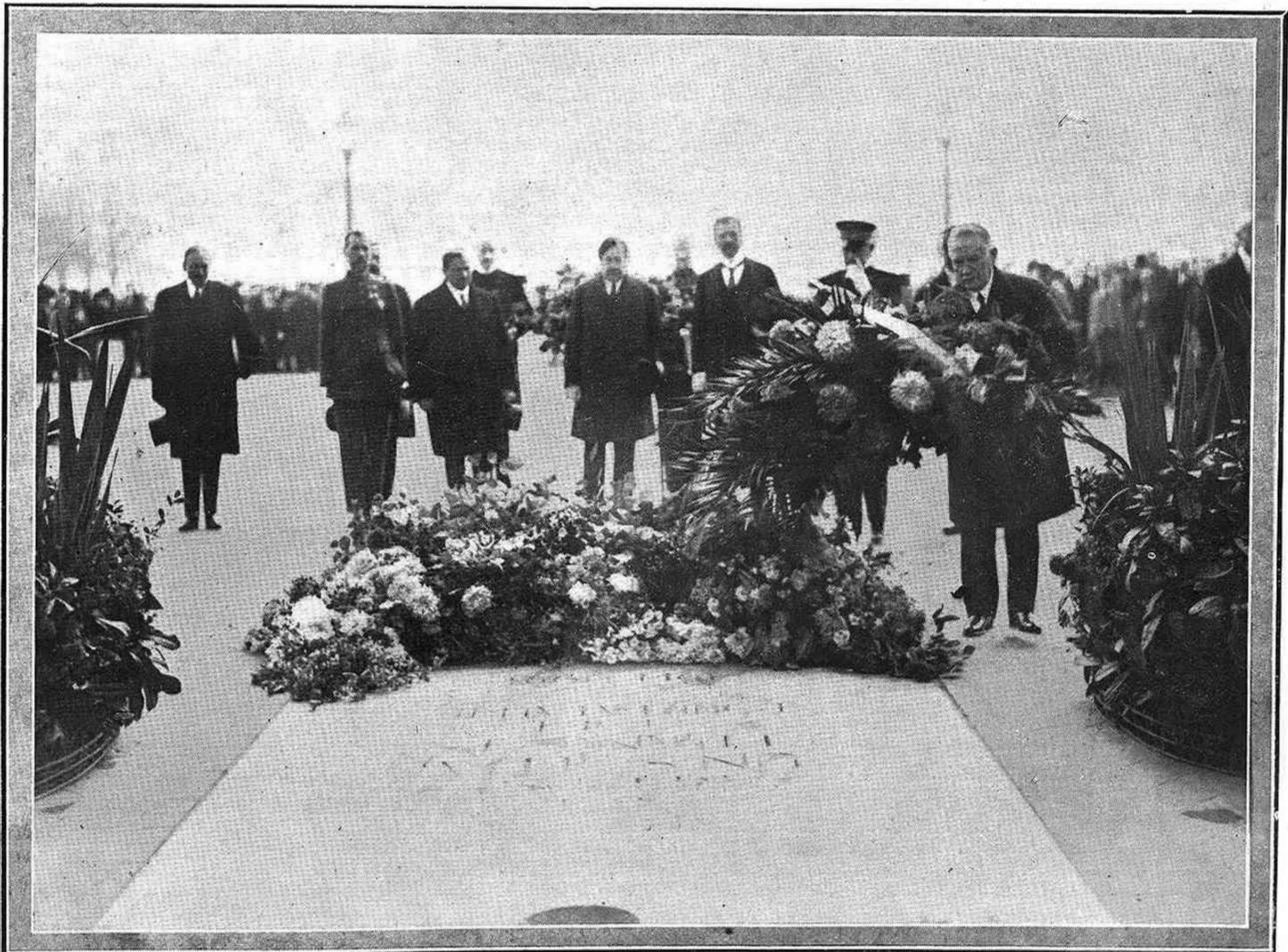
extenuados, van á donde se les lleva, en inconsciencia gregaria, sin saber cosa alguna de las intrigas y de las ambiciones que los mueven... «Aquello», la hecatombe de muchos millones de seres humanos, la ruina de todo un continente, no sirvió, por lo tanto, para nada...

En cambio, si la existencia ora difícil y triste siete años atrás, ¿qué es ahora, para la inmensa mayoría de los pobres, para la doliente multitud de los pueblos, sino el cumplimiento de una condena?

Se dijo á los hombres que lo abandonaban todo: hijos, padres, esposa, amante, hogar, trabajo, dicha: «Id á la muerte sonriendo, porque vais á cumplir la más alta misión que jamás cupo á los humanos... Id á la muerte sonriendo, porque cada uno de vosotros es un redentor... Y no penséis en la amargura y en el desamparo de los seres queridos á quienes dejáis atrás, porque vais á conquistar para ellos una vida mejor y más justa, y porque vuestra victoria será el triunfo definitivo de los oprimidos sobre los opresores, y ella inaugurará, por la fuerza de las armas, ese reinado de la libertad y de la dignidad humanas que todos los apóstolados de la Historia se esforzaron en vano por establecer...»

Y los hombres que lo abandonaban todo fueron hacia la muerte sonriendo, como habían ido, muchos siglos antes y con idéntica esperanza, los mártires cuyo martirio no había podido evitar este otro.

Si los muertos alzarán la cabeza; si los muertos mandaran en realidad, ¿qué terrible acusación formularían contra los mercaderes de sangre que así los engañaron?... ¿Qué terrible acusación formularían al ver á los seres queridos por cuya redención aceptaron el sacrificio, sometidos á la peor esclavitud que han conocido los tiempos: á la esclavitud de la miseria inexorable, del trabajo extenuador, de la existencia arrastrada como una cadena de forzado, y ¿para qué sino para seguir enriqueciendo, en la paz y con su dolor, á los especuladores que labraron fortunas con la guerra: á los mercaderes de sangre?...



Y bajo el Arco de Triunfo, alzado en recuerdo de las matanzas napoleónicas, sigue durmiendo, condenado á ser militar eternamente, el simbólico "Soldado Desconocido", sobre cuya losa se acumulan, inútiles é impasibles para él, los homenajes y las flores (Fots. Linares)

¿Quiénes son los vencedores y quienes los vencidos?, podría preguntarse ahora, y al volver á la vida, un soldado cualquiera de los destrozados por la metralla en 1914...

Entre Alemania próspera, dueña de una moneda de cambio alto—merced á la estafa más kolossal de los siglos—, y Francia arruinada, con su franco en quiebra y su Tesoro vacío, ¿quién venció y quién fué vencido?...

Para que todo haya sido falso, todo, menos la cosecha de la muerte y el agosto del alto bandidaje internacional, hasta la victoria ha sido un mito.

Y para buscar un consuelo á tanta injusticia y á tanto sufrimiento; para bus-

car una luz de dignidad entre tanta abyección, hay que leer muchas veces ese discurso de Painlevé en la Cámara francesa; ese discurso en el que se expone, sin ambages, la situación desesperada de la nación victoriosa, y se la declara en firme voluntad de luchar contra la adversidad honradamente, sin inflación financiera y sin buscar la complicidad de todos los banqueros y de todos los cambistas del mundo, para organizar con el franco otra estafa *kolossal* parecida á la del marco...

EL PERIÓDICO DE LOS ESQUIMALES

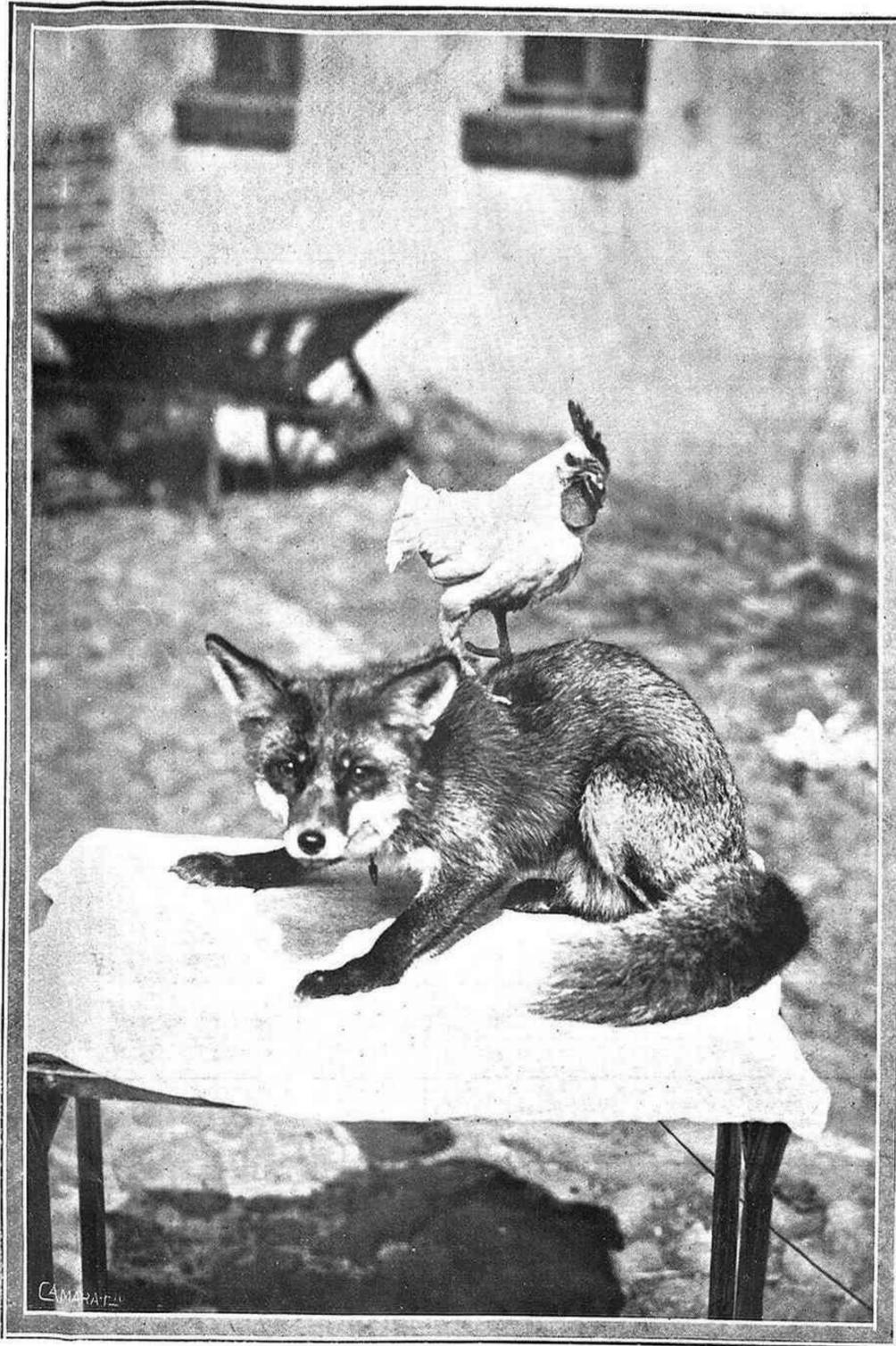
Dicen de Montreal que un explorador, el capitán Bernier, después de pasar una temporada larga en Groenlandia, vuelve haciendo un elogio cumplido de la civilización esquimal.

Según dicho viajero, los habitantes de esa región polar se han asimilado el progreso moderno hasta el punto de que ya tienen periódicos y Parlamento.

Nada sabemos de los diputados esquimales; pero en lo que hace á los periodistas, el capitán Bernier exagera... No hay en Groenlandia periódicos, sino un periódico del que sólo circula un ejemplar semanal; no hay periodistas, sino un periodista, que se hace su periódico solo... Y la historia de ese fundador de la Prensa groenlandesa vale la pena de ser comentada...

Durante su expedición polar, Nordenskjöld tomó á su servicio, como guía, á un esquimal llamado Lars Moeller, que sorprendió al explorador sueco por su inteligencia despierta y su deseo de adquirir conocimientos de toda índole.

Nordenskjöld emprendió la instrucción de Lars Moeller, y comenzó por enseñarle á leer, utilizando para ello algunas revistas ilustradas. Moeller,



cuando supo descifrar la letra de imprenta, se aplicó á copiarla y á copiar, también, los dibujos y las fotografías de las ilustraciones. Al cabo de algún tiempo, el esquimal leía, escribía y dibujaba. Y un día presentó á su maestro un modelo de revista hecha por él; un ejemplar escrito imitando la impresión é ilustrado con dibujos relativos al texto... Se trataba de la vida esquimal, comparada con la europea, se hacían descripciones, se contaban anécdotas...

—Cuando vuelva á mi choza—dijo Moeller—haré un periódico así todas las semanas, y le alquilaré á los suscriptores...

—No los encontrarás, puesto que tus compatriotas no saben leer...—observó Nordenskjöld, pero el guía declaró, tranquilamente:

—Aprenderán, como aprendí yo...

Y en efecto, de regreso á su tribu, Lars Moeller puso en práctica su plan. Comenzó por confeccionar una hoja de dibujos comentados con breve epígrafes, y fué de choza en choza, de tribu en tribu, mostrando su trabajo y enseñando á leer á los más despiertos. Poco á poco, Moeller dispuso de una red de correspondientes lectores, y de una suscripción numerosa y segura. Entonces se dedicó por completo á su revista, la tituló *Lectura* y la puso en circulación. Cada ejemplar, único, pasaba de mano en mano, leído y explicado, en los corros absortos, por los agentes del editor. Estos correspondientes lo eran, igualmente, administrativos, y así fué extendiéndose por Groenlandia el radio de acción y de influencia del primer periodista esquimal. La *Lectura* de Lars Moeller ha revelado á los habitantes del país de los hielos todos los grandes acontecimientos de la vida contemporánea y las maravillas del progreso,



Los hombres, que no logran para sí la paz, la imponen, en cambio, por una paciente educación, á los animales. He aquí, obtenidas por el dueño de un Crcó a'emán, las reconciliaciones inverosímiles, y sin embargo evi-

dentos, del zorro con el gallo y del gato con los ratones. El "profesor" de estos animales se estrella- ría quizá intentando la experiencia con las gentes separadas también por rivalidades ancestrales

(Fois. Marin-Orriss)

y ha iluminado con su pequeño destello cultural la noche profunda é incacabable del Polo.

No creo que exista en la historia del periodismo un ejemplo más noble y alto que éste: el del publicista que ha comenzado su obra enseñando á deletrear á sus lectores.

ESPAÑOLES REPRESENTATIVOS Hay dos españoles que en este momento figuran en las crónicas de actualidad neoyorquina; y son una mujer, la condesa de Alcahalí, y un hombre, el pintor Usabal.

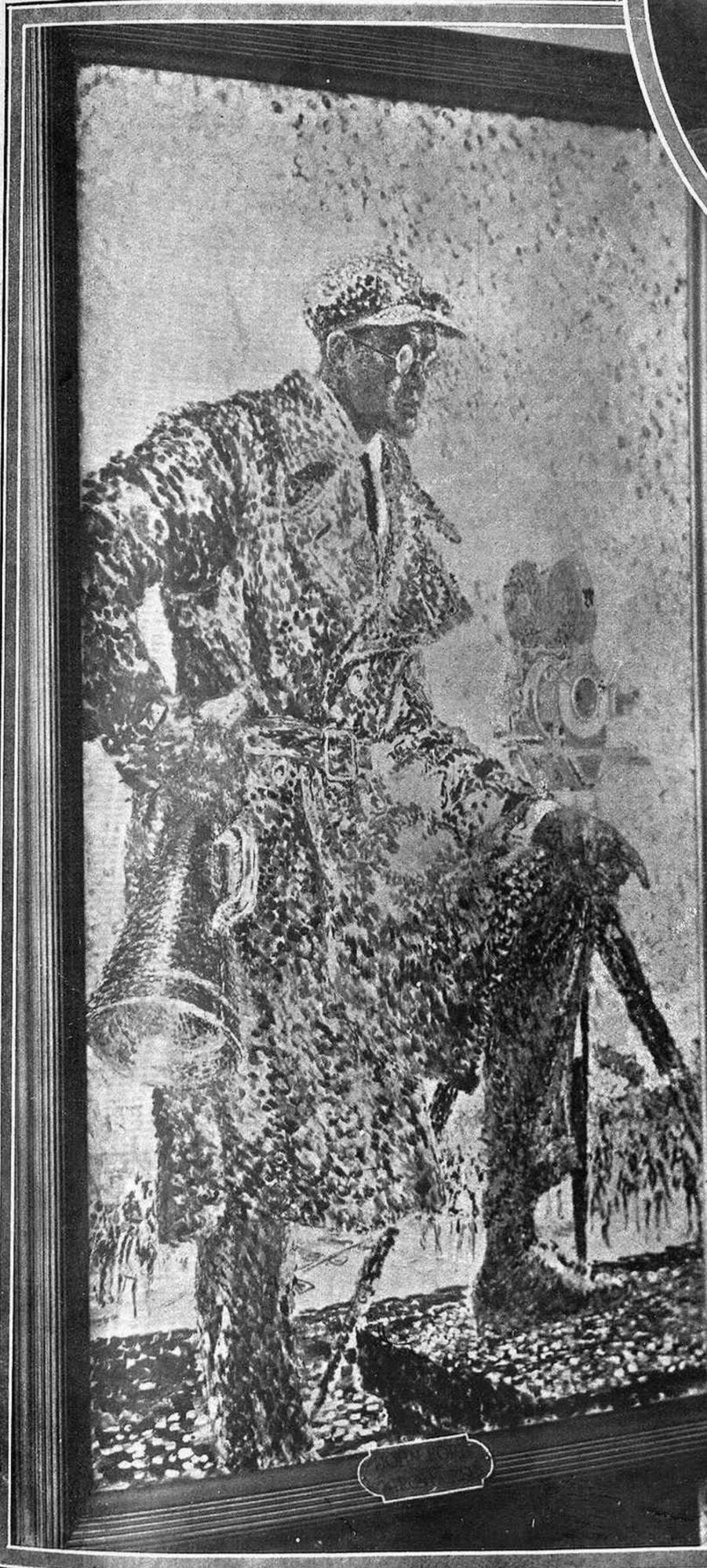
De la condesa, que aparece en las fotografías que de ella se publican indolentemente reclinada sobre un sillón del Hotel Alhamak, dicen los epígrafes norteamericanos: «Ilustre dama española, heroína de la guerra de Marruecos, en la que tomó parte desempeñando una misión oficial, siendo herida y recibiendo de manos del Rey Don Alfonso XIII una condecoración, en premio á sus servicios. La condesa se halla en los Estados Unidos, en viaje de estudios, y encargada de otra misión, oficial también.» ¿Quién podrá contarnos las aventuras guerreras de la condesa de Alcahalí? ¿Quién podrá informarnos de la *misiva* oficial que la llevó á través del Atlántico?...

Y el pintor Usabal, que abandonó su Valencia nativa para buscar



La condesa de Alcahalí, española, á quien los norteamericanos han recibido como á una embajadora espiritual de nuestro país. La condesa, que se titula "heroína" de la guerra de Marruecos, á la que asistió en "misión oficial", en la que fué herida y por la que recibió de manos del Rey una condecoración, ha dicho á los yanquis que el objeto de su visita es otra "misión oficial", pacífica esta vez...

(Fot. Marin-Orrios)



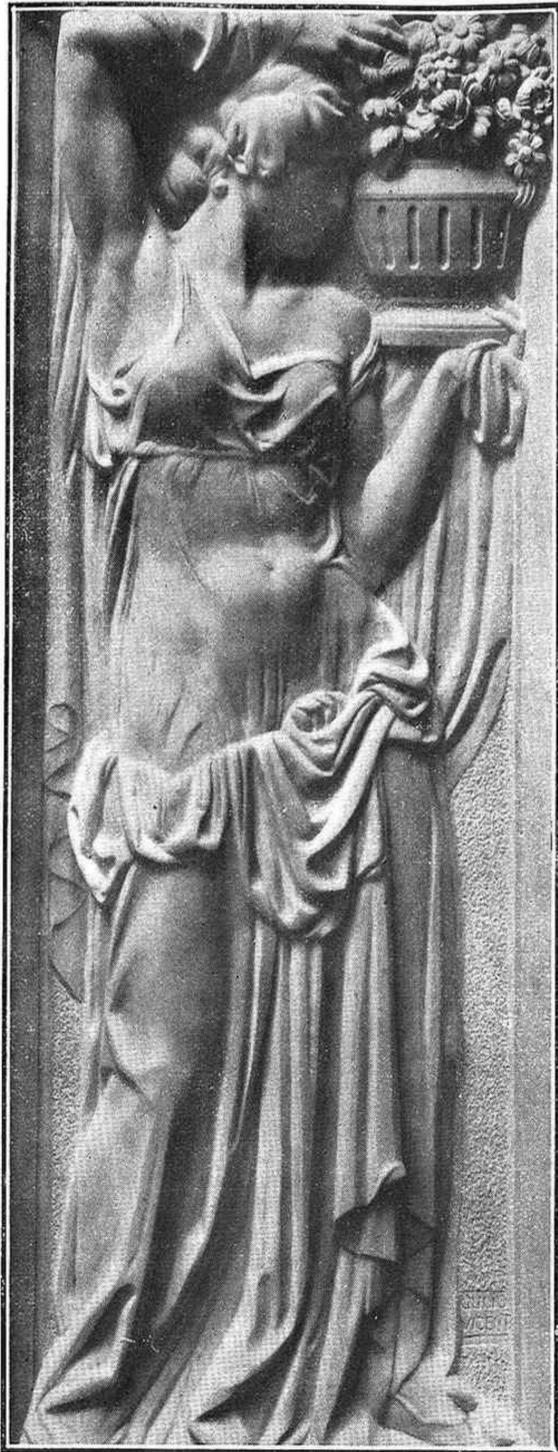
fortuna en el país del dólar; el pintor Usabal, creador de la nueva «escuela cinematográfica» de pintura, mezcla del más audaz impresionismo y del clasicismo más *pompier*, bien merece un elogio y un recuerdo, aguardando también á que algún informador trasatlántico nos refiera sus luchas y avatares por el camino que le llevó á la celebridad...

Espanoles representativos, españoles de exportación, la «heroína de la guerra de Marruecos» y el fundador de la pintura cinematográfica podrán acertar ó equivocarse, y ser, á la postre, una ficción ó una realidad... Pero ¿quién puede negarles el valor positivo é indudable de un carácter?... Y ese valor es tan raro en este momento entre nosotros!...

ANTONIO G.
DE LINARES

El pintor valenciano Luis Usabal junto á una de sus curiosas obras, que le han procurado en Nueva York la envidiable situación de artista favorito de las grandes Casas editoras de películas

EL ESCULTOR JULIO VICENT



"Ofrenda", relieve en mármol

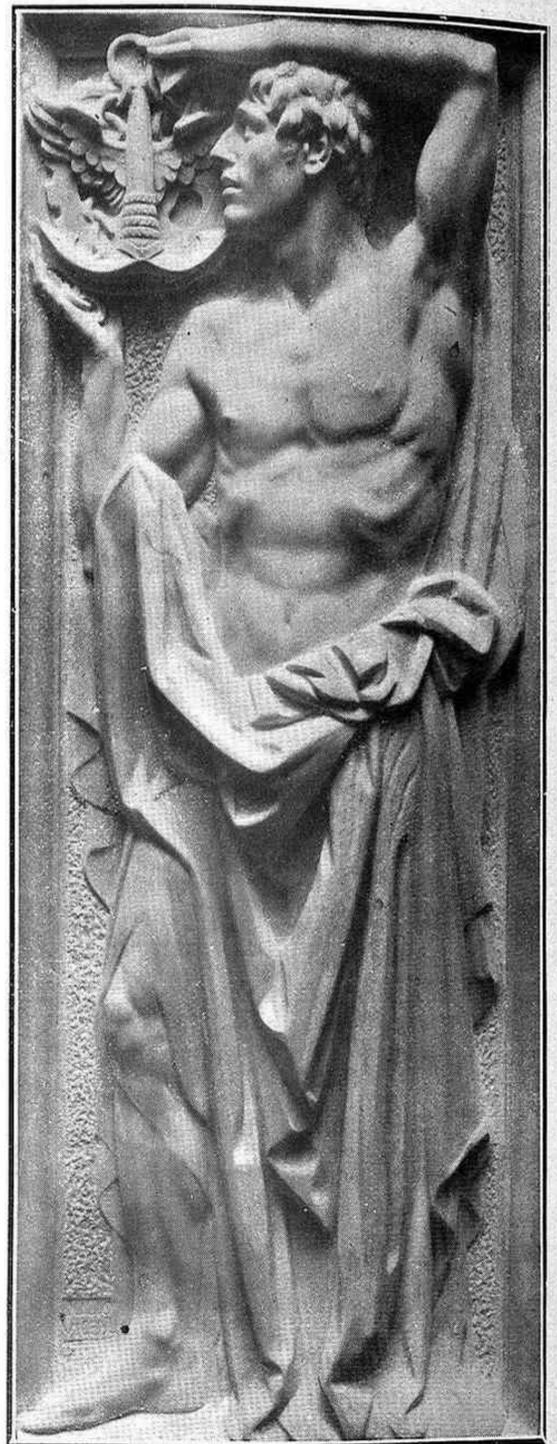


"Fuente"

(Premiada en el Concurso Nacional de Escultura de 1922-23)

Julio Vicent Mengual es valenciano. El año 1920 obtuvo en la Nacional la medalla de oro con un desnudo femenino titulado *Amanecer*.

Aquel legítimo triunfo destacó al joven artista, que venía trabajando en silencio y con fervor. *Amanecer* tenía la graciosa pompa que caracteriza a los jóvenes estatuarios mediterráneos en su primera juventud, la sonrisa clara y un poquito ampulosa de sus creaciones que tienen algo del énfasis abierto, musical, de su acento levantino. Aquella figura de mujer, donde había trozos, como la ca-



"La marina", relieve en mármol

EN el primer Concurso Nacional de Escultura (1922-1923) fué premiado el proyecto de fuente que presentaba Julio Vicent.

Terminada la obra, y con arreglo á las bases del Concurso, fué ofrecida al Ayuntamiento de Madrid para que, sin otros gastos que los exigidos de instalación en sitio apropiado, comenzara á cumplir el cada día más necesario embellecimiento de nuestros paseos y jardines, harto estropeados por la incapacidad estética á que están sometidos.

Pero el Ayuntamiento, sin duda porque no era un aligustre más, desdeñó el regalo del Estado. Entre un banco de azulejería ó una obra de arte firmada por un escultor notable, el Ayuntamiento parece preferir con demasía el banco, tan propio para enternecer las sensibilidades subalternas, como útil para los vagos y las personas cansadas.

Claro es que este desdén no consta oficialmente; pero hasta la fecha, á pesar de las indicaciones de la Dirección General de Bellas Artes y del propio artista, la fuente continuaba en el estudio de este último, á disposición del Ayuntamiento, sin que nadie de los que en la Casa de la Villa disponen á su antojo del ornato público de la ciudad se digne aceptar lo ofrecido en tan generosas condiciones.

La bella fuente de Julio Vicent puede ser vista ahora en el *Salón de Otoño*, donde su autor la exhibe, además de dos pequeñas figuras tituladas *Anhelos* y *Tipo vasco*.



"Medallón", talla en madera policromada

beza, encantadores de ritmo y de modelado, era la recién granada promesa de nuevos aciertos, contenía latentes cualidades que luego el artista había de ir desarrollando.

Las obras más recientes de Julio Vicent están ya en el sendero propio; son producto cada vez más consciente del afán estético que estimula al artista por crear belleza respondiendo á su época, adaptándose á las premisas sociales, que no deben ser olvidadas si aspira á vivir de sus obras sin daño para su inspiración y temperamento.

Quiero decir que Julio Vicent adapta el valor cualitativo de su arte á normas prácticas de lógica sumisión al medio en que hoy se habrá de desarrollar la escultura. No es tal vez la época de los grandes monumentos, de las estatuas colosales, del libre realismo; más bien de las graciosas figuras para los interiores no muy grandes, de las estatuas pequeñas para los jardines urbanos y de la fantasía inicial y la maestría técnica puestas al servicio de las artes industriales.

Así, pues, Julio Vicent Mengual, excelentemente preparado por largos años de aprendizaje manual, de interpretación directa y sin elucubraciones del modelo humano, conocedor profundo de lo que todo arte tiene de oficio, está hoy en condiciones de ser el escultor decorativista que exige la época.

Pero, ¡cuidado!, no vaya á suponerse que esta laudable condición de Julio Vi-

cent se toma en un valor secundario. Precisamente esa es la orientación de muchos modernos escultores que tienen merecida nombradía y que responden á las revelaciones estéticas de su tiempo.

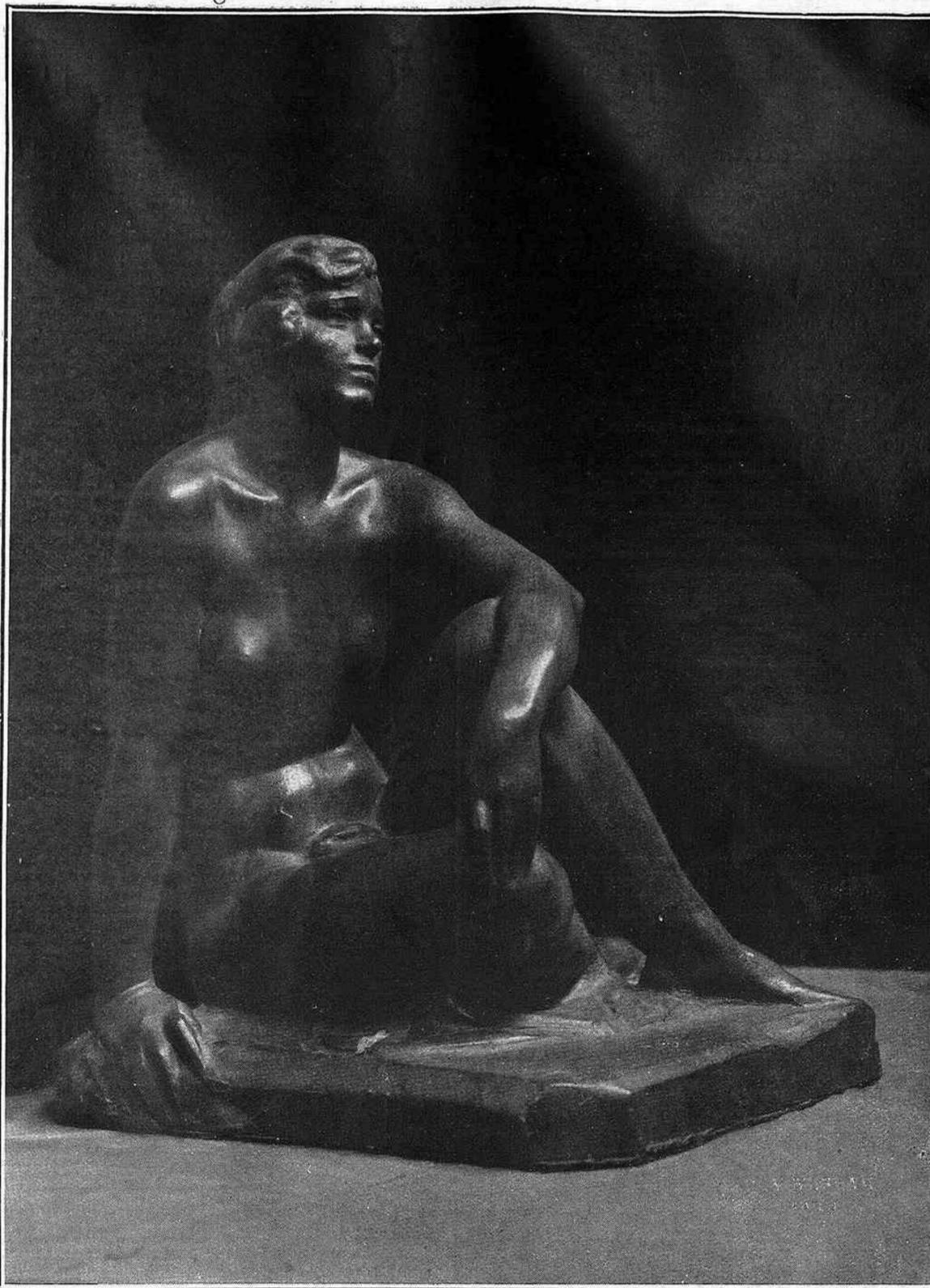
•••••

Veamos algunas de las últimas obras de Julio Vicent.

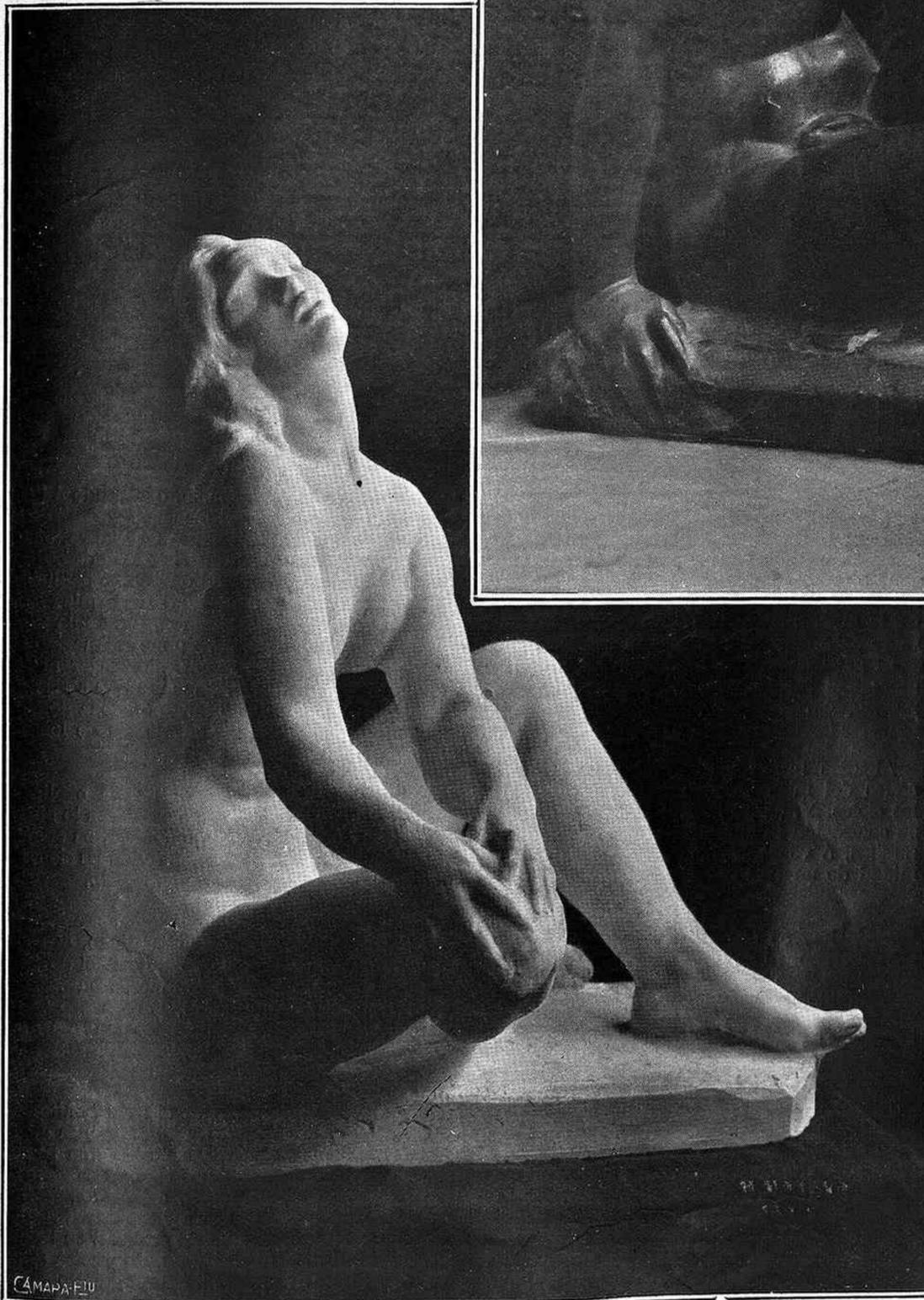
Ante todo la fuente. Es como una sonrisa de piedra, como una afable aparición femenina para el sosiego recóndito de un jardín no muy vulgarizado por la muchedumbre. El artista ha encontrado una actitud armónicamente tranquila para esta mujer que se arrodilla para contemplar su imagen en el agua quieta de la taza. La parte arquitectónica, los detalles ornamentales de frutos y flores están resueltos sobriamente, con una noble sencillez.

La serenidad y la gracia—cualidades intrínsecas de la escultura de Vicent—resaltan más aún en estos dos relieves del panteón del Sr. Ferrer Paset, de Valencia. Sin llegar á síntesis arbitrarias, Julio Vicent ha esculpido con sabia estilización, con gallarda elegancia, dos figuras, una de hombre y otra de mujer, modernas de técnica, eternas de sentimiento, ligadas á la tradición clásica sin falsos arcaísmos.

Aun admirables ambas, acaso prefiramos la figura de la *Ofrenda*, que habla elocuente-



"Maruja", figura en bronce



"Añoranza", figura en mármol
FOTS. CORTES Y MORENO

mente del espíritu meridional del artista con la eurítmica actitud y la distinción con que se pliegan y viven los paños sobre la vida estática de la forma humana.

Anhelo, Maruja, Añoranza, mujercitas en mármol y en bronce sentadas en actitudes de exaltación ó de reposo, contienen también en las líneas armónicas el sensible amor á la belleza femenina que inflama la obra toda de Julio Vicent. Son esculturas de pequeñas dimensiones. Diríase que no aspiran sino al ornato discreto de un interior de buen gusto. Y no obstante radican en ellas tal fuerza emotiva y tal encanto formal, que se amplía ese concepto adventicio para expresar su valor en sí, la condición de verdadera obra de arte de ellas nacida y en ellas concretada.

Compensan, además, con otras obras de la sección, á las que nos referiremos en un próximo artículo, la triste ineficacia, la pobreza artística del VI Salón de Otoño, desprovisto de interés como ninguno de los anteriores.

Por último, este medallón en talla policromada, como sus trabajos de orfebrería y sus modelos para cerámicas que tienen positiva belleza de concepto y de forma fijan más aún la orientación laudable, el practicismo estético que Julio Vicent Mengual se propone dar á sus aptitudes.

Qué en definitiva es—según decimos antes—el de no pocos grandes escultores modernos, hijos de su siglo, sin desequilibrio modernizante ni arcaizante intoxicación.

JOSÉ FRANCES

EL HUERTO DE FRAY LUIS

El alma del paisaje castellano es de un ritmo lento y escondido, de una palpación fuerte y sosegada, de un alentar austero y grave, como las tonadas de sus gañanes, que repugnan la ligereza de las seguidillas; como sus romances castizos y gloriosos, de tono bien distinto al nerviosismo morboso de otro linaje de poesías; como el centenario cantar de estos anchos ríos serenos, que lamen los muros vetustos de las viejas ciudades castellanas.

Esta tarde misma me he llegado hasta el huerto de fray Luis. El paisaje irradiaba una lozana y jugosa alegría primaveral. El campo, henchido de verdor, de vida robusta, lleno de vigor y de fuerza, lleno de emoción y poesía, estaba hermosamente alegre. Pero su alegría era seria, si me permitís esta frase. Era la suya como esa alegría festera de los pueblos de Castilla, que nunca llega a ser estrepitosa. Era como una bendición de la vida, como una gloria de vivir, como una delicia de cielo azul y pródigo sol y tierra florecida. Era todo esto, que se traducía en los trinos bulliciosos de los pájaros en las copas de los árboles y en el alegre cantar del agua en los regatos transparentes. Pero no era fanfarrona su alegría, ni ruidosa, ni cascabelera; era seria, en fin.

A la mano derecha extiéndese, ondulante, acariciada, mansa y amorosamente por el Tormes, una verde y mullida ribera que, de trecho en trecho, recúbese de unos álamos esbeltos, amables, como esos otros de los paisajes de égloga. En las amplias praderas alegres, entre las alamedas del camino, rumiaban la fresca y húmeda hierba unas ovejas dóciles y elamorosas, y unos potros nerviosos y cerriles. Las alamedas, que traían al sentido como una promesa de frescura y de paz, espejábanse en el cristal del Tormes con el amor que se espeja en el corazón de un hombre el recuerdo de una mujer, y el Tormes, tal que un poeta enamorado, para todas las alamedas tenía un madrigal...

Tendidos en la llanura, en la ancha vega del río, pueblos y casas de labor... Al fondo yérguense, azulinos y lejanos, como entre una bruma de ensueño, los riscos de la sierra de Béjar, picudos y orgullosos, empenachados de pura y brillante nieve, un poco rojiza al sol...

A la siniestra mano alzanse unos tesos, terrosos y pardos, con algunas venas bermejas, y tras los fesos los viejos campanarios pueblerinos, renegridos y ruinosos, en derechura al cielo, simbolizando nuestro insaciable y eterno anhelo de ideal. En derredor rojean los tejados de las casucas y destacan los portones corraleros de las paneras...

El cielo estaba muy alto y muy azul. El ambiente, cálido y oloroso. El horizonte, este incomparable horizonte de Castilla, transparente como un limpio fanal y lejano como una loca esperanza. El llano era como una hoguera de sol. El camino, como un centelleante reguero de viva y rojiza luz. Jadeaba mi potro fatigado. Un grave y romancero cantar, de tonos pausados, somnolientos, acostábase sobre los llanos en siesta... Cruzaba yo el arenal...

El crujir monorrítmico de la aceña solicitó un momento mi atención. Ya sabéis que cercana á la aceña está la granja. Sobre los tejados de la granja y de la aceña revolaban unas bandadas de palomas manchando de blanco el glorioso azul del cielo, persiguiéndose con graciosos revuelos de amor, trascendiendo á una delicia rústica, epitalámica...

Frontero con la aceña, alzáse un pequeño edificio, de fábrica vieja y sencilla. Sus piedras, doradas por el sol de los siglos y un poco destruidas por la acción devastadora de las aguas, hablan al espíritu un lenguaje romántico, de misterio y de emoción. Aquellos muros encierran el silencioso oratorio de fray Luis. Aquel recio portón formidable conduce á la sagrada cripta, de la que trasciende un aliento de muerte, de reposo, de frío y de humedad...

Dejé el potro al cuidado de un mozo del molinero y, mudo y descubierta, penetré en el oratorio del excelso poeta. De las paredes penden unos grandes y antiguos lienzos ungidos de misticismo cristiano. Yo no podría asegurar que esos cuadros sean maravillosos como obra de arte. Lo que puedo afirmar es que me lo parecieron. Llevaba el ánimo propicio á encontrarlo todo dulce y penetrante, todas las cosas bellas. El silencio de la tarde, rítmico y hondo, el blando suspirar de las ramas de los árboles, la queda y fugitiva canción del río, aquel ambiente de recogimiento y de intimidad que incensaba al oratorio y el recuerdo espiritualísimo de fray Luis habíame llenado de unas suaves ansias de amarlo y admirarlo todo.

A poco, á caballo otra vez, entraba yo en el famoso huerto. Los árboles, plétóricos de áureos y olorosos frutos, extendían sus verdes ramas hasta mí. Sentíame como envuelto en un aroma de vida jugosa y retirada, silenciosa y grave. Reía la fuente con su risa de perlas y de cristal, tal que bendiciendo el silencio y el reposo. Dijérase que canta en ella todavía la entrañabilísima canción de fray Luis, que aún repite los versos luminosos y eternos que tan á maravilla supo descifrar el poeta en su comunión espiritual con la fontana pura... Todo era frescura y sosiego... Sí. Allí estaban los versos de fray Luis, cantando en el cristal del agua y temblando

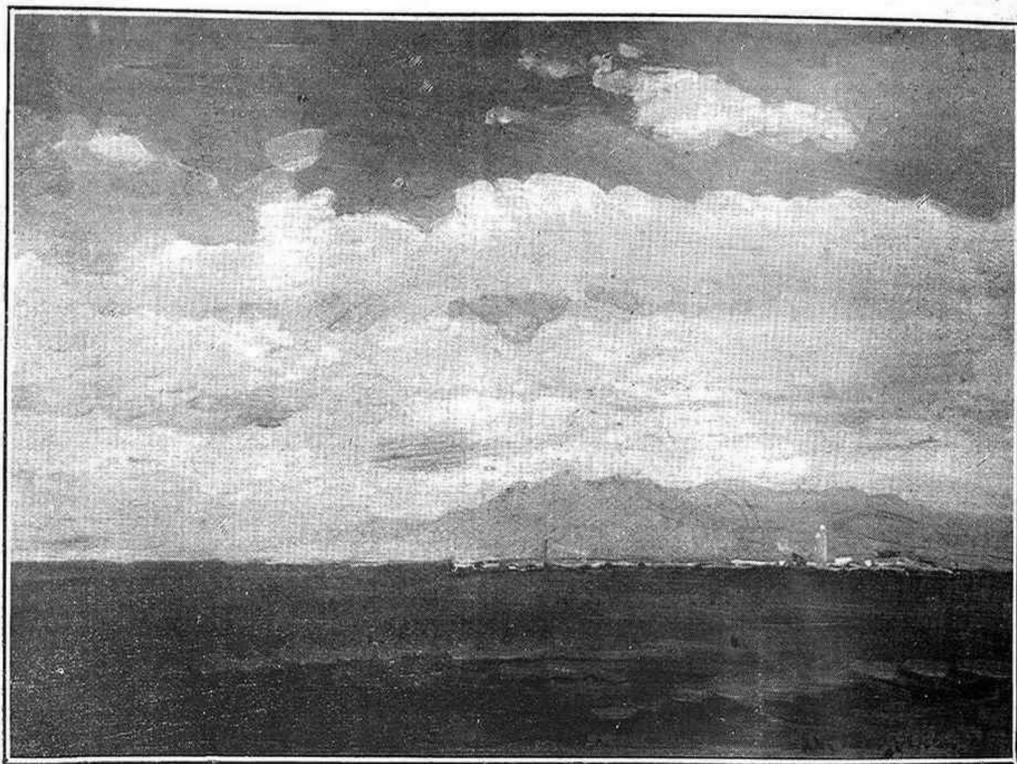
on las ramas de los árboles, como siempre, como antes y después de ser escritos, como los bebió el alma poética y sedienta del maestro... Aún parece que riman, repitiendo el motivo:

«Qué descansada vida...»

Allí la fontana pura; allí la cumbre airosa; allí el suave y no aprendido cantar de las aves; allí la esperanza del fruto cierto; allí el aire meneando los árboles con un manso ruido; allí, en fin, el rincón escondido y fragante, umbrío y rumoroso, donde soñó el poeta...

ALBERTO VALERO MARTIN

COSAS DEL MAR



FRAY Luis de Granada, cantando las excelencias del mar, dijo: «Queriendo el Creador amigar entre sí las naciones, no quiso que una sola tuviese todo lo necesario para el uso de la vida, porque la necesidad que tienen las unas de las otras las reconcilia entre sí. Y así la mar, puesta en medio de las tierras, nos representa una gran feria y mercado...»

El gran escritor y dominico español murió, afortunadamente para él, sin haber visto un periscopio...

•••••

Algunas mujeres tienen los ojos como las aguas del mar: reflejan fielmente el color de los cielos. Y, como la mar también, influye en su coloración la calidad del fondo. Por eso tus pupilas, á veces, verdean, delatando la proximidad de un «placer» ó un «bajo»...

•••••

Nada hay en el mundo más desconsoladoramente triste, ni más angustioso, que la niebla en el mar. Ese velo color ceniza, denso, opaco, que impide ver á un metro de distancia, es el verdadero horror del que navega. Es también cuando más se mira al Cielo...

•••••

¡Qué impaciencia más dulce!... Primero, lejos, muy lejos, el horizonte nuboso; luego, la franja ocre de la tierra lejana; después la población, grande y luminosa, proyectada sobre el monte; más tarde, el puerto, su entrada... Por fin, el muelle, lleno de gente que espera... Tu pañuelo... Tus ojos... ¡Tú!...

•••••

Otra de las cosas más imponentes de la vida de mar es arrojar al agua el cadáver de un compañero.

En los grandes y lujosos trasatlánticos, en los verdaderos palacios flotantes, la faena se

hace de noche, en silencio, ocultando á los que navegan por placer el macabro y desagradable espectáculo. En los buques de guerra, en cambio, va acompañado el triste é imborrable sepelio de toda clase de honores y publicidad... Es el muerto en campaña... Hay quien se consuela pensando en la tumba, tranquila y grandiosa, que le aguarda... Yo me lo imagino siempre flotando entre aguas, sin llegar al fondo oceánico y buscando, impelido por corrientes y mareas, un pedazo de fango ó arena donde poder descansar, con su envoltorio de lona...

•••••

Nunca he podido encontrar la explicación. La gente de tierra adentro aseguran lo bien que se come á bordo, y, sin embargo, en cuanto el barco navega en franquía á todos les sienta mal la comida... ¡Misterios del menú!...

•••••

El mar, como todo lo grandioso, atrae, fascina, subyuga. Se comprende que el desesperado de la vida busque la muerte en sus aguas murmurantes é inquietas. Parece que se ofende menos á Dios ahogándose en ese líquido hecho por El...

•••••

Ha sido la vez que te vi más bonita: en el puente del destroyer, á treinta millas de velocidad. Todo era risa y curiosidad en tu rostro de chiquillo travieso. Las olas, al sentirse heridas por la tajante proa, salpicaron, con una lluvia, fina y fría, tu cara y tus cabellos áureos. Era como una ofrenda de perlas á tu belleza y á tu candor... Pero después, de vuelta al puerto, dijiste al grupo de hombres que te acompañaban: «¡Huy! ¡Qué salados tengo los labios!...»

PEDRO RISTORI MONTOJO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA FUENTE DE "HAMLET"

DIVERSAS son las versiones publicadas sobre la fuente de donde Shakespeare sacó la inspiración para su célebre *Hamlet*. Hay, sobre todo, una muy autorizada. Existe en la biblioteca de M. F. de Jessen, entre una preciosa colección de obras francesas sobre Dinamarca, un libro viejo, muy curioso y muy venerable: los *Anorum, regum heroum-que historiae*, del cronista danés Sajón el Gramático. Sin él, el *Hamlet* de Shakespeare no hubiera existido.

Sajón el Gramático nació en Seeland hacia 1150, y escribió en el bello latín que admiraba Erasmo la historia de los reyes y de los príncipes de su país, que le valió el título honroso de *Tito Livio Danés*. Terminó su obra en los comienzos del siglo XIII.

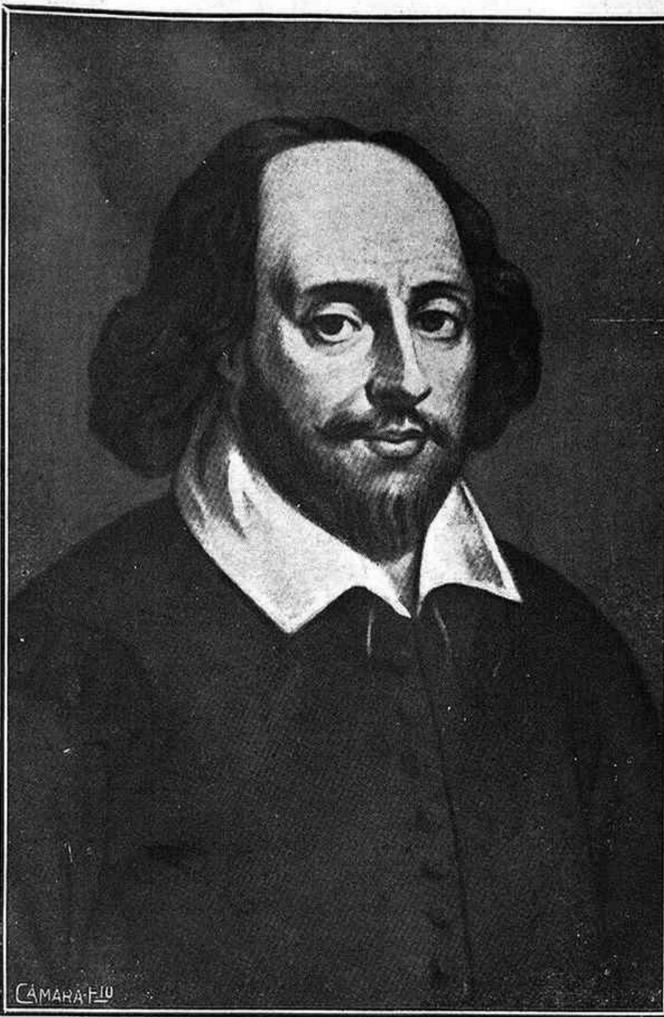
Esta obra fué impresa en el mes de Marzo de 1514, en París, bajo los auspicios de un canónigo danés llamado Cristián Pedersen, que había ido á la capital francesa á graduarse en la Universidad. Pedersen hizo una soberbia edición, de la que puede admirarse uno de sus raros ejemplares. El volumen, en folio pequeño, admirablemente impreso en negro y en rojo, ornado de viñetas en madera y de letras adornadas, presenta, todavía, algún parecido con los incunables. El texto latino se vulgarizó gracias á François de Belleforest, que publicó en 1570 una primera edición francesa ampliada.

En esta edición de Belleforest encontré Shakespeare la historia de *Hamlet*.

Amleto fué el vigésimo cuarto rey enumerado por Sajón el Gramático, que le coloca en la serie de reyes Leethreenos, descendientes de Skiol, hijo de Odin. Es un héroe comparable á los tipos legendarios de la mitología escandinava. Siendo rey Rorico, los hermanos Horwendill y Fengen gobernaban la Jutlandia. Horwendill, pirata y navegante famoso, habiendo vencido á un enemigo del rey Rorico, éste le dió en matrimonio á su hija, llamada Jeruta, de cuya unión nació un hijo llamado Amleto.

Envidioso Fengón del éxito de su hermano, resolvió vengarse. La ocasión se le ofreció en seguida, y Fengón colmó, con la sangre de su hermano, los deseos impuros de su corazón. Además unió el incesto al crimen: casó con la esposa de su hermano y le sucedió en el trono. «Amleto, testigo de estos acontecimientos—escribe Sajón—, temiendo parecer peligroso á su tío si se comportaba como hombre en el uso de su razón, fingió haberla perdido, simulando con este ardid sus dones naturales y cumplir más fácilmente sus designios.»

El príncipe se nos aparece en su locura fingida sucio, degradado, revolcándose con tierra, viviendo en el lodo. «Un monstruo feliz en su condición abyecta. Mezcla á veces la verdad á sus mentiras, habla sin cesar de vengar la muerte de su padre, y se ingenia para dar á sus propósitos un aire de misterio.» Sin embargo, hubo gentes de inteligencia



GUILLERMO SHAKESPEARE

más perspicaz, para quienes la actitud del fingido loco empezó á ser sospechosa. Algunos cortesanos pretendían que el pretexto de la debilidad de espíritu encubría un alma recia y robusta, y que todo en él era una astucia, velando las intenciones profundas del corazón.

A fin de probarle, se le prepara al joven en un sitio apartado «el encuentro con una mujer encantadora que encienda sus sentidos. La tendencia natural á los sentimientos del amor no podrá disimularse». Semejante estrategia no dió el resultado que se esperaba. Amleto no desperdició la agradable ocasión que se le presentaba, pero expuso á la dama, en prueba de amor, tan ridículas razones, que la bella declaró que no había nada de razonable en las palabras del pobre loco. Pretendía haber dormido sobre la viga de un tejado, sobre la cresta de un gallo, sobre la herradura de una bestia de carga. Para dar verosimilitud á su relato había guardado en los bolsillos unos fragmentos de dichos

objetos (estos rasgos se encuentran en Shakespeare). Algún tiempo después se aposta en la cámara de Jeruta un espía encargado de sorprender la conversación de Amleto con su madre, en la esperanza de que si el hijo no estaba privado de la razón no vacilaría en hacerlo saber á quélla, pues no tendría desconfianza con quien le había dado el ser. Amleto adivina la trampa; se pone á imitar el canto del gallo, agita los brazos como si fueran alas, salta sobre el lecho en que está oculto el espía y lo atraviesa con su espada á través de los colchones. En seguida el príncipe declara á su madre que el deseo de vengar á su padre vive siempre en su corazón, que espera una circunstancia propicia, y que «contra un alma cruel y retorcida hay que emplear la astucia».

Fengón, que desconfía de su hijastro, no osa hacerle desaparecer, y para salvar las apariencias le envía en misión cerca del rey de la Gran Bretaña, escoltado por dos compañeros, que darán al rey una carta rogándole que dé muerte á Amleto. Este se apodera de la carta y substituye su nombre con los de sus camaradas, que son ejecutados en cuanto llegan. Amleto obtiene en seguida la mano de la hija del monarca bretón, á quien tiene asombrado por sus alusiones adivinatorias, á las que el buen Sajón encuentra un sentido extremadamente sutil; pero en las que nosotros no vemos más que adivinanzas infantiles. De vuelta á Dinamarca, Amleto hace una manzanza general de cortesanos, á los que encuentra celebrando alegremente sus funerales, ya que se le cree muerto. Mata á Fengón después de haber cruzado su espada contra él. «Tal fué—dice Sajón el Gramático—este hombre valiente y digno de eternos elogios, que amparándose prudentemente en una locura simulada, cubrió con una demencia fingida su inteligencia superior... Defensor inteligente de sí mismo, vengador enérgico de su sangre, ¿qué hay que admirar más en él, el valor ó la sabiduría?»

Las aventuras del Amleto nórdico no terminan aquí. Una vez muerto su padrastro Fengón, el príncipe Amleto reclama la corona y la cibe al fin.

Parte de nuevo á Inglaterra y allí se casa con la reina de Escocia, y como ya estaba casado con la hija del rey de Inglaterra, éste y el rey de Dinamarca le declaran la guerra, pero él logra vencerlos; vuelto á Jutlandia, acaba por ser él mismo vencido y muerto por el sucesor de Rorico. Así acaba la trágica historia.

El *Hamlet* que Shakespeare nos presenta gana en poesía lo que pierde en verdad histórica; pero el héroe de la tragedia del gran poeta inglés está más cerca de nosotros que el guerrero bárbaro de Sajón el Gramático.

LUIS BARBEITO

EL ROMANCE DE TODOS

por ARTURO CASANUEVA

Hay un romance que todos aprendimos de pequeños, para la primera novia de nuestros primeros sueños.

Teniendo novia, ¡qué fácil debe de ser hacer versos! Hay un romance que todos llevamos dentro, muy dentro... Que con las mismas palabras expresa varios afectos, en el mismo y en distinto tiempo.

Romance que fué de Ayer y es de Hoy, de Mañana... Y muy antiguo y muy moderno; un romance siempre inédito.

Variaciones siempre nuevas de los mismos pensamientos; que nace en unas palabras de amor, que dicen «Te quiero!», y en esas palabras mismas muere como un ritornelo.

Teniendo novia, ¡qué fácil debe de ser hacer versos!

Hay un romance que todos aprendimos de pequeños, para la primera novia de nuestros primeros sueños.

La novia del estudiante, toda llena de recuerdos, la novia del corazón bohemio...

La novia que no se olvida nunca, ni después de muerto; la novia un poco romántica que aprendía nuestros versos; la novia que hizo nacer el amor del primer beso; la novia que hemos querido, esa que llevamos dentro...

La que va dictando todos nuestros versos...

Teniendo novia, ¡qué fácil debe de ser el hacerlos!

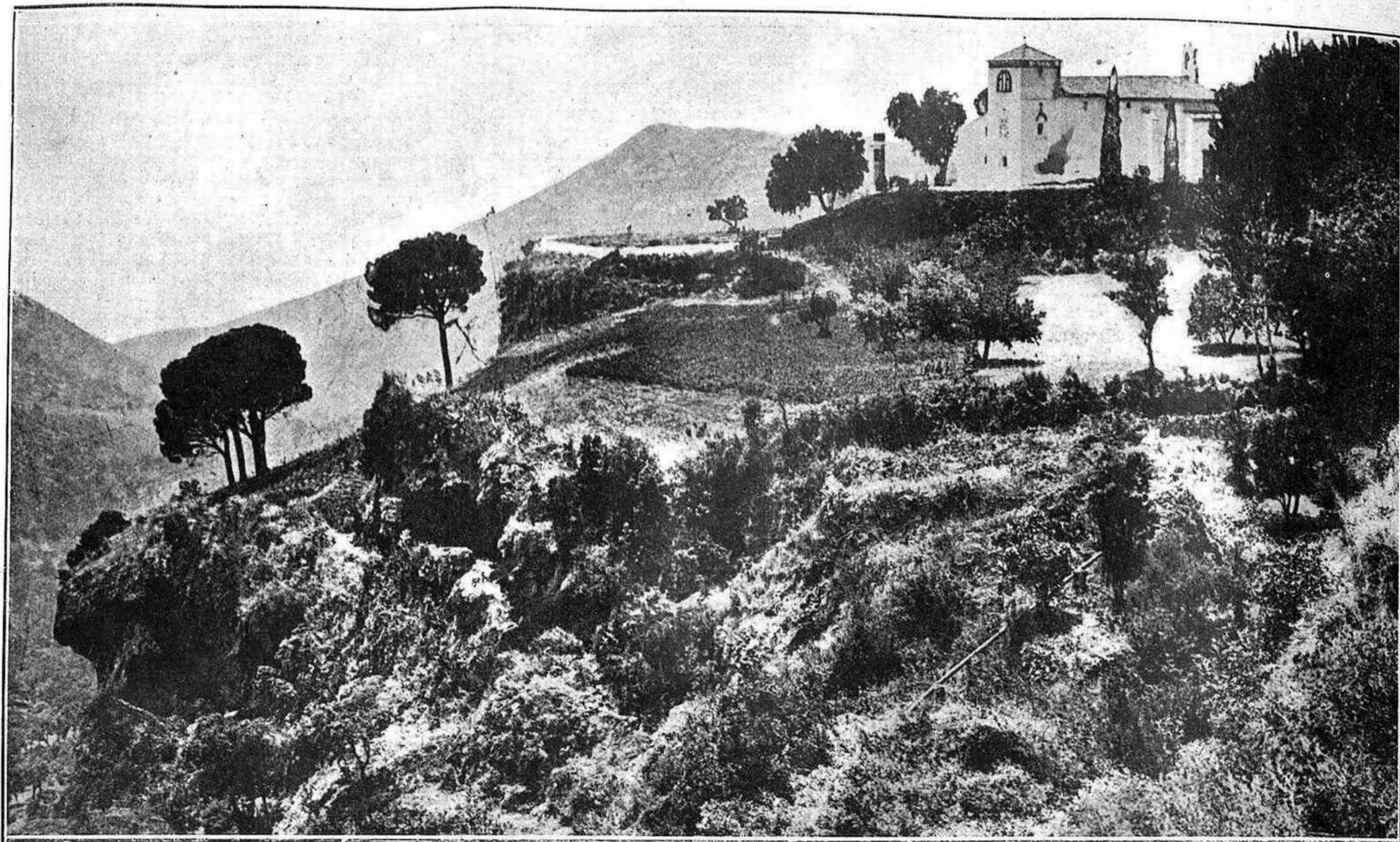
Ese romance es de todos, se dice en todos los tiempos, porque es un romance eterno...

Un romance que no muere, romance cuyo secreto no sabe de literarias fórmulas: es sentimiento.

Un romance cuyo ritmo sereno

se percibe claramente de la noche en el silencio; un romance que tiene sabor de miel y de besos furtivos, dados bajo el azul de los cielos... —sonrisa de un dios de piedra: Pan—.

Un romance quedo que se apodera del alma con su verso, sin ritmo, sin medida, sin música y sin metro... Que nos suena en el alma... Que le llevamos dentro...



Vista lateral de la Peña de Arias Montano y el Santuario adonde acuden con sus exvotos los enfermos y convalecientes de las provincias de Huelva y Sevilla

Y es también de la Virgen de los Angeles. Dicho mejor: ¿era sólo de la Virgen patronal de Alájar? ¿Era antes que Arias Montano buscase en aquel lugar de Huelva un refugio de meditación y reposo?

Mas para las romerías de penitentes y las alegres caravanas de automovilistas, que van á la Peña de Alájar; para los penitentes y enfermos de todo el año y los jubilosos excursionistas de año á año, ¿existe la Peña del sabio amigo y consultor de Felipe II?

Y también Madrid tiene esta Virgen, que es título parroquial de los Cuatro Caminos, el barrio más típico de pueblo que Madrid posee, entre todos los barrios populares, que son vivas representaciones de los pueblos de España. Las provincias en Madrid. Pero ya la Peña de Alájar ó Aracena es también de Arias Montano.

Y Alájar es un pueblecito diminutivo, cariñoso, y no por tan pequeño, sino por encantador y fraternal de tan parecido á muchos de las provincias de Granada y Jaén, retiros perpetuos que los árabes fundaron en colaboración con la Naturaleza. Por cierto que *Xauen*, la marroquí, es el único pueblo ó agrupación de casas que poseen los moros con evocación á estos pueblos andaluces, y á algunos de Castilla, Valencia y Murcia, por sus semejanzas maravillosas, tal que si hubieren sido edificados por un mismo constructor y situador.

Y Alájar es completamente árabe en todo, desde su nombre, que significa «piedra». Su terreno es llano á trechos, y regularmente montañoso, con piedras y grutas en sus peñas, como la llamada del *Palacio obscuro*, que no encierra las soñadas maravillas que uno cree encontrar, después de haber visitado la fabulosa gruta de Aracena, gruta que es una catedral de la Naturaleza, con aquella inmensa fábrica de estalactitas y estalagmitas que forman las más diversas y bellas figuras, y de las coloraciones más sorprendentes. ¡Allí sí que no sabe uno si es la Naturaleza la que imita las obras del hombre, ó es el hombre el que imita á la Naturaleza!

Y matizan el campo de Alájar alegres caseríos, cuyos nombres parecen resonar en los célebres fandanguillos de la típica Huelva; caseríos que se llaman *Los Madroñeros*, *Casas de arriba*, *El Collado*, *Cabezuelo*, *Los Llanos*, *Galabacino*. Y se comunica con Aracena,

tan patriarcal y campesina, en cuya sierra florecen los almendros en plena estación invernal. Yo los vi yendo de camino para Zufre, los vi florecidos al final de Diciembre. Y por su pintoresca carretera se comunica con *Cortegana*, pueblo de un atractivo singular, donde oí á una de las más hermosas y castizas «cantaoras» de Andalucía, y escuché á Eugenio Noel una de sus más medulares disertaciones sobre la raza.

Y de *Cortegana*, por la carretera alajéña, la que en pleno día cruzan selváticamente los animales de caza que por allí hacen su pasto sin miedo al hombre cazador, vamos á *Aroche*, el de las seculares murallas, que rivalizan en antigüedad, si no en mérito, con las renombradas de *Niebla*, y en las que habita la ilustremente conocida arqueóloga inglesa y corresponsal del *Times* miss Elena Wisahaw.

Pero, ante todo, Alájar, además de la Virgen de los Angeles, es Benito Arias Montano, el laureado estudiante de Alcalá y ordenando de San Marcos de León, cuyo nombre de sabio y de bueno comparte la famosa denominación de la Peña de Alájar. Y contrasta la blancura que hace siempre nueva á la ermita de la Virgen de Alájar con la vetustez del arco, que, á su par, se eleva como otra oración de los siglos, y el verdadero testimonio de la antigüedad de aquel histórico paraje de la sierra.

El glorioso nombre del hijo de Fregenal consagra los más bellos sitios de Alájar, que llevan su nombre, donde alentó la vida y la obra, y se repuso del cansancio del «mundanal ruido», del que abominaron sin fariseísmo aquellos dos admirables perseguidos del fanático exégeta León de Castro, que fué el que denunció á los dos clarísimos entendimientos: Arias Montano, el primer poeta que obtuvo el premio ó lauro en los certámenes de la gloriosa Alcalá, y fray Luis de León, el inmortal profesor del «Decíamos ayer». Y fueron defendidos ante el Tribunal de la Inquisición nada menos que por el padre Juan de Mariana.

Y en la Peña, donde se señala la *Silla del Rey*, ¿en recordación de la del Escorial?, es donde vemos á Arias Montano. Allí conversó con el Monarca de las Españas. Y escribió los fundamentales *Comentarios á la Biblia*, por los que Menéndez Pelayo lo proclama el *primero de nuestros Escriturarios*.

Es al regresar del Concilio de Trento, al que asistió con el obispo de Segovia, y siendo por su saber el asombro de los conciliares, cuando se dirige á Alájar.

Y allí acude Felipe II, que necesita de su consejo y le prepara el ánimo para salir de aquel retiro y regentar la cátedra de *Lenguas Orientales* en El Escorial, y que traduce la *Biblia Regia* de Amberes.

Medítese en la deferencia que significaba por aquella época la incomodidad de tal viaje, realizado por un Felipe II con el único objeto de saludar á Arias Montano.



La Virgen de los Angeles, que tiene su santuario en la Peña de Arias Montano

No pretendo descubrir el hecho, que yo lo anoto de donde cualquier amanuense ó copista puede anotarlo. Pero sí hay que vulgarizarlo para esclarecer un poco la leyenda, esclareciendo la verdad, por la obscura noción que se tiene de esta efemérides.

El viajero se siente descreído ante el improvisado *cicerone* que le guía en aquel lugar, y le dice, más que de Arias Montano, le dice que allí estuvo el Rey. Y os indican una fantástica oquedad, donde se supone que se sentaban Arias de Montano y Felipe II.

¿Y por qué escogió Arias de Montano á Alájar, y no otro lugar de la provincia de Huelva, de los lindantes á Extremadura, que Huelva los posee amenísimos, pueblos de soledad y recordación histórica; ya que también pudo haber escogido otros lugares de su provincia, Badajoz, y el mismo Fregenal, donde nació, se crió y educó? Hasta que muere su padre; y entonces el benemérito canónigo de Badajoz, Cristóbal de Valtodano, sufraga la ampliación de sus estudios.

Sin duda, le atrajo no sólo el amor á la Naturaleza. Que fué conjuntamente su otro amor, su gran amor á la sabiduría, lo que llevó al celebrado humanista al retiro de la Peña de Alájar, que él mismo dice de Aracena.

Parece que del Concilio de Trento sacó la decisión de consagrarse á la interpretación de la Sagradas Escrituras. ¿Y qué lugar más apropiado tal la Peña de Alájar, que en el 1598 estaría en la más absoluta soledad, que es la dicha de la Naturaleza? Es hoy, y, en llegando á aquel lugar, ¡qué recogimiento y esparcimiento, á la vez de égloga, de vida antigua ó primitiva, se sienten, qué gloria por vivir!

«Por no haber visto en cuanto he andado de España, ni aun de otras naciones, un sitio semejante á éste de la Peña—dice textualmente Arias Montano á Felipe II—, es por lo que aquél invita al Monarca á que descansa de sus afanes en este lugar, digno de ser poseído de un Rey.»

Y he aquí que, cuatro siglos después, y singularísimamente desde el 1924, la Peña de Arias Montano, con su Santuario de los Angeles, es curioso sitio de romería sevillana, de la que ha dicho un buen cronista de la tierra, José Andrés Vázquez, que «no obstante ser de nueva creación, parece tener ya una profundidad de siglos, y queda incorporada á la costumbre hasta el fin de ellos».

«Aquellas catorce leguas, «y no tan grandes que con buena cabalgadura no se puedan andar en un día», que Arias Montano ponía de distancia entre la Peña de Alájar y Sevilla, con el propósito de hacer el ánimo de Felipe II al viaje desde la corte, aquel día de cabalgadura es hoy una hora, dos horas, de automóvil.

Pero la Naturaleza no ha cambiado; aunque los



Arco de remota antigüedad que aún subsiste sobre la Peña de Arias Montano

tiempos sí. Y el minuto de hoy sea equivalente á la hora de ayer.

Pero la Naturaleza continúa, tal vez un poco resentida de la frecuentación de las gentes que acuden á la Peña de Arias Montano, con sus exvotos á la Virgencita que en tanta devoción tienen los extremeños y andaluces. Su nombradía de milagrosa se extiende á ambas comarcas. Es la Virgencita de la que Eduardo Marquina ha dicho, según la curiosa reproducción de José Andrés Vázquez, que es

«Grande y pequeña;
preciosa Virgen serrana
que llama desde una peña
con un pio de campana.»

Y los enfermos y convalecientes acuden á aquella explanada y cumbre en busca de curaciones milagrosas, que encuentran en su fe mística y en los purísimos aires, y en el buen sol de aquel cielo y en la quietud que se apodera del alma al reposarse el

cuerpo en la animada soledad de tal cumbre de la Naturaleza.

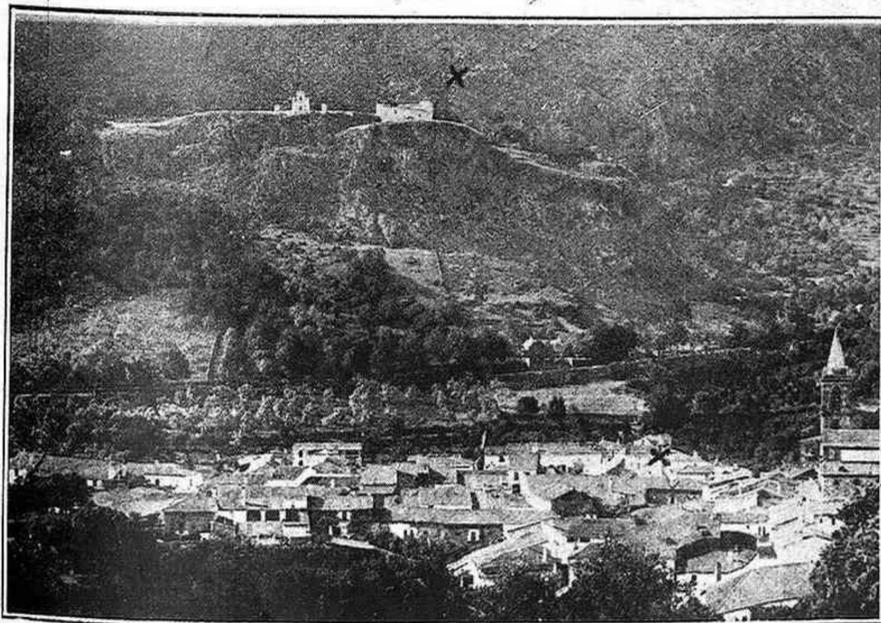
Y no importa que se haya instituido una nueva romería sevillana, que ya todos los años, en los últimos días de Agosto, vendrá, con su pintoresco espectáculo de muy moderna y muy antigua, á la Peña de Arias Montano. Resucitarán los antiguos tiempos de paganía y religión; la inocente y bella paganía de las caravanas automovilistas, que se confundirán con las Hermandades del rito de aquellos pueblos. *Cumbres Mayores*, con sus danzas del siglo XVII; las dulzainas y los tamboriles de las procesiones, como la de San Juan, en Alosno; y las enseñas de los pueblos comarcanos—Higuera, Zalamea, Fuenteheridos, Zufre, Alájar, Jabugo, etc.—acudirán á la Peña de Arias Montano, en celebración de romería, como la del Rocío.

Pero después volverá al 1578, después de esta anual mezclilla, pagana y religiosa de las romerías inauguradas en el 1924, volverá la Peña, que en el mencionado año de 1500 era denominada por el propio Arias Montano Peña de Aracena, y no de los Angeles, ni de Alájar, que dista de la metrópoli de la sierra once kilómetros; volverá la Peña de Arias Montano á su antigua paz de vida primitiva, al «acomodado retiramiento» que el profundo humanista ofrecía á Felipe II en aquella «altura, en la cual concurren muchas cosas naturales y necesarias para la recreación de un Príncipe». «Siendo toda la tierra de entorno fresca y abundante de aguas y de vinos y frutas, y no falta casa, si se guardase con un poco de cuidado; lo cual se hará sin daño de las heredades, por ser la tierra montosa y que está todo el año verde»—añade el sabio polígrafo en la curiosa epístola descriptiva á Felipe II que José Andrés Vázquez reproduce.

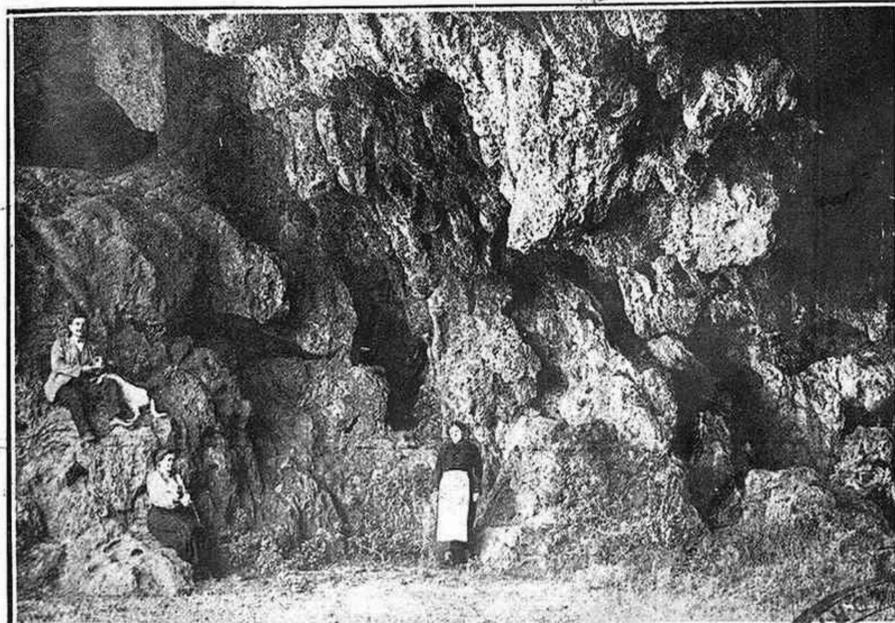
Y sería más curioso saber dónde se hospedó el Monarca, en qué casa de aquel lugar, que, por el 1500, sería un minúsculo caserío.

Y cuando diez ó doce años más tarde de estos hechos Arias Montano se retira á Sevilla, donde verdaderamente reformó su gran espíritu, ni siquiera podría imaginar que la Peña de Aracena sería su mayor monumento de posteridad, la Peña de su nombre. Y de Arias Montano se llaman también la famosa alameda de Alájar y la fuente de riquísima agua, que engalana y abastece aquel maravilloso rincón de la sierra, monumento también de la Naturaleza, donde se siente de verdad el anhelo del retorno á los antiguos tiempos de la vida; la que cantó Horacio, porque no la pudo vivir, siempre confinado en las calles y plazas de Roma; y la que evoca fray Luis de León, siguiendo la huella horaciana en el culto á la Naturaleza, madre de todos.

FEDERICO NAVAS



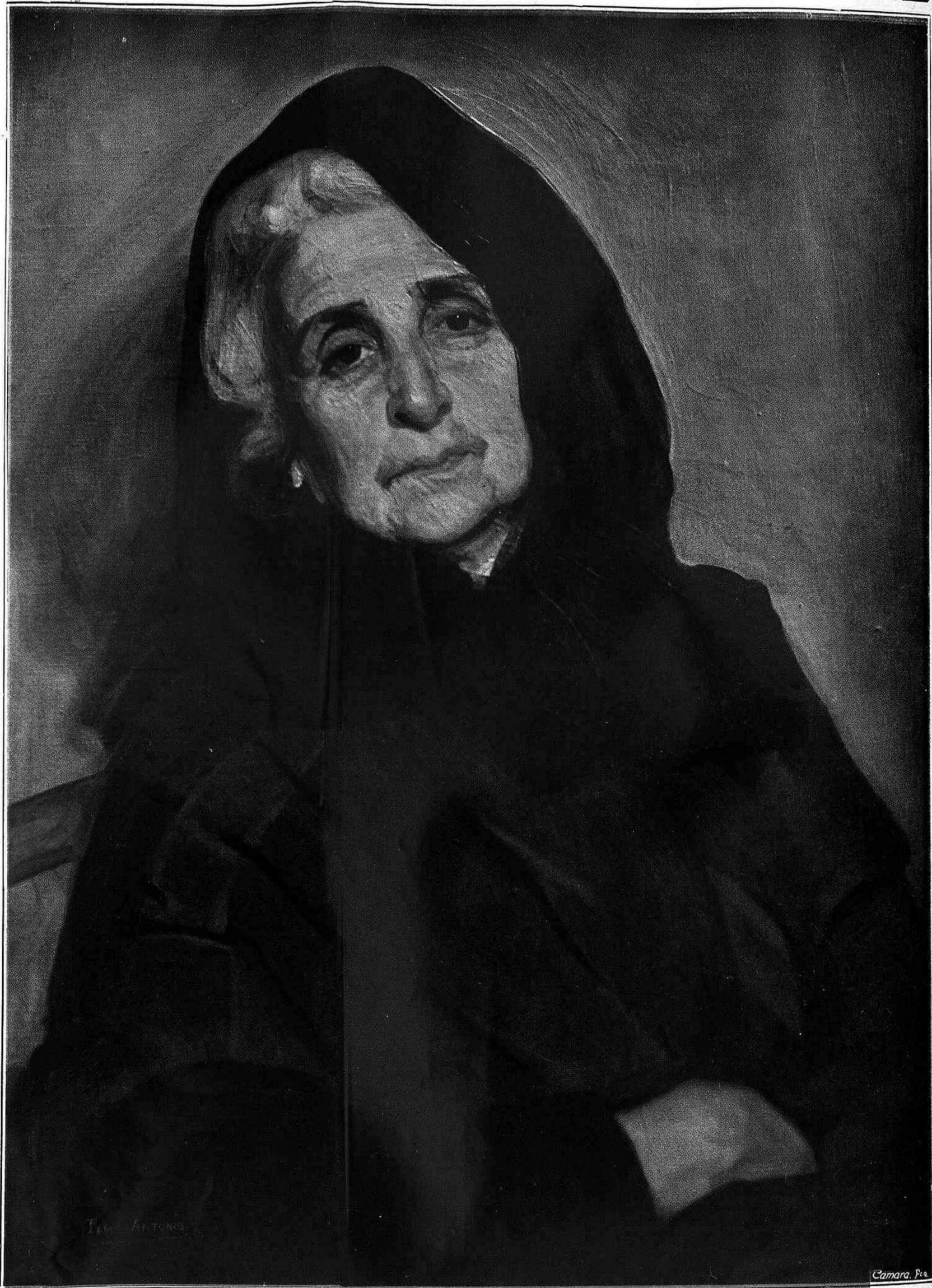
El pueblo de Alájar y la Peña de Arias Montano



La silla del Rey Felipe II en la Peña de Arias Montano



PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA



"Retrato de señora", cuadro original de Pedro Antonio

En el VI Salón de Otoño recientemente clausurado fué esta obra del joven y muy notable pintor andaluz una de las que más se distinguieron, obteniendo unánime elogio de la crítica por la calidad española de su pintura y la viva realidad del modelo. Con esta obra, Pedro Antonio, que obtuvo segunda medalla en la última Exposición Nacional, consolida una fama tan rápida como justamente lograda.

DEL MADRID
CLÁSICO

LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN



La estatua ecuestre de Felipe III en la Plaza Mayor, hoy Plaza de la Constitución

ENTRARÁ la piqueta demoleadora algún día en la Plaza Mayor?...

Sería la profanación de aquel sepulcro, testimonio de tan variados espectáculos, compendio de tantas mudanzas, azares y transformaciones.

Aquel cerrado palenque, tan pronto destinado á fiestas y torneos como á civiles contiendas, ejecuciones y autos de fe, fué proyectado por el arquitecto Juan Gómez de la Mora, é inaugurado en Mayo de 1620 con la celebración de una fiesta religiosa: la de la beatificación de San Isidro. Hubo fuegos, toros, certamen poético y procesión cívica. Al año siguiente se celebró la histórica alzada de los pendones por Felipe IV, y antes de medio año después rodaba sobre el cadalso, levantado donde ahora figura la estatua ecuestre de Felipe III, la cabeza de D. Rodrigo Calderón.

Un incendio destruyó en 1631 el lienzo meridional de la arcada de la Plaza Mayor hasta el arco de la calle de Toledo, y aunque los estragos del incendio sumió á Madrid en la consternación, pocos días después se apiñaban los madrileños sobre sus humeantes ruinas para presenciar una corrida de toros.

La parte incendiada y ruinoso fué prontamente reparada, y continuaron alternando las suntuosas pompas de regias entradas y proclamaciones reales con las imponentes y crueles de los autos de fe; las danzas de los emplumados y encamisadas, con las procesiones religiosas; y con los tablados de los juglares y representaciones teatrales, los patíbulo, en los que se expiaban los crímenes de Estado. Tres veces al año, los días de San Isidro, San Juan y Santa Ana, se corrían toros en la Plaza Mayor, sin contar las que se celebraban en las solemnidades extraordinarias.

Por entonces la estatua ecuestre de Felipe III, el Monarca á quien se debe la iniciativa de aquel vasto recinto, en el que los tesoros del Estado se prodigaron con gran liberalidad, figuraba en la Casa de Campo. La Reina Doña Isabel II mandó emplazarla en su centro, tal vez con la piadosa intención de que cesaran los espectáculos macabros y sangrientos. Colocóse la estatua del caballo barrigón, se plantaron algunos árboles, unos pilones con sur-



El arco de la escalerilla de la Plaza Mayor á la calle de Cuchilleros

tidores, y la Plaza Mayor quedó convertida en decoroso panteón de téticos, tumultuosos, triunfantes y gloriosos recuerdos.

Si levantaran la cabeza el fénix de los ingenios, fray Félix Lope de Vega, que actuó como secretario en la solemnidad de la inauguración de la gran Plaza, ó D. Francisco de Quevedo, que dedicó un soneto á la estatua del caballo barrigón, y vieran que á las encopetadas damas y petimetres de su tiempo, que se daban cita bajo los soportales de las antiguas Panadería y Carnicería, convertidas hoy en dependencias municipales, habían sido substituídas por las sencillas domésticas pueblerinas y los soldados de la guarnición; que las literas y carrozas de la grandeza habían desaparecido, viniendo á sustituirlas los prosaicos cajones de los tranvías y automóviles; que las barreras y burladeros de las corridas de toros se habían convertido en anunciadoras del Cuerpo electoral madrileño, y que la Escalerilla que baja á la calle de Cuchilleros se había convertido en dormitorio de los parias sin refugio..., asombrados habrían de quedarse... ¡Y lo que nos queda que ver á los que vivimos!... Porque el día menos pensado se le ocurre á alguna celoso cumbre del ornato público convertir aquel recinto en un *parterre* inglés, por donde no se pueda dar un paso, con unos bancos modernistas y refrescantes del peor gusto, como los de la Plaza de Santa Ana.

No. Por respeto á la tradición, la Plaza Mayor



Parte del lienzo septentrional de la Plaza Mayor, que fué destruído por un incendio

no debe sufrir reformas de trascendencia; lo que hace falta es un poco de conservación. Completar la farolería isabelina de los soportales; añadir algunos bancos de los corrientes y ordinarios; nada de asientos cerámicos anunciadores, sino los de duro granito ó de hierro y madera. Evitar que no suceda lo que en 1700, durante el reinado de Felipe V, que se convirtió la Plaza en mercado público.

La denominación de la Plaza Mayor ha sufrido muchas variaciones. En 1812, al proclamarse la Constitución de Cádiz, se la puso Plaza de la Constitución; en 1814 se la llamaba Plaza Real; en 1833, Plaza Mayor; en la actualidad vuelve á llamarse Plaza de la Constitución, y su destino es el de dar hospedaje á los turroneiros y marchantes de cascajos por Navidad, después de haber sido el coso de las antiguas fiestas taurinas, de las que se dice en los Anales de España y Portugal eran de gran magnificencia y el más bello espectáculo que pueda imaginarse. Todos los pisos de balcones, de todos los lados de la plaza, colgados de soberbios tapices de terciopelos de diversos colores bordados en oro, eran ceupados por todo lo que había de grande y considerable en la Corte. La Plaza se enarenaba y cerraba con las barreras, levantándose tablados á modo de anfiteatro, á la altura de los primeros balcones.

Por cada asiento de estos tendidos se pagaba un escudo, y de los balcones no podían disponer los propietarios: eran alquilados á expensas del Rey y de la Villa para colocar á los embajadores, magistrados, consejeros y aristocracia. Los restantes se alquilaban á los particulares, que los solicitaban por veinte ó treinta doblones cada uno.

Tiene la Plaza Mayor un historial tan interesante en los anales madrileños, que necesita constantemente el celo, la atención y el cariño de las Corporaciones y Centros llamados á velar por la conservación de las reliquias que, como aquella hermosa plaza de Madrid, son, á la vez que lugares sagrados, vestigios de una época característica que debe quedar y contemplarse como joya grande de museo.

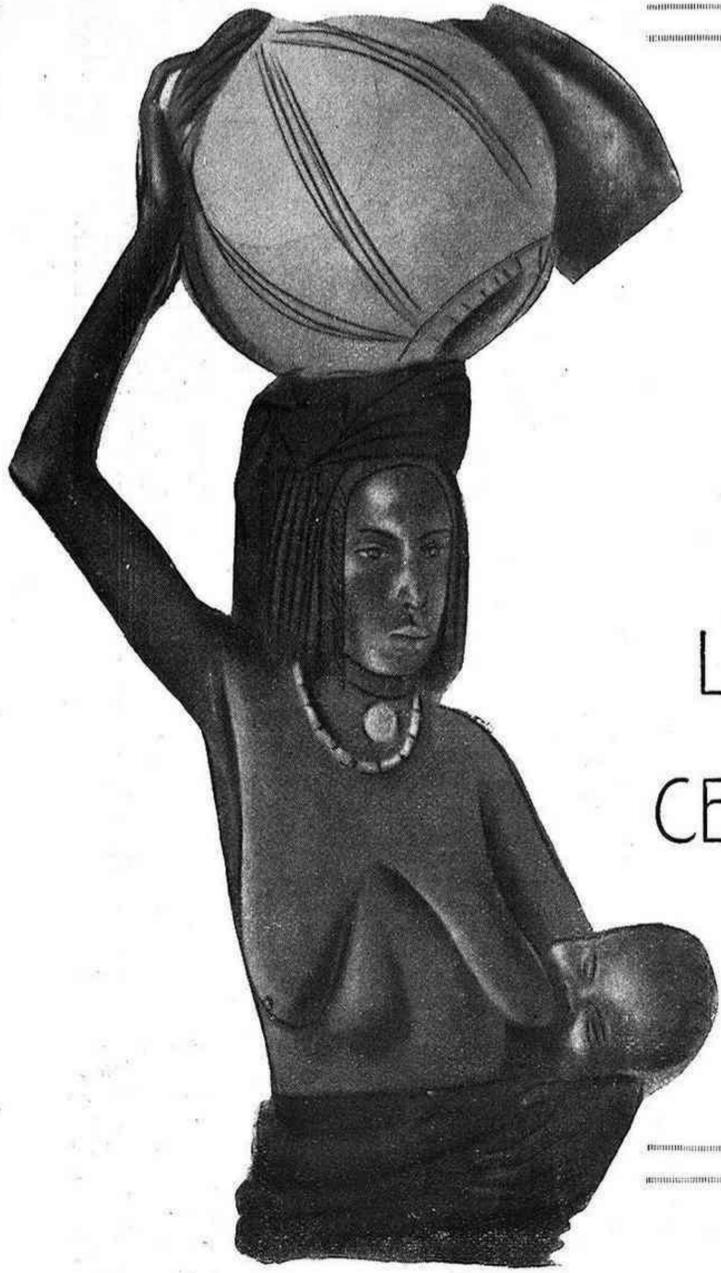
J. BLANCO CORIS



La antigua Casa de la Panadería de la Plaza de la Constitución



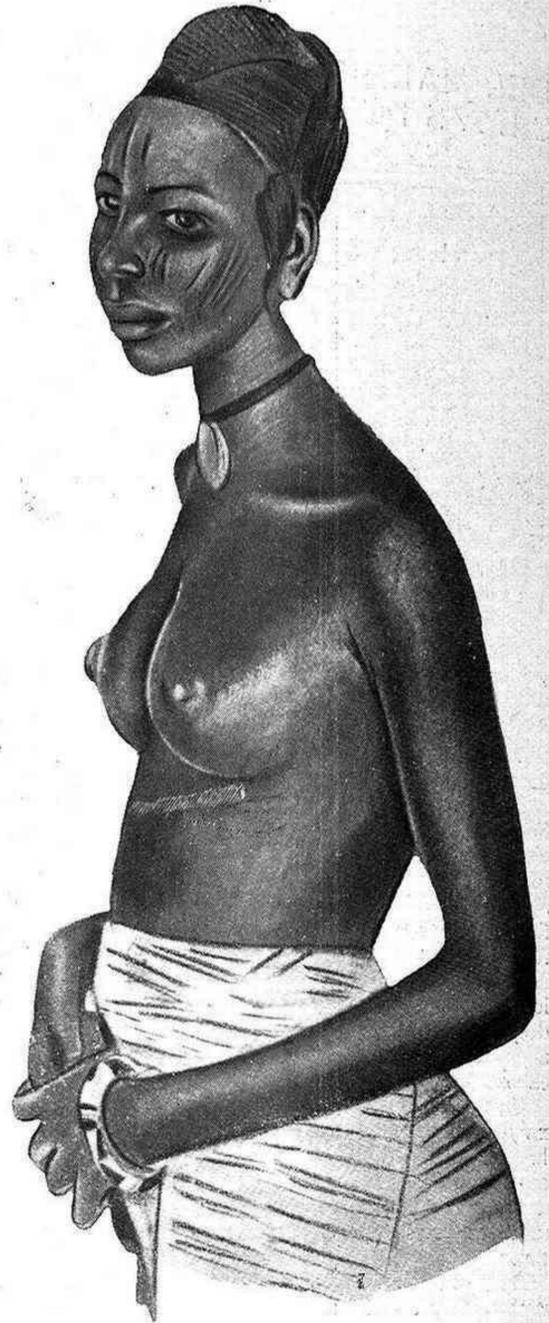
El dormitorio de los parias sin refugio en la escalerilla de la Plaza Mayor



Mestiza árabe de Galú

DEL CONTINENTE
NEGRO

LA VENUS
CENTROAFRICANA



Mujer kanembú de la región de N'Guigmi

IMPORTANTES han sido las aportaciones que á la etnografía y antropología africanas acaba de realizar la expedición Citroën, dirigida por Haardt y Audouin-Dubreuil, y que, partiendo de Argel, ha llegado á Madagascar, atravesando todo el llamado Continente Negro, en automóviles-orugas especialmente contruídos para vencer los mil obstáculos de todo género opuestos al arriesgado viaje por el difícil terreno á recorrer. Aunque la cinematografía ha desempeñado durante la exploración papel considerable, registrando á diario las peripecias pintorescas de la magnífica jornada por el corazón de Africa, la misteriosa, lo que en definitiva habrá de constituir la base valiosísima de los verdaderos archivos animados de la etnografía africana, desde el punto de vista artístico documental ofrecen un interés supremo, por decir así, los dibujos de tipos y costumbres con que ha enriquecido el bagaje científico de la expedición el famoso pintor ruso M. Alejandro Iacovleff, incorporado con gran acierto á la misma por sus organizadores. De este notable artista, formado en las escuelas rusa, francesa é italiana, espíritu exquisito sobre el que sin duda ejercieron su influencia los grandes maestros del *Quattrocento*, son los admirables estudios *d'après nature* que reproducimos en estas páginas, y que hemos escogido entre otros *specimens* etnográficos estudiados por él, en cuanto aparte de su alta valorización científica revisten indudable interés de curiosidad para la generalidad de los lectores, y singularmente para las lectoras.

Esas notas gráficas, rebotantes de verdad y de vida, que supo acopiar Iacovleff durante su viaje á través de las selvas vírgenes africanas con un admirable sentido de selección, estudiando y reproduciendo con certero trazo las más salientes características raciales de la mujer centroafricana, se oponen, sin



Mujer hausa de Zinder

duda, reciamente, al concepto clásico que en el mundo blanco se tiene de la belleza femenina, probando una vez más la relatividad de esas como de otras ideas que adquirieron entre nosotros el rango elevado de dogmas. Mas, aun dentro de esa oposición absoluta á nuestro modo de concebir la hermosura venusina, es innegable que no se puede permanecer indiferente, á poco que aliente en el observador el sentimiento artístico; ante la estética *sui generis* de esos rostros y de esos cuerpos de bronce ó de ébano fielmente reproducidos por el célebre artista ruso.

Una circunstancia singular los hace aún más sugestivos. Y es la absoluta pureza racial de que dan testimonio, y de la que muy pocas familias humanas, y mucho menos entre las civilizadas, podrían vanagloriarse; pureza racial que no poseen ni aun otras razas africanas, como por ejemplo los judíos de Tafilalet, los árabes del Sahara, los *tuaregs* del Niger, los *hausas* del Chad, los *songhai* y otras tribus de la región occidental y ecuatorial, mixtificadas por el mestizaje islámico, y que parece estar confinada á determinadas zonas centrales del Continente Negro. Y, á la verdad, nada más curioso que la razón de eso fenómeno étnico. Se ha observado, en efecto, que la pureza de raza comienza precisamente allí donde se inicia el campo de acción de la mosca *tsé-tsé*, causa pequeña pero decisiva en el movimiento de penetración del elemento islámico en el centro de Africa. La mosca *tsé-tsé*, pernicioso para el caballo y el camello, al atacar los elementos de transporte hizo desde muy antiguo materialmente imposible las infiltraciones islámicas en el Africa feticista, que ha podido así conservar juntamente con su pureza étnica sus costumbres autóctonas.

Las tribus en que principalmente sobresaale dicha característica son las que habitan en la gran selva ecuatorial, á

f
n
h
f
b
v
U
b
c
c
r
y
m
b
jé
t
si
en
d
ca
m
ce
Ja



Mujer y niño mangbetús, de cráneo alargado artificialmente

partir de Bangui, y entre las que figuran los *saras*, los *bantús*, los *mandjas* y los *bandas*, todos ellos hasta hace poco tiempo antropófagos. El descenso hacia el Congo belga, la visita á Buta y Stanleyville, y la travesía del bajo y alto Uelé en la dirección del lago Alberto, puso en contacto á la misión con otras razas muy interesantes, como los *avunguras* nobles de la rama *azandi*, los guerreros *ababuas*, y el grupo étnico, que pudiera llamarse aristocrático, de los *mangbetús*, perteneciente á la raza *medjé*, y que por circunstancias históricas y geográficas (acaso por la situación de ese pueblo colocado en el camino que conduce desde el Nilo á las regiones centrales del Africa) debió experimentar en épocas remotas la influencia de Egipto. Ello explicaría, á juicio de la misión francesa de que nos ocupamos, las numerosas manifestaciones artísticas de los *mangbetús*, sobre todo en la cerámica é industrias textiles, así como cierta indudable semejanza entre sus costumbres y las que referentes al país de los



Muchacha del Bornú



Muchacha de casta noble, de pura sangre hova y de gran belleza de facciones

Faraones aparecen representadas en los templos, obeliscos é hipogeos egipcios, transmitidos por los siglos á las presentes generaciones.

La documentación antropológica y etnográfica reunida por la exploración á que nos referimos, es tanto más preciosa cuanto que las diferentes razas de la selva africana se hallan expuestas á perder rápidamente su originalidad. La acción incesante y activa de los colonizadores crea de día en día nuevos medios de comunicación y pacífica de un modo continuo las diversas regiones sometidas á su influencia, con lo que las tribus propenden á mezclarse, á fundirse, á perder su individualidad. Sobre esas causas, ya muy poderosas, existe la de que las razas negras se asimilan cada vez con mayor fuerza las costumbres europeas, copiándolas con un entusiasmo, sin duda loable, pero que fatalmente habrá de inferir gran daño á la integridad de las suyas propias y tradicionales.

A. R



Mujer arabizada de Salam-At



Mujer mangbetú, de Niangara



Mujer m'gogo y su hijo

PÁGINA ESPECIAL DE GALICIA



Para más detalles, informa el agente general de la Compañía en España
LUIS G. REBOREDO ISLA
VIGO, García Olloqui, 2.—VILLAGARCÍA, Marina, 14

Lloyd Norte Alemán. — Bremen

SERVICIO REGULAR DE VAPORES CORREOS RÁPIDOS ENTRE ESPAÑA Y SUDAMÉRICA

Directamente para Lisboa, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires, saldrán de Villagarcía y Vigo los rápidos vapores correos alemanes de gran porte

12 de Noviembre:
WERRA Ptas. 587.95
18 de Noviembre:
SIERRA MORENA ... » 632.95
3 de Diciembre:
KOELN »
20 de Diciembre:
SIERRA CÓRDOBA... » 632.95

14 de Enero:
WESER Ptas. 587.95

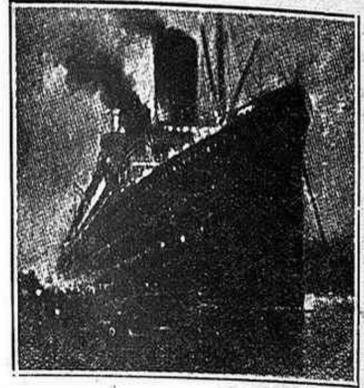
Nota.—El vapor KOELN admite pasajeros de clase intermedia únicamente.

LINEA DE CUBA

Directamente para La Habana, saldrá de este puerto el magnífico vapor correo de gran porte

23 de Noviembre: YORCK
admitiendo pasajeros de cámara y tercera clase. Precio del pasaje de cámara: 1.200 ptas., y en tercera: 539.50

Todos los pasajeros de tercera tienen á su disposición un amplio salón comedor, fumador y salón de conversación. Las comidas son abundantes y muy variadas, siendo servidas á la mesa por camareros uniformados.

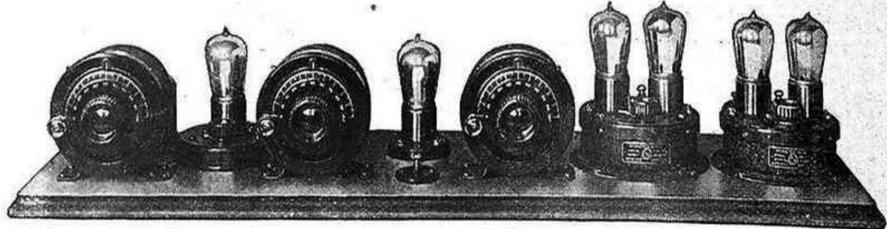


"Atwater Kent"

LA FÁBRICA MÁS IMPORTANTE DE LOS APARATOS DE RADIOTELEFONIA MAS PRECISOS Y DE MAS FACIL MANEJO EN NORTEAMERICA

DIRÁ UD. EN SU CASA TODO LO QUE SE DICE EN TODO EL MUNDO

Representante en Galicia: **LUIS GRANADOS**



"Garage Galicia", — LA CORUNA

Pida folletos y precios.



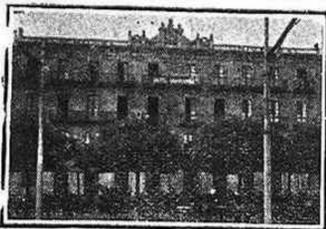
La Coruña y su CIUDAD-JARDÍN

El grabado que aquí se inserta da idea de la belleza de los «chalets» que en condiciones de pago excepcionales se construyen en la Ciudad-Jardín.

Vista parcial de la Ciudad-Jardín

Pida usted informes y folletos á

Sociedad Coruñesa de Urbanización
L A C O R U Ñ A



Fachada y terraza del HOTEL UNIVERSAL

GRAN HOTEL UNIVERSAL

MÉNDEZ Y BARCIELA **VIGO** (España)
CON GRANDES REFORMAS

Comedor espléndido en la planta baja, con vistas al mar

BAR.—TERRAZA
COCINA DE PRIMERA.—BAÑOS

::: TODO CONFORT :::

Pensión desde 10 pesetas.



CREMA DENTÍFRICA

ORZAN

Para el perfume de su boca, para la limpieza constante de sus dientes y para su conservación,

use usted esta crema

Ramito Vazquez



Arenal, 12 - VIGO

AGENCIA DE NEGOCIOS MERCANTILES LTDA.

(Augusto y Joaquín Loredo, Vicente González y González y Benito Seoane)

REMATES — COMISIONES — CONSIGNACIONES — HIPOTECAS

Propiedades rústicas y urbanas: Casas, Fincas, Terrenos, Solares.

Nuestro sistema de transacciones y vastas vinculaciones en el mundo de los negocios son indiscutible garantía para vendedores y compradores.

Oficinas: GARCIA OLLOQUI, 19.—VIGO

INFORMES SOBRE TURISMO EN PORTUGAL:

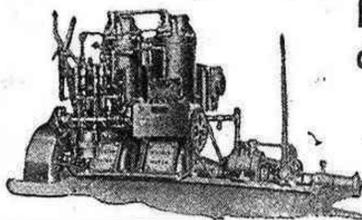
PANCADA, MORAES & C.^A

CASA BANCARIA PORTUGUESA

VIGO: Colón, 21

LISBOA: R. Augusta, 37

Facilidades para los viajeros en cartas de crédito ó giros sobre Portugal.
Compra y venta de escudos á los mejores precios.



FUNDICIÓN Y CONSTRUCCIONES MECANICAS

de **AVELINO IGLESIAS**

Hospital, 45.—VIGO

Representantes en España de los motores "MISSOURI"

De aceites pesados, 1-2-3-4-6 cilindros.

AUTOMÓVILES

"LANCIA"



AUTOMÓVIL LANCIA
Tipo «Triappa», 8 cilindros

Manuel Cabanelas

VIGO

Apartado de Correos 30

Los caramelos matalombrices P. CATALÁ ¡MILAGROSOS!
SALVAN Á LOS NIÑOS DE VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERÍAS



"El Caballero Audaz"

El dolor de los caricios

Los cuervos sobre el Amor

La virgen desnuda
Desamor
De pecado en pecado
El pozo de las pasiones
La bien pagada
Emocionario
La sin ventura
El divino pecado
Con el pie en el corazón
San Sebastián

Hombre de amor
Un hombre extraño
Una cualquiera
Horas cortesanias
El jefe político
... A besos y á muerte
Los desterrados
Una pasión en París!
Lo que sé por mí
(Diez volúmenes de interesantísimos intervíus)

EN TODAS LAS LIBRERÍAS
DE ESPAÑA Y AMÉRICA



¿Confidencia?

Mi felicidad, simpáticas lectoras, la debo al quitarme de raíz el vello y pelo de la cara y brazos con el tan acreditado **Depilatorio** marca **Belleza**. Es inofensivo. De venta en Perfumerías. Primer premio. Fabricantes: Argenté Hermanos. Badalona (España).

Lea usted **NUEVO MUNDO**

A nuestros lectores de Centro América, América del Sur y al público en general

ADVERTIMOS

Que un individuo que se da á conocer por Alfonso Mérito y Ramírez de Arellano y que se titula indebidamente **Agente de Prensa Gráfica**, no tiene representación de clase alguna de esta Empresa ni ninguna colaboración en nuestras publicaciones; no puede realizar pagos ni cobros en nuestro nombre y por nuestra cuenta ni adquirir compromisos de ningún género. Sólo le conocemos por las preguntas que nos hacen sobre ó en relación con él y los informes que nos piden diversas personas residentes en aquellas Repúblicas americanas.

Ponemos sobre aviso al público en general, al que rogamos y agradeceremos todo informe y antecedente que sobre el mencionado individuo puedan proporcionarnos, así como la denuncia que hagan del mismo á las autoridades, por tratarse de un impostor que utiliza nuestro nombre y nuestro crédito atribuyéndose carácter y facultades de que carece para sorprender la buena fe de los demás.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.

REPRESENTANTES
IMPORTADORES
COMERCIANTES:

¿Queréis ampliar vuestros negocios y estar siempre al corriente de las últimas creaciones de la industria norteamericana? Pida n hoy mismo un ejemplar de muestra de la hermosa Revista

"El Exportador Americano"

á los agentes en España contra envío por giro postal de tres pesetas

"PUBLICITAS"

MADRID BARCELONA
Gran Vía, 13 R. San Paco, 11, pral.
Apartado 911 Apartado 228



DOBLE TAPA

Esta nueva forma de estuche es muy práctica. Pudiendo abrirse por cada lado, una de las tapas sirve siempre de cómodo sostenedor de la barrita, aunque ésta esté terminándose

Su culis quedará más suave y fino si se afeita empleando las barritas de Jabón Williams. Esta es la marca famosa indicada para las personas de gusto aristocrático - Se vende a precios razonables en todas las buenas perfumerías.

Williams

Agente para España E. PUIGDENGOLAS - Barcelona

DÍAZ, fotógrafo.—Fernando VI, 5.—Madrid



UN NUEVO LIBRO DE

JOSE FRANCO RODRIGUEZ

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

Quando el Rey era niño...

De las memorias de un gacetillero
(1890 - 1892)

Un momento interesantísimo de la historia española de fin de siglo, magistralmente evocado :: por este ilustre maestro del periodismo ::

Precio: 5 pesetas

Madrid, 1925



KEPTA

MADRID